

verso & cuento

Aquelarre de muñecas

Ana Elena Pena



verso & cuento

Aquelarre de muñecas

Ana Elena Pena



OceanofPDF.com

Aquelarre de muñecas

Ana Elena Pena

AGUILAR

OceanofPDF.com

SÍGUENOS EN
megustaleer

www.versoycuento.com



@versoycuento



@versoycuento



@versoycuento

Penguin
Random House
Grupo Editorial

OceanofPDF.com

*Para Celia,
el báculo de mi niñez.*

OceanofPDF.com

«Cuando somos jóvenes, leemos y creemos las cosas más fantásticas. Cuando nos hacemos mayores y más sabios aprendemos, tal vez con un poco de pena, que estas cosas no pueden suceder. Estamos muy, muy equivocados».

Un espíritu burlón,
David Lean, 1945^[1]

[1] Lean, David (director), 1945, *Un espíritu burlón*, Reino Unido.



CREDO

Creo en todo.
En el destino,
en las cartas,
en las brujas,
en los Reyes Magos,
en el monstruo del lago Ness,
en las hadas,
en el ratoncito que se lleva los dientes
y hasta creo en Dios.
Creo en el punto G,
en las casas encantadas,
en los universos paralelos,
en los espíritus torturados que se manifiestan con manchas en las paredes,
en los vampiros,
en el amor eterno,
en los unicornios
y en las pastillas para adelgazar.
Creo en que un día volverán
todos los señores que salieron a comprar tabaco,
creo en ese «ya te llamaré»,
en las sirenas,
en el hombre del saco y en la bondad de los desconocidos.
Creo tan ciegamente que no necesito ver,
porque los ojos son más engañosos, si cabe, que el corazón.
¿Y tú? Dime, criatura,
¿crees en mí?

EL PASILLO

Un cristo clavado en la cruz con las rodillas ensangrentadas y el rostro afligido, cercado por una corona de espinas y sobre una peana con flores de plástico de todos los colores. Eso es lo que se ve al fondo del largo pasillo de la casa de mi abuela. Aunque resulte una escena macabra, sé que llegar hasta él atravesando de punta a punta el pasillo supone mi salvación y el despertar triunfante.

El «foco del mal» está en una de las habitaciones que queda a mi derecha. Concretamente en la primera, donde habitan todo tipo de presencias malignas que me atormentan en sueños. Se trata de un cuarto auxiliar donde mi abuela guarda útiles de costura y baúles con mantas, sábanas y la ropa de verano o invierno, según toque. También hay una mesita y un mueble con todo tipo de medicinas: pastillas, jarabes, ventolines... Y un cuadro que me fascina por lo feo pero evocador que es, con unos caballos corriendo salvajes sobre un fondo crepuscular de colores degradados, del rojo al ultramar pasando por el naranja y el azul turquesa. Parece que puedas meterte dentro si lo miras con detalle; por eso lo evito. Los niños tenemos prohibido entrar allí supongo que porque, en nuestras manos, todas esas cosas, en especial alfileres y tijeras, pueden convertirse en peligrosas. Pero por lo que menos me gusta ese cuarto, es porque es una habitación inhabitada, lúgubre y sin apenas luz. Huele a alcanfor, a enfermedad y a olvido.

Una vecina de mi abuela, que algunas tardes viene a coser con ella, dice que si te clavas una aguja a través de una vena puede llegar al corazón y provocar la muerte. Nunca me acuerdo del nombre de esa señora, pero sí de su peluca, porque se le nota mucho. Es negra, sin brillo, y lleva un recogido sencillo que da volumen a la parte de arriba, una especie de moño italiano. Siempre lleva el mismo peinado y la misma horquilla de flores, como un casco de pelo que resiste al tiempo y a cualquier inclemencia. Un moño

eterno sobre un rostro eterno, porque es de esas mujeres que parecen tener siempre cincuenta años y usan la misma sombra de ojos azul perlada, el mismo vestido sobrio en invierno, con rebeca a juego, y la misma bata floreada en verano, con manguitas de volante, para sentarse a la fresca con las vecinas y abanicarse el pecho haciendo tintinear los collares.

Las paredes del pasillo son blancas, lisas, y tras el cuarto del infierno están el dormitorio y el baño de mis abuelos, de azulejos rosas y amarillos, tan deliciosamente femenino con sus mueblecitos a juego llenos de perfumes, polveras y útiles de maquillaje. Al baño le sigue una pequeña estancia con dos camas sencillas, y al fondo del todo, al lado del Cristo, la habitación de la plancha, mi último refugio, al que a veces llego triunfante y donde se hace la luz a través de la enorme ventana.

El sueño se repite una y otra vez. Siempre comienza igual pero tiene dos finales muy distintos. Empieza así:

La familia se reúne en el salón bajo la amable y cálida luz de las lámparas de campana. Nada hace sospechar el peligro hasta que la puerta se abre bruscamente y una extraña energía me quiere sacar de allí, separarme de ellos. Proviene de la habitación maldita de la costura y las medicinas, la de las agujas que se clavan en el corazón de las niñas curiosas. Me agarro desesperada a mi abuela o a mi madre, presa del pavor, temiendo que pueda arrancarme de ellos para siempre. La presencia me agarra de las piernas y tira con fuerza. El miedo se vuelve insoportable, enloquecedor.

A menudo, la energía maligna logra arrancarme de allí y llevarme consigo porque nadie me presta atención ni me ayuda y, una vez en la habitación, me absorbe y me devora. Otras veces, consigo sujetarme lo suficiente a un familiar, a la pata de la mesa, o grito tan fuerte que finalmente me ayudan entre todos y la malignidad se aleja. Pero, por lo general, enmudezco y apenas logro sacar un hilito de voz para pedir auxilio.

En otra variante del sueño intento cruzar sola el pasillo para ir a dormir a la habitación doble. Puedo ver una especie de humo oscuro que sale de la puerta de la temida habitación y tengo que ser muy rápida, muy fuerte y

valiente para evitar que me engulla de nuevo. Cuando pierdo la partida me sobreviene un horror indescriptible que se evapora una vez asumo que me han secuestrado, poseído. Sin embargo, rápidamente compruebo que se respira un ambiente festivo en el cuarto del pánico y me siento encantada de estar allí. Con frecuencia esa sensación de horror transmuta en orgásmica, doy vueltas y vueltas, sin cuerpo ni materia, como si centrifugara en una lavadora entre miles de colores; y el miedo da paso a una sensación de placer, tranquilidad y arrolladora paz.

Pero siempre temo y evito ser capturada por esos espíritus, y cuando consigo llegar al final del pasillo y encerrarme en el último cuarto, lo considero un triunfo del bien sobre el mal. Soy muy pequeña cuando tengo estos sueños, si acaso los primeros de los que soy consciente. Aún me orino en la cama.

De hecho seguiré mojándola hasta los doce años.

La vecina del moño italiano me dice en tono malicioso, mientras remata un puño de camisa, que si sigo mojando la cama no podré casarme jamás porque cuando mi marido se despierte empapado en mi orín tras la noche de bodas echará a correr del asco y me abandonará.

No sé qué contestar a eso, pero me angustia y me alivia a la vez.

Mi abuela se empeña en enseñarnos a mi hermana y a mí a hacer las «cosas de la casa», en las tardes que pasamos con ella, pero yo no pongo interés porque, al fin y al cabo, nadie va a querer casarse con una mujer que se mea en la cama por muy bien que sepa limpiar, organizar y cocinar.

Aunque conseguí dejar de mojar la cama, ese desinterés me seguirá acompañando durante toda mi vida y a veces lo lamento, porque envidio profundamente a las mujeres laboriosas y ordenadas.

Tuve, incluso, un novio que me confesó haber probado todo tipo de humillaciones sexuales, entre ellas que le orinen encima —lo que viene a llamarse «lluvia dorada»—. Al contarle que tuve enuresis hasta los doce años, me aseguró que le excitaba mucho la idea de levantarse con la cama mojada con mi pis. No se puede pasar por alto que se trata de una feliz coincidencia, pero ya era un poco tarde para eso y empezó a parecerme

demasiado bizarro, así que no me casé con él ni comimos perdices sobre el colchón húmedo de sus fantasías, pese a que era una persona realmente adorable.

Quizá es que siempre acabo buscando la luz al final de todo pasillo oscuro que encuentro.

OceanofPDF.com



SWEET DREAMS

Estoy rellena del material de los sueños,
sustancia alucinógena
con la textura y el sabor del algodón de azúcar.
Cuando me pellizcan,
me explotan las costuras como a una nena de trapo.
Los niños grandes vienen corriendo a lamerme,
yonquis perdidos,
ávidos de dulce, de placer inmediato y de visiones dantescas.
Luego, en casa, a ver quién los mete en la cama.
Pobres niños caprichosos, insolentes, mimados,
que se creen con derecho a lamerte y chuparte y sorberte
y coger de ti lo que quieran cuando quieran.
¡Nunca volveréis a dormir como antes!



THRILLER

—Deja ya la tele o llegaremos tarde —me grita Lolita desde la puerta.

Llevo al hombro la bolsita de clases de ballet, de tela suave color carne, con mis zapatillas, medias rosas y maillot negro. No le hago caso, no puedo, estoy absorta viendo el vídeo de Michael Jackson, «Thriller», que se anuncia en letras rojas y brillantes. Michael pasea junto a una chica con coleta prieta y camiseta fucsia, muy recatada. Hasta ahí todo parece una sosa y predecible cita romántica como cualquier otra, pero intuyo que va a suceder algo inquietante y no me equivoco.

«Tengo algo que decirte, no soy como el resto de chicos. Soy diferente».

La luna se muestra redonda y triunfante como un gran pastel de queso y, en apenas unos segundos, Michael hace una extraña torsión, girándose hacia la chica con un rostro que ha mutado en diabólico, ojos amarillos y dientes de bestia, puntiagudos y centelleantes.

Entro en *shock* y me escondo debajo de la mesa. Siento frío en las sienes, el corazón late como un martillo bajo las costillas y estoy a punto de perder el control.

—Sal de ahí, Ana, que son casi las seis, ¡venga! —insiste Lolita.

No, ¡no puedo salir! Ni siquiera puedo llorar de lo conmovida que estoy, pero me avergüenza contarle a Lolita que estoy aterrorizada y que me siento... rara, así que obedezco y me dirijo a clase como si me llevaran a un matadero, intentando disipar sin éxito la sensación de irrealidad.

Me llamo Ana. Voy a ballet. He visto un videoclip perturbador y me he asustado pero no ha pasado nada, no pasa nada, no pasa nada.

Mentira.

Durante toda la clase no dejo de pensar en los ojos amarillos de Michael Jackson, entre plíes y relievés. Estoy segura de que en cualquier momento alguna de mis compañeras puede transformarse en niña-lobo-zombi al girarse. Entro en un estado de ansiedad que dura varios días. Sin saberlo aún, es un ensayo, un aviso de una auténtica crisis de pánico que llegaría años después. Esto solo era el aperitivo, un entrenamiento.

En ballet somos todo niñas. Yo quería ir a kárate —porque kung-fu aquí no hay—, pero me apuntaron a danza clásica porque en kárate solo hay chicos. Estoy obsesionada con las películas de artes marciales y todas las semanas alquilamos alguna en el videoclub.

Me esfuerzo por hacer bien los ejercicios de ballet y por parecer lo más femenina posible, pero sé que no lo soy y no sé muy bien por qué. Otras chicas sí y en ellas resulta evidente. Sobre todo las niñas del colegio de las monjas. Son más bonitas y delicadas que el resto, así, en general. Dulces y recatadas, pero también sibilinas y maliciosas. Hacen corrillo para cuchichear sobre el resto. Piensan que las que vamos a un colegio público somos más sucias y maleducadas; y nosotras, las del colegio público, pensamos que ellas son ñoñas, quejicas, manipuladoras y que siempre están con rezos y lloriqueos.

No alcanzo a detallar exactamente qué es lo que nos distingue a Alicia y a mí, por ejemplo, de ellas. Quizá la coquetería, la apacibilidad, un diseño facial y corporal más gatuno... Nosotras no somos lo que se dice dos preciosidades, y además nos parecemos un poco, supongo que por lo vulgares que resultamos. Pelo marrón y encrespado recogido de cualquier manera, gafas metálicas, ojos grandes y cintura gruesa. Nos gusta compararnos con los gorrones. Son tan comunes que pasan desapercibidos, pero si te fijas en detalle puedes apreciar que son adorables, aunque yo nunca estoy segura de esto último.

A diferencia de otras niñas, nadie nos dice nunca lo lindas que somos, sencillamente porque no lo somos. Y ese aire de perdedoras acompañado de una torpeza natural nos mantiene unidas, como si perteneciéramos a un

selecto club. Hemos crecido juntas y conformado un mundo propio y la única vez que nos peleamos nos limitamos a pegarnos el chicle en el pelo la una a la otra.

Nos fascina, por ejemplo, la palabra «bastarda» y la usamos a todas horas. Para insultar, para llamarnos la una a la otra.

Sucia bastarda, rata bastarda, chocho bastardo, asquerosa bastarda, perra bastarda.

Dibujamos la palabra en mayúscula en nuestros cuadernos, rodeada de flores y corazones. No sé por qué nos hace tanta gracia. Un día le llamo bastarda a Lolita, la muchacha que nos cuida a mis hermanos y a mí por las tardes, y se echa a llorar. Se lo chiva a mi padre y me gana un manotazo en la boca. Por lo visto debe de ser una palabra mucho más fea de lo que en principio parece. No era mi intención enfadarla de esa manera y yo también acabo rota en lágrimas. Puede que a veces me resulte difícil calcular el alcance del daño. Siempre que ofendo a alguien más de lo que pretendía, o sin pretenderlo en absoluto, este capítulo viene a mi cabeza y me pone triste.

Alicia y yo queremos ser aprendices de bruja, adquirir súper poderes por medio de la naturaleza. Comemos unos frutos verdes del tamaño de un botón que crecen en el solar que hay al lado del colegio y que se dividen en gajos, a modo de mandarina minúscula. Les llamamos «panecillos» y creemos firmemente que nos darán algún tipo de capacidad especial, que nunca sale a relucir.

Años más tarde, cuando ambas descubramos que somos infértiles, lo achacaremos en broma a todos los hierbajos y frutos salvajes que comíamos entonces.

Como somos hijas de maestros, gozamos de pequeños privilegios como, por ejemplo, el acceso al lavabo de profesores, que suelen estar vacíos y más limpios. Allí llevamos a cabo un ritual «mágico» al que llamamos potaje.

Primero hacemos caca, una después de la otra, aunque a veces solo puede una.

Cogemos la perforadora, que previamente nos habíamos llevado de clase, y la vaciamos en váter, llenándolo todo de circulitos de papel de varios colores. Eufóricas, juntamos las palmas de las manos y la punta de lengua. Nos bajamos la falda y, en una milimetrada coreografía, chocamos brevemente la barriga, el culo y el chichi para acto seguido tirar de la cadena entre gritos de júbilo: «¡Confeti, confeti! ¡Potaje, potaje!».

Nos acercamos a la taza para ver como desaparece todo engullido por el agua —la mierda, los circulitos de colores— y volvemos al recreo, satisfechas de haber llevado a cabo con éxito nuestra ceremonia.

Una tarde, al salir de clase, se empieza a correr la voz de que ha muerto una niña del colegio de las monjas de una parada cardíaca. La conozco de vista, es regordeta, muy morena, con pelusilla en el bigote y un lunar en mitad de la frente.

No puedo creerlo, se supone que los niños no mueren. Se mueren los viejos, los adultos que conducen mal o enferman, pero... ¿los niños? ¿Dónde está escrito eso? No puedo salir de mi asombro. Mis primeras (y hasta ahora únicas) experiencias con la muerte, como las de todos los niños, han sido con las mascotas y van en este orden: pececitos naranjas, tortugas pequeñas cuyo caparazón se reblandece, pollitos de colores y hámsteres.

Todos recordamos muy bien esos pececitos dorados flotando boca arriba en su urna de cristal, que se ha vuelto opaca, sucia. Así contactamos los niños por primera vez con la muerte: constatando, al tirar de la cadena, que nadie regresa. Esos peces que antes nos maravillaban con sus colores vivos, ahora flotan pálidos mirando a la nada.

¡La niña! ¡La niña muerta! ¿Cómo la encontrarían sus padres? Imagino que descolorida y blanda como un pez. No puedo soportar la idea.

Mi madre le daba catequesis, así que vamos a darle el pésame a la familia junto con toda la clase. Cuando alguien del pueblo se muere, todos van a dar el pésame aunque no conozcan mucho al finado, y los entierros

son multitudinarios. Este es un caso particularmente delicado y emotivo al tratarse de alguien tan joven.

—Quedaos aquí, no entréis.

Los adultos siempre quieren protegernos de todo lo que atañe al sexo o a la muerte, pero me asomo, curiosa, solo por ver quién hay. No esperaba que la estuvieran velando en el salón, con la caja abierta, así que puedo ver su rostro, transfigurado por el tránsito.

Otra vez. Joder, ¿por qué lo he hecho? OTRA VEZ.

El *shock*, el rapto, el terror infinito, los ojos de Michael Jackson. Días y días de extrañeza haciendo las cosas como una autómatas, consumida por un terror insidioso que me corroee por dentro como un parásito.

Pasa el mes de mayo y todavía no he superado la conmoción, pero sigo con mis sencillas rutinas de niña. En junio estrenamos una función infantil de ballet en el auditorio para deleite de padres, abuelas y familiares. He de reconocer que me siento ridícula.

Como deambulo como zombi desorientado, dos días antes me doy un golpe tremendo en la cabeza y tengo que actuar con un chichón multicolor que me deforma la frente. No pasa nada, soy muy profesional. Ejecuto con la mayor gracia posible mis pasos de ballet junto a mis compañeras, enfundada en un tutú azul. En el segundo pase, vestida con maillots negros y calentadores a rayas, hacemos unos pasitos de gimnasia con música de Madonna.

No pasa nada, no pasa nada, no pasa nada, me repito a mí misma.

Alguna vez que otra volví a mirar las fotos de aquella función. Reconocí mi cabello engominado estirado hacia atrás en una fuerte coleta que achinaba los ojos. Mi gesto de perplejidad, mis ojos suplicantes de «¿cuándo se me va a pasar esto?».

Pero bailo, bailo sin descanso al ritmo de «Into the Groove» y en mi cabeza giran imágenes espantosas. Un ataúd, una niña muerta. Pálida,

blanda. La niña abre los ojos y nadie grita ni hace nada porque solo los puedo ver yo, solo yo. Son amarillos, terroríficos, y luego los dientes, ¡dios mío, los dientes!

OceanofPDF.com



Niña,
bébete la leche.
Límpiate la sangre.
Lámete la herida.
Niña,
haz lo que te digo.
Piensa en angelitos.
Duérmete enseguida.



SOY LA CATARATA

No sé lo que es una catarata, soy demasiado niña y desconozco muchas palabras y su significado. Aunque puede que escuchara «catarata» alguna vez y bautizara de esa forma al monstruo que me persigue en sueños, esa señora gruesa de boca infernal que engulle todo a su paso.

Para mí no es fruto de mi imaginación, es muy real y así se lo hago saber a mis padres, pero los padres no hacen caso de esas cosas para no dar importancia al miedo, para que no crezca, para que aprendas a ignorarlo y vencerlo. Una noche me despierto y veo a un montón de cataratas rodeando mi cama, aunque probablemente soñara o alucinara, nunca lo sabré. Con frecuencia llamo a mi madre a gritos en la noche para que venga y me haga saber que no hay nada extraño en la habitación. O sueño que la llamo.

—Te pondremos la lucecita del niño Jesús —me ofrece como solución.

Eso es una especie de piloto pequeñito de luz cálida para los niños que temen a la oscuridad —también la llaman «quitamiedos»—, pero yo no tenía miedo a la oscuridad (bueno, un poco también), yo tenía miedo a esa señora gorda y cruel, de pelo cobrizo y ensortijado, gafas gruesas y pies como garras de águila. Es mi pesadilla más recurrente. Esa mujer adopta la forma de la gente que quiero, y cuando la descubro al ver sus zapatos deformados por las garras, ya es demasiado tarde: abre su enorme boca y el túnel negro de su garganta me traga.

Un sueño típico con la Catarata puede ser así: paseo con mi madre y mi hermana menor. Mi hermano es un bebé, duerme en el carrito. De pronto mi hermana llora, está despellejada, en carne viva. Alzo la vista hacia mi madre, que me dice: «¡la siguiente eres tú!». Miro sus pies y veo unas enormes garras color carne saliéndose de los zapatos deformados. Su mirada es cruel, de ave de presa.

—¡Tú no eres mi madre! —grito—, ¡eres la Catarata!

Intento huir y salvar mi vida pero no puedo, estoy ralentizada, paralizada. Ella siempre me da caza. Es capaz de mutar bajo amables formas: madre, abuelas, tías... siempre mujeres, siempre mayores. Es una entidad femenina maligna que fagocita a las niñas a su paso. Que aterroriza hasta el paroxismo. No sé si es una diosa o un demonio o ambas cosas.

Mi abuela mata conejos en el patio de un golpe seco en el cuello con el dorso de la mano. No es ninguna sádica, así se ha hecho y se sigue haciendo en los pueblos. Se compran pollos y conejos a las vecinas que los crían en sus patios y luego cada una lo prepara en su casa. Me desagrada y me impacta observarlo. Normalmente las niñas no pintamos nada en la cocina, pero un día mi abuela considera que soy suficientemente mayor y me pide que la ayude a despellejar uno

—Sujeta de las dos piernas y tira fuerte.

Luego de quitarle la piel como si fuera una malla, le quiebra las patas de delante y de atrás con las manos y las corta a cuchillo. Odio que me pidan hacer esto, pero todos los domingos nos reunimos para comer arroz y conejo y el sacrificio es continuo.

Durante dos o tres años sueño que entro en la cocina y que están despellejando a mi hermana entre mi abuela y mi madre. El suelo está lleno de sangre y mi hermana grita como un animal al que están degollando lentamente. He escuchado antes ese sonido, cuando matan un cabrito en el sótano y lo dejan colgando boca abajo para recoger la sangre en un cuenco. Parece el grito de un niño pequeño agonizando. Nuestro vecino de enfrente es carnicero y se encarga de darle matarile. Le tengo miedo, siempre que le veo lleva puesto su mandil sucio y me hace recordar una película que también se llama *El carnicero*, concretamente una escena en la que la sangre de una víctima gotea desde arriba sobre el pan de molde que un niño lleva de merienda.

En el sueño, mi madre sentencia, mirándome con unos ojos que no son los suyos:

—La siguiente eres tú.

—¡No, por favor, mamá, no, por favor!

A veces me salvo de ser despellejada, otras no. Quizá la lucecita del niño Jesús no funciona como debería. Quizá nada ni nadie pueda protegerme de algo que solo está en mi cabeza, de mí misma.

Hace poco descubrí de dónde viene esto.

Durante mucho tiempo creí que mi hermana había sido apaleada boca abajo, bajo la mirada atenta de todo aquel que quisiera mirar y participar. Fue en la playa, en Torre Vieja. Yo estaba haciendo un castillo de arena y llamaron mi atención los gritos, acompañados de cierto revuelo. Giré la cabeza y mi hermana estaba colgada boca abajo mientras mi padre la sujetaba de los pies y todos la golpeaban como si fuera un saco de boxeo. «¡A mí no, por favor, a mí no! ¡Yo no he hecho nada!», recuerdo haber dicho entre dientes.

Muchos años después mis padres comentaron en una comida informal aquel día que mi hermana se atragantó en la playa con una moneda y la cogieron de los pies dándole golpes en la espalda para que la escupiera.

En mi cabeza infantil viví con angustia ese suceso pensando que se trataba de un acto de brutalidad ampliamente festejado por los familiares y extraños allí presentes. Así de frágil y tenebrosa puede llegar a ser la mente de un niño. Así de atentos debemos estar los mayores a cualquier manifestación extraña de miedo, por ridícula que nos parezca.



DIRTY ROTTEN GIRL

Esto que ves es una niña en
des
com
po
si
ción.

Una sucia e insolente criatura que amaba a las fieras
y se enlodaba en el caos.
Nunca volverá a ser la misma.
Se oscurecerán sus trenzas,
se desvanecerá el rubor de sus mejillas.
Devendrá mujer y dejará tras de sí un rastro de amapolas
que brotarán de entre sus piernas con obligada fe.
Se aferrará con desesperación al orden y a la vida doméstica
para salvarse de sí misma y de los demás.
Entrará en una espiral de deseos mal concedidos
y cantará dolorosas letanías en su jaula de oro
mientras recuerda a esa despreocupada niña de zapatos sucios
que tenía toda una vida por delante.

Esto que ves es muy triste, muchacho.

Yo de ti miraría hacia otro lado.



BOCADILLOS DE MARGARITAS

Quiero crecer rápido, pero no hay manera, el tiempo pasa muy despacio. Tengo la impresión de que voy a ser una niña SIEMPRE. Estoy en cuarto de EGB y me entusiasman las películas de kung-fu, sobre todo las de Bruce Lee. Estoy enamorada de él aunque sé que está muerto desde hace mucho porque he leído su biografía. También sé que fue campeón de chachachá.

En cambio, odio con todas mis fuerzas a la cursi y remilgada de *Candy Candy*, esos dibujos japoneses de la niña huérfana y llorona siempre gritando «¡Anthony, Anthony!» —su amado, que para colmo toca la gaita—. No entiendo qué interés puede tener una serie cuya protagonista es una niña rubia y ñoña. En el cumpleaños de mi hermana dibujo su cara en un globo y jugamos a golpearlo y explotarlo a golpe de kung-fu. No sé qué tienen esos dibujos que me enfurecen y sacan lo peor de mí y no es algo que me haga sentir bien.

¡ANTHONY, ANTHONY!
¡MANOLO, MANOLO!

Mi primer amor no se llama Anthony, se llama Manolo y vamos juntos a clase. Quiero que sea mi novio, pero él no está de acuerdo en esto. Tiene la piel blanca, traslúcida y llena de pecas y es terriblemente vergonzoso. Le amo con la fiereza de mis nueve años y él me odia con la misma intensidad, pero no me importa. Insisto. Le hago saber que me interesa, que me gusta, que me encanta, y no espero a que él me corteje porque sé que nunca lo hará.

Con la excusa de un nuevo juego que he inventado, ordeno a mis amigas que lo capturen, esto es, que lo traigan entre todas y lo sujeten fuerte para que no pueda ofrecer resistencia. Cuando lo tengo a mi merced, me abalanzo sobre él como una amazona salvaje para darle besos en la cara y

en la boca y hacerle cosquillas. Él grita y se ríe, pero cuando acaba el juego, me persigue muy enfadado y me pega con la mano abierta.

Pegarse entre niños es algo frecuente y aceptado siempre que no se ejerza demasiada fuerza. Casi siempre lo hacemos en los hombros o en la espalda, que es donde menos duele. No llega nunca la sangre al río, ni al patio, y no nos chivamos ni tampoco suelen intervenir los maestros o los padres, porque al poco tiempo hacemos las paces y seguimos jugando y siendo amigos como si nada.

Pienso en Manolo todos los días y quiero que nos casemos cuando seamos mayores. Además de ser el objeto de mi obsesión, es mi más fuerte rival en clase. Competimos por ver quién dibuja mejor, quién entrega los ejercicios antes o quién lee con más soltura. Unas veces lo hace él y otras lo hago yo.

Le hago regalos absurdos a modo de ofrenda de amor como, por ejemplo, un corazón con los colores del arcoíris pintado con rotuladores Carioca, o mi bocadillo de mantequilla del almuerzo relleno de margaritas que he cortado durante el recreo. Ayuno por amor y en cambio me lo agradece lanzando el bocadillo bien lejos como si se tratara de una bomba a punto de estallar.

Muchas veces deshojo margaritas pensando en Manolo, y no paro hasta que me dicen sí.

Él me evita, me teme y me odia, pero yo no me doy por vencida. Mi madre me contará, recordando que una vez lo vimos jugando en su porche con un balón y yo grité: «Mira, mamá, ese es MI NOVIO», y Manolo corrió a esconderse dentro de su casa. Le encantará seguir contándolo, pero luego ya no me avergonzará como antes. A las madres, en general, les encanta contar cosas que nos hacen parecer un poco ridículas, y creo que está bien que lo hagan porque de esta manera aprendemos a reírnos de nosotras mismas.

Poco después de mi arrebatamiento por Manolo, el karma, o lo que sea, me devuelve la jugada. Tengo un insistente pretendiente que por suerte va a otro colegio, pero al que veo siempre en la calle y en la Plaza Mayor. Me

persigue, me corteja y me regala cosas. Un sacapuntas, una libreta, un anillo de plástico, un chinito de la suerte... Le dicen el Cirilo porque su madre es la Cirila, pero creo que se llama Jose. No me gusta porque está gordo, tiene muchas cejas y es de piel muy morena. Aunque se lo hago saber, no cesa en su empeño.

A veces utiliza a su hermana, la Cirilica, de mensajera, y me entrega a través de ella notitas y cartas de encendido amor. La cosa adquiere tintes más serios y apasionados cuando me cuenta que se ha grabado mi nombre con cúter en el brazo. Se remanga y puedo leer ANA en trazos rojos y sanguinolentos, poco profundos.

No me impresiona lo más mínimo y, en un arrebato malicioso, le digo que eso no le habrá dolido nada porque mi nombre, Ana, es muy corto. Que si de verdad me quiere tiene que cortarse escribiendo nombre y apellidos completos. Espero a que lo haga, pero nunca llega a hacerlo y le llamo cobardica y gallina.

La Cirilica sigue atosigándome con sus recados de Celestina, haciéndome saber que sigo estando en los pensamientos de su hermano. Me horripila saber que mi imagen vive presa, mancillada, en la mente calenturienta de ese ingenuo acosador enamorado y no puedo hacer nada por liberarla. ¿Qué cosas pretenderá, imaginará, deseará de mí..., que no puedo hacer nada por frenar ni espantar de su cabeza? Besos, toqueteos, mi cuerpo desnudo haciendo con él sabe dios qué cosas, guarrras, seguramente. Me angustia pensarlo. Creo que a todos nos inquieta el deseo manifiesto de una persona que no es de nuestro agrado.

—¿Sabes? Mi hermano ha grabado un corazón en su cabecero de la cama en el que pone Jose y Ana.

¡Buf! Es el colmo. Me enfado muchísimo, muchísimo, y quiero que me deje en paz de una puta vez pero no lo hace a pesar de que lo insulto y lo trato con desprecio. Cuando me ve en los recreativos, el Cirilo se pone cerca y me ofrece monedas de cinco duros cuando se me acaba la partida. Tonta de mí, los cojo, a veces, porque estoy muy enganchada al Tetris y al Bomb Jack. Pero entiendo que si sigo dándole coba nunca podré deshacerme de él.

Cuando al fin pasa de mí, lo agradezco, aunque en el fondo me siento ofendida, despreciada. No hay quien entienda las cosas del querer.

¡MANOLO, MANOLO!

Han pasado los años. El Cirilo se ha ido a vivir a la capital con su familia y Manolo deja de interesarme, porque una tiene algo de orgullo y la familiaridad de tantos años juntos mata la pasión. También en el instituto vamos juntos a clase, en letras, y años después nos mudamos a Valencia, cada uno por su lado, para estudiar la misma carrera, Bellas Artes. Allí somos muchísimos alumnos, pero, ¡sorpresa!, coincidimos en clase.

—No vas a poder librarte de mí, le digo en broma mientras amaso un pedazo de barro. —Ya no lo asusto, claro.

Siempre tiene novia. Yo también. Bromeamos con lo mal que se lo hacía pasar en el colegio. Por supuesto me ha perdonado y yo ya no soy esa niña depredadora y ansiosa, pero fue mi primer desamor, mi primer rechazo en mayúsculas y en letrero luminoso. Aún lo recuerdo decir: «Te odio, te odio».

Mucho tiempo después, a los treinta y tantos, durante las fiestas del pueblo, me sube en su coche para traerme a casa y se abalanza sobre mí. Nos besamos, aturdidos por el alcohol. Se me hace rarísimo, así, sin coacciones ni amenazas, sin nadie que me lo sujetara para poder hacerlo. Por sorpresa.

—Joder, Manolo, mira que me ha costado, ¡pero sabía que al final lo conseguiría!

No puedo parar de reír pero, a la vez, tengo unas ganas tremendas de vomitar. La primera arcada moja sus pantalones. Abro la puerta del coche con premura y salen de mi boca sapos y culebras con aroma a Jägermeister y tequila junto con restos del arroz tres delicias de la cena. Un guisante por aquí, un trozo de jamón por allá...

La cosa no pasa del beso porque a estas alturas un desenlace así es impensable. No solo porque apesto a ácido, a comida a medio digerir y a una mezcla de licores insufrible, sino porque siento un fastidioso amor fraternal por él. Acceder a algo más me resultaría sucio, casi incestuoso, pero gracias a ese beso me saco la espinita que llevaba clavada en el corazón desde los nueve años. No soy una sufrida heroína de telenovela cegada por el recuerdo de un único amor, pero reconozco que su desprecio me impregnó profundamente.

Después de él, nunca volví a abalanzarme sobre nadie mientras me arañaba la cara, mucho menos a agasajarlo con bocadillos de mantequilla y margaritas.

Solo hay espacio para un amor así en la vida.

Del Cirilo también volví a saber y he de confesar que me impresionó con un giro inesperado. De ser un muchacho gordito y anodino, víctima de burlas y acoso escolar, pasó a ser un adinerado empresario bastante cachas. Bueno, si lo explico en detalle, lo que me contaron fue que un día vino a pasearse por el pueblo en un enorme descapotable rojo con una muchacha despampanante a cada lado, repartiendo por las calles, como si fuera un espléndido tío Gilito, unos panfletos en los que por un lado aparecía la cara de un billete de diez mil pesetas y, por el otro, el nombre y la dirección del negocio que regentaba: un puticlub en Caravaca.



ECLIPSE DE LUNA

Agito los cabellos a cámara lenta,
como los tentáculos de una medusa;
y luego, a cámara rápida,
como los fantasmas de las películas japonesas.
¡Buuuuuh!
Estoy poseída, lista para proceder al encantamiento.
Tengo los párpados y las manos untadas en purpurina como una niña en carnaval
y cada pestañeo, cada movimiento, es un acto de magia impregnado de ternura.
Un deseo cumplido.

Para ti que me lees, para ti, para ti y para ti también.

No hay nada más delicado y sanador que las manos de una niña.
Nada más placentero que tumbarse al sol sobre la hierba
mientras una chica te acaricia el pelo.
Puedo olvidar los nombres, los lugares, incluso los rostros,
pero nunca lo que me hicieron sentir.
Ahora, mira fijamente mi dedo... Un, dos, tres.
Ya.
Estás
bajo mi poder.



ROSA LEÓN

Viernes en la tarde. Aparece Rosa León en la tele cantando «El señor Don Gato». Tiene el cabello castaño, largo y ondulado, gafas metálicas y ropa de maestra de los ochenta. Es decir, absolutamente anodina y neutra, en tonos ocres.

—Mamá, mamá, ¡mira, eres tú, sales en la tele!

—No, hija, no soy yo.

—¡Que sí, que sí! Eres tú, ¿no lo ves?

Le digo a todo el mundo que mi madre es Rosa León y de verdad así lo creo, aunque ella me diga que no.

Mi padre es Julio Iglesias. Lo he visto en un disco que pone «¡Hey!» en la portada. Lleva el mismo peinado que él y lo cierto es que se dan un aire. Insisto. Mi madre es Rosa León y mi padre es Julio Iglesias pero nadie me cree, ni siquiera ellos.

Estoy confusa. Esa que está en la tele es mi madre pero a la vez mi madre está aquí. Puede ser dos personas y una sola, estar en dos sitios, en la tele y en mi casa, y llevar dos vidas paralelas. Igual que mi padre. Esa es mi lógica de niña.

Un par de años después, aparece en el salón un disco de Nana Mouskuri. Lleva el mismo pelo que mi madre y unas gafas muy parecidas. Pero ya entiendo que NO es mi madre, sino que solo se le parece.

—Mi mamá se parece a Nana Mouskuri —digo.

Vamos bien, vamos bien...

Mi madre es maestra. Como vivimos en un pueblo pequeño, muchas veces nos encontramos con sus alumnos por la calle, en la plaza o mientras

paseamos camino del mercado, y siempre la saludan con mucho cariño y efusividad, aunque, a veces, también con timidez (a mí también se me hace raro ver a los maestros fuera de su hábitat natural: el colegio).

—¡Doña Pepita! ¡Hola, doña Pepita!

Siento muchos celos de esos niños porque pienso que a ellos no les regaña nunca y en cambio a mí sí. Que a ellos les quiere más y por eso se alegran tanto de verla.

Callaos, idiotas, esta madre es mía. Mamá, no quiero que vayas más a la escuela.

Cuando soy mayor y los niños la saludan al verla con los ojitos llenos de admiración, me siento orgullosa de mi madre. Aunque no salga en la tele tocando la guitarra rodeada de fans ni en la portada de un disco.

OceanofPDF.com



PIDE UN DESEO

Qué fácil parecía cuando nos preguntaban en la escuela qué queríamos ser de mayores. Como si solo con desearlo se fuera a cumplir.

*De mayor quiero ser bonita,
tener un trabajo
y tener una casa,
y en la casa un niño
y junto al niño un amor.
Y afuera el color verde, los amigos, los vecinos
y la ropa secando al sol.*

Pero sucede que, luego, nos miente el espejo,
el trabajo escasea
y no llega para la casa
ni tampoco para el niño.
Los amigos van y vienen
y los amores nos rompen en dos.
Aun así, perseveramos como animales testarudos,
porque nadie se resiste a lanzar
una moneda al pozo de los deseos.

—¡Pregunte otra vez, maestra, pregunte!
—¿Cómo te ves de mayor?

*Quiero un poquito de todo,
quiero una vida sencilla,
quiero vivir sin dolor.*



OceanofPDF.com

TEMOR DE DIOS

«¡Ay, petenera gitana!
¡Yayay petenera!
Tu entierro no tuvo niñas buenas.
Niñas que le dan a Cristo muerto sus guedejas,
y llevan blancas mantillas
en las ferias.
Tu entierro fue de gente siniestra.
Gente con el corazón en la cabeza,
que te siguió llorando
por las callejas».

FEDERICO GARCÍA LORCA

Sobre la mesilla de noche hay un portarretratos de escay verde con una foto en blanco y negro de un cristo muy moreno. A mi hermana Mercedes y a mí nos da miedo, pero mi padre insiste en que tenemos que rezarle todas las noches para que nos proteja de los malos sueños.

*Padre nuestro que estás en los cielos,
santificado sea tu nombre...*

Sigo teniendo malos sueños, en parte porque esa imagen me inquieta y tengo la sensación de estar invocando a un ser tenebroso que no me quita ojo mirándome desde el cielo, omnipresente. Prefiero pensar en angelitos.

*Ángel de la guarda, dulce compañía,
no me desampares ni de noche ni de día...*

Los domingos vamos a misa de once. La iglesia de san Pedro no es muy ostentosa, pero algo de fasto y oropel, como cualquier iglesia que se precie, tiene. Porque agrada a Dios y, sobre todo, agrada a los curas. Me gustan las

figuras de vírgenes, tan delicadamente vestidas, con su rostro níveo, entre piadoso y afligido, y sus lágrimas de cristal resbalando por las mejillas. Algunas parecen tristes, otras extasiadas. Ninguna sonríe, a excepción de una que lleva a un niño en su seno. Los santos me son indiferentes, pero hay una figura que me provoca escalofríos y que soy incapaz de mirar directamente. Se trata de un Cristo negro vestido de terciopelo morado, que porta una cruz. En realidad no es negro, quiero decir, de raza negra, sino que está quemado. Lo rescataron de un incendio, y la madera y la pintura se chamuscaron, adquiriendo una tonalidad oscura.

Me espanta.

Cuando voy a la iglesia tengo la sensación de que me mira de reojo, me juzga y quiere hacerme algo malo. El blanco de los ojos resalta en el rostro oscuro y su gesto es de sufrimiento, pero también de horror. Siempre evito mirarlo, pero algo me impulsa a hacerlo, como si una fuerza extraña me obligara. «Mírame, témeme». Al final, como quien contempla una película de miedo tapándose los ojos con las manos entreabiertas, giro la cabeza casi sin querer y lo miro fugazmente, mientras se me encogen las tripas de puro miedo. Un miedo prohibido, delicioso.

En este pueblo hay devoción por la Iglesia y la Semana Santa. Casi todo el mundo va a misa, especialmente los niños que vamos a tomar la comunión. Tenemos que estar preparados para tomar el cuerpo de Cristo por primera vez y beber su sangre en un acto simbólico de canibalismo que a mí me perturba y seduce a la vez. En clase de religión nos explican la vida de algunos niños santos, como Justo y Pastor, que fueron azotados y finalmente degollados al no querer renegar de su fe. Otros dos, cuyo nombre no logro recordar, fueron introducidos poco a poco en pez, o en aceite caliente, hasta morir cocidos vivos cantando alabanzas al Señor. No quiero tener que pasar por eso nunca. Soy una mala cristiana.

En el despacho de mi padre encuentro *El libro de los santos*, dos tomos gordísimos que relatan, sin escatimar detalle, todas las torturas y suplicios a los que fueron sometidos. Me impresiona y a la vez me reconforta, porque no quiero ser santa. En realidad, sí quiero serlo, ya que me parece que eso entraña una especie de súper poder. Si Spiderman adquirió habilidades

extraordinarias al ser picado por una araña, del mismo modo yo podría obtener alguna capacidad especial al ser tocada por la mano mágica de Dios, pero para ser santa tienes que pasar inevitablemente por un terrible sufrimiento. (Uno o dos años después caerá en mis manos *Justine o los infortunios de la virtud* del Marqués de Sade y, aunque medio camino ya estaba hecho, terminará de perturbarme. Estaré un tiempo deprimida, alterada, con todos los esquemas rotos y, por supuesto, orinando la cama).

Todos los domingos la misa transcurre del mismo modo, sin apenas variaciones: cantamos, escuchamos los sermones del cura mientras pensamos en nuestras cosas, nos levantamos, nos sentamos, nos ponemos de rodillas y nos damos la paz cuando procede en un estricto guion, estrechando la mano de las personas que tenemos más cerca.

La misa es una fiesta muy alegre, la misa es una fiesta con Jesús, con su palabra nos enseña, nos alimenta con su pan, nos compromete a ser hermanos y a caminar...

Las personas más mayores comulgan y, cada vez que el párroco dice «Podéis ir en paz» salimos corriendo para gastarnos la paga de cinco duros en chucherías.

Nunca pasa nada emocionante, salvo aquella mañana que interrumpe Pedrito el loco, blasfemando como un poseso.

Pedrito es un señor de unos treinta o cuarenta años que viste con ropa a la moda de los años sesenta —supongo que la que le compraba su madre de joven y que él siguió llevando de mayor. Pantalones acampanados de pana marrón y camisetas apretadas con cuellos de pico y chaleco—. Acaba de salir de la cárcel, según me contarán después, donde ha pasado un par de añitos por haber violado a dos señoras discapacitadas que ayudan en la sacristía, con la colaboración de unos hermanos gemelos a los que apodan «los bienpeinaos», quienes supuestamente también fueron violados a su vez por Pedrito el loco cuando eran niños.

Es lo que se cuenta, vaya usted a saber. No tengo ni ocho años y me lo creo todo.

El cura don Jesús tuvo mucho que ver con que se hiciera justicia con estas pobres señoras y, en cuanto el loco salió de la cárcel, lo primero que hizo fue entrar en misa de once para ajustar cuentas con el párroco.

Y aquí lo tenemos, emponzoñado vivo.

Pedrito entra vociferando animaladas que todo el mundo ignora, haciéndole el vacío para no darle más importancia, por si acaso se cansa y se va.

En el pueblo estamos acostumbrados a ver señores que hablan solos y gritan. O señoras, como Josefa la Follaora, que se bebe los culines de los botellines de las cervezas cuando los bares dejan fuera las cajas. Tampoco es que haya muchos, pero son muy visibles porque todo el mundo hace vida en la calle. Algunos no nacieron así, sino que fueron enfermando por abuso de drogas o medicación, y deambulan como zombis hablando con un interlocutor invisible.

Los locos que no siempre fueron locos nos recuerdan lo frágil que es la línea que nos separa de ellos. Los borrachos, los deficientes mentales, aquí nunca molestan. Se les quiere y se les cuida, porque siempre son hijos o hermanos de Fulanito o Menganita. No se les margina ni se les desprecia.

La situación en el templo se torna cada vez más violenta. Alicia y yo no podemos evitar ahogar unas risitas, porque está diciendo palabrotas como «puta, coño, maricón...» ¡en misa! y eso es un pecado gravísimo. Insiste mucho en lo de «maricón». Su irrupción constituye una turbadora anomalía en el paisaje del domingo, tan aburrido y predecible, tan idílico. Un soplo de aire fresco, aunque contaminado. Una ruptura brusca de la realidad de ese mundo perfecto, limpio y ordenado de los asistentes a la iglesia.

No se conforma con los improperios y rápidamente se sitúa cerca del altar, al lado del cura, al que empieza a imitar burlonamente en sus movimientos mientras bendice la hostia. Según avanza hacia él, se palpa la tensión, la alarma. Se escucha rumorear a las personas mayores, y cuando Pedrito se abalanza sobre don Jesús para atacarle, rápidamente suben dos o tres hombres —los únicos que hay porque casi todos somos niños y señoras— a separarlos y a llevarse al enajenado a la calle.

El cura no tomó represalias, como buen cristiano. Pedrito «el loco» fue degenerando año tras año hasta morir de un mal golpe mientras jugaba a «torear los coches» con un pañuelo en una mano y una litrona de cerveza Águila en la otra, borracho y eufórico. La figura de «El Arropiero», uno de los más prolíficos asesinos en serie de España, siempre me recuerda a él, con su cinturilla marcada y ese aire casi carismático de bandolero de patillas largas y bigote breve.

A partir de esa mañana no volví a tener miedo del Cristo Oscuro y sus supuestos poderes sobrenaturales, sino de la oscuridad de los hombres, de la demencia, el abandono de aquello que nos ilumina y hace humanos y de la amenaza de las sombras a pie de calle.

OceanofPDF.com



¡APÁRTENSE!

Apártense, que llega
la bruja, la arpía , la ramera.
Y trae grabados sobre su cuerpo
pecados que no puedo nombrar.
Acérquense, que llega
la maga, la adivina, ¡la hechicera!



OceanofPDF.com



EL MUNDO

El mundo tal y como lo conocemos
se acaba todas las mañanas.
En recuerdo, puedes prender en tu pelo
orquídeas hechas con polvo de estrellas
y contemplar sus ruinas con gesto de amante.
Honrarle con borrachera y baile
hasta escapar de su encantamiento.
Pero, recuerda:
no intentes revivir lo que ya está muerto.
Ten miedo a la oscuridad.
Lleva siempre los zapatos limpios.
No comas en *tuppers* grasientos.
Arranca las malas hierbas con mano firme
y huye de los corazones turbios.

LA ESCOBA NO ES PARA VOLAR

Al salir de misa siempre me encuentro a Juan «el rata» y a sus hermanos jugando fuera a la pelota. Son cinco o seis, todos varones y casi idénticos —excepto en el tamaño—, pero Juan es el más revoltoso. Todos sabemos que sus padres le pegan.

Su madre lo hace a lo largo del día, y su padre cuando llega del trabajo si le dan malos informes de casa o del colegio, lo que es habitual.

Son los años ochenta. En estos tiempos, en este pueblo, como en muchos otros, y seguramente también en las ciudades, es normal que los padres peguen esporádicamente a los hijos como medida disciplinaria. Cachetes, pellizcos, coscorriones, *esclates* en el culo, con la mano o con la parte dura de la zapatilla. A veces con la blanda, cuando es solo para asustar. «Inútil, gandul, me vas a matar a disgustos...».

Entendemos que el límite está en que usen cosas para pegarte. Eso ya lo reviste de cierta gravedad. Cosas que dejan marcas como, por ejemplo, un cinturón, un cenicero, un cazo, una cuerda, una plancha...

A mi amiga Ana Belén su madre le pega con el palo de una escoba. Cuando estamos en quinto o sexto de BUP, ella misma me enseña sus marcas y moretones en el recreo e intenta restarle importancia. O quizá es que sencillamente no se la da.

Se ríe, traviesa, mientras relata cómo su madre la persigue por toda la casa para darle con el palo. «¡Te vas a enterar!». También me enseña señales de pellizcos en la parte alta del hombro y en el costado, a la altura de la cintura. Luego, se echa el dedo a la boca. Yo no sé qué decir, algo me dice que no tengo que meterme en estas cosas. Tiene once años, pero tanto ella como su hermano, que es medio raquítico, se meten el dedo pulgar en la boca y tienen las paletas de los dientes hacia fuera, seguramente por culpa de este hábito. Son nuevos en el colegio y vienen de A Coruña. Están de manera temporal en el pueblo y ella se convierte en mi mejor amiga durante ese año.

No es frecuente este tipo de abusos, pero nosotros, los niños, siempre sabemos a quién le pegan en casa y con qué. Incluso por qué. En general, tenemos un poco de miedo a los padres. A su severidad, al castigo. El modelo de crianza en los ochenta no trabaja las relaciones basadas en la confianza, y el respeto a veces va solo en una dirección. También es cierto que nos protegen y cuidan de que no nos falte de nada. Nos quieren y educan de la manera que saben, porque ellos tuvieron una educación mucho más estricta que la nuestra.

Se nos tiene en cuenta, pero sin olvidar que pertenecemos a otro mundo, salvaje e inferior. Si interrumpimos una conversación de mayores, sabemos que estamos molestando y que lo que tenemos que decir no tiene mucha importancia porque solo somos niños. Sin embargo, formamos parte de la vida social de los adultos. Nadie deja a los niños en casa cuando sale fuera. Estamos en los bares, en las plazas, en cualquier tipo de evento, allí están los padres con sus niños.

En clase, los maestros nos amenazan con chivarse —«¡Como se lo diga a tu padre!, ¡Uy, como se entere tu madre!»,— pero lo cierto es que casi nunca lo hacen. Se preocupan por nosotros y les tenemos un aprecio y un cariño que se prolonga en el tiempo. Los maestros de pueblo son casi nuestros segundos padres y supongo que por eso no nos sorprende que la mayoría estén casados entre ellos.

Los adultos no juegan con los hijos. Viven inmersos en sus preocupaciones y se nos antoja que se divierten poco, que en su vida todo son rutinas y formalismos, por eso no queremos crecer. Cuando llegan a casa de trabajar, lo primero que hacen es preguntar si hemos hecho los deberes. Y ya nos cuidamos de hacerlos, o en el caso contrario no saldremos a la calle. En el pueblo no hay ofertas de ocio ni cines, ni teatro infantil, solo bares y parques, alguna representación musical en el auditorio de vez en cuando, alguna compañía de teatro con marionetas horripilantes que viene en fechas señaladas... Por esta razón, los niños van con sus padres a bares y restaurantes. En realidad, compartimos con ellos la vida social más de lo que se hace en las grandes ciudades. Del bar a la calle y de la calle a casa y de la casa al colegio y vuelta a empezar.

Niños y niñas tenemos gran confianza los unos en los otros. Porque en casa solo somos niños, y fuera, en la calle, somos pandilla, somos seres individuales y somos importantes. Como no confiamos en los adultos, nos contamos los secretos entre nosotros y creamos fuertes alianzas.

Lidia tiene dos años más que nosotras, doce o trece, y está muy desarrollada. Es más alta que la media y ya tiene pechos, redondos y pequeños, como las dos mitades de una pelota de tenis, aunque nunca lleva sujetador y cuando jugamos a la goma se le mueven como gelatinas. Una tarde de corrillo, mientras hojeamos la *Vale* —a escondidas porque contiene relatos picantes sobre la primera vez y consultorio sexual—, nos cuenta que un vecino suyo, un señor mayor que pasea por la avenida arriba y abajo, le ha enseñado la «chucha» (así llamamos a los genitales masculinos).

Nos quedamos mudas, pero al rato se produce esa conocida risa nerviosa que surge sin querer como mecanismo de defensa ante lo que puede ser demasiado chocante como para digerirlo al momento. Sigue relatando el escabroso suceso ante nuestras miradas de asco y curiosidad.

El señor mayor la acorralla en el portal, se desabrocha parte del pantalón y saca su miembro a la vista.

—Me enseñó su cosa, la chucha, y la meneaba así —gesticula— mientras me decía que se la tocara, que era muy suave.

—¿Y qué hiciste? ¿Qué le dijiste?

—Le dije que no, que una mierda, y salí corriendo.

Ella parece no darle importancia y nosotras tampoco se la damos en exceso, pero nos deja pensativas. Hay algo de siniestro y a la vez de cómico y grotesco en ello. No sé si por hacerse la valiente, o porque es demasiado inocente, pero nos cuenta aquello una vez, incluso burlándose de aquel abuelo y su cosa asquerosa y fofa, y nunca lo vuelve a mencionar.

Sin embargo algo se rompió aquel día y enrareció los siguientes. Se supone que los adorables abuelitos nos tienen que dar caramelos, no enseñarnos sus tristes penes buscando una mano joven con la que aliviarse.

Ninguna de nosotras comentó nada en casa. Nadie comparte secretos con los mayores, y mucho menos de ese tipo. Resulta incómodo y además podrían no creernos, como aquella vez que contamos que cierto profesor de extraescolares que había sido cura nos besuqueaba demasiado y nos tocaba y abrazaba más de lo deseable. «Qué tontas sois, si hace eso es porque os aprecia mucho».

Nunca se me olvidará el asunto del portal y la audaz Lidia, plantando cara al sátiro con entereza, y me pregunto si mis amigas de corrillo se acuerdan a día de hoy, porque nunca hemos vuelto a nombrarlo. (Cuando toqué un pene por primera vez, comprobé que, en efecto, la piel era muy suave, como la de los gusanos de seda).

Continuamos viendo durante años al señor mayor por la calle, con su bastón, su barba amarillenta y su chaqueta gris, y aunque al principio hacíamos burla a sus espaldas, poco a poco el recuerdo de su penoso desliz se nos fue olvidando. No muy tarde, murió de viejo. Verde.

SACRIFICIOS DE ANIMALES

Esta tarde, llegando al colegio, olía muy feo en el solar lindante. Una mezcla entre chamusquina y algo más fuerte y repugnante. Más tarde aprendo que huele a putrefacción. A cadáver. Unos chicos han torturado y matado unos gatos y luego les han prendido fuego, comentan en el recreo.

Cuando acaban las clases nos acercamos a comprobarlo entre horrorizados y curiosos, y así es. Sus restos negruzcos cuelgan de una malla metálica, con gesto cadavérico de espanto infinito.

Nunca se me olvidará ese olor, porque no se olvida jamás el olor de la materia podrida, el aroma pegajoso, dulzón, picante y nauseabundo de la muerte. Siento un asco profundo que va más allá de la sensación física de estar respirando descomposición: es el acto mismo de crueldad disfrazado de juego lo que me provoca desasosiego.

Juguemos a matar gatos.

Esos chicos, de aspecto desaseado y dientes rotos, que no sabemos de qué colegio son —ni siquiera si van o si están escolarizados—, vienen y se ríen de nuestras caras de susto. Se jactan de haber matado y quemado a esos mininos con una bravuconería que sin embargo delata cierta inseguridad. Conozco a uno de ellos, Alfonsico. Tiene muchos hermanos y sé que su madre le pega, porque esas cosas siempre las sabemos los niños. Su padre siempre está de bares. Es cojo, el padre, y tiene fama de tener muy mala leche.

Mi tío Fidel dice que todos los cojos tienen un humor terrible, que son muy susceptibles. Como el señor del kiosco de la placita donde jugamos por las tardes, que tiene los cómics descoloridos y las gominolas de a peseta duras como tapones de corcho. Cuando vamos en pandilla a pedirle cosas nos grita y se pone muy nervioso porque se cree que queremos distraerlo para robarle alguna chuchería.

—Dame dos chicles de los que cambian de color y dos cigarros de Piper Mentolado para mi madre.

—¿Seguro que no son *pa* ti? Mira que *ties* cara de *morciguillo* —me dice con sorna.

(Llamamos *morciguillos* a los murciélagos pequeños. Cuentan que si les pones un cigarro en la boca, fuman. «Fumas más que un morciguillo», se suele decir aquí).

Alicia y yo también tenemos extrañas creencias, o prejuicios, si se les quiere llamar así, como que las madres gordas pegan más a los hijos que las delgadas y que estos sacan peores notas, pero que sin embargo son más permisivas con las chicas en cuanto a echarse novio pronto. Hemos apuntado en una libreta todos los amigos y amigas que tenemos con notas bajas y la mayoría tienen madres gordas, de las que gritan mucho en la calle y en la casa. Empieza a fraguarse nuestra obsesión con el peso.

En mi pueblo, «travesuras» como las de quemar gatos, tirar piedras a los perros callejeros o cazar pájaros y otros bichos con piedras o palos, dándoles muerte, son habituales. Supongo que mi pueblo no es especial, que sucede en todos los pueblos pequeños donde se hace vida en la huerta y se juega al aire libre, en contacto con animales pequeños. Donde el aburrimiento hace mover el rabo al diablo. Donde hay niños, viven en sus casas todo tipo de terrores cotidianos, como padres alcohólicos con la mano larga, pobreza, hacinamiento y otras miserias.

Aquí todo se sabe. No hay secretos, por muy sórdidos que sean. Como se sabe, por ejemplo, lo que pasa en la familia de los Chapulines, donde el padre abusa de la hija, la madre se acuesta con el hermano mayor y entre hermanos grandes y chicos perpetúan el incesto. De vez en cuando los servicios sociales actúan y se llevan algún pequeño.

Una de las Chapulinas mayores es prostituta. Pide fuego a los hombres en la plaza mayor y seduce con zalamerías a todo aquel que se deja enredar.

Junto a dos muchachas más, entre ellas la prima ninfómana de Alicia, tienen su centro de operaciones en una casa vieja de la calle del Reloj, donde suben todo tipo de hombres a probar las dudosas delicias que ofertan, incluido un señor sin piernas que va en silla de ruedas y siempre está de cháchara en el estanco, Don Julián. Como casi todos los hombres de por aquí, *fuma más que un morciguillo*. Ya no puedo mirarlo igual después de imaginármelo en esas.

Manolita, la prima de Alicia, es un poco retrasada mental —ahora se les llama discapacitados, pero entonces se decía así, retrasados o subnormales—. Digo un poco porque goza de bastante autonomía, pero está obsesionada con el *meteysaca*. Empezó a follar con doce o trece años y no dejó de hacerlo nunca, con todo tipo de desalmados que se aprovechaban de su facilidad para decir que sí, engatusándola con cualquier chuminada. Lleva a sus padres de cabeza porque no pueden controlarla en modo alguno y a Alicia siempre le avergüenza que le vengan a decir «han visto a tu prima follando en el parque, han visto a tu prima enseñando el coño a unos niños, han visto a tu prima follando en un banco del auditorio mientras se comía a la vez un bollycao...». Así todo el tiempo.

Nosotras no nos damos cuenta de que le falta un verano hasta que somos un poco más mayores. Con quince años se junta con las niñas más pequeñas, como nosotras, pero sus conversaciones siempre giran en torno al sexo. Manolita nos cuenta con detalle cómo se masturba con zanahorias, poniéndoles un condón porque a veces se pueden romper dentro, lo que nos hace sospechar que tan tonta no es. También le gusta, dice, meterse el pico de su pato por la vagina, tapándolo con celo, y nos explica sin escatimar en gestos manuales y bucales cómo se hace una mamada, a quién le ha hecho una mamada ese día o a quién se la va a hacer. Nos da entre asco y risa, porque ese tipo de historias nos provocan hilaridad.

Por entonces, una polla nos parece una cosa que sirve para mear, no para metérsela en la boca, mucho menos en el culo. No entendemos nada. Ella parece estar de vuelta de todo mientras que nosotras aún fantaseamos con besarnos con Michael Knight en su coche fantástico.

Todos estos chismorreos de puticlubs clandestinos, incesto, etcétera... los conozco porque me los cuenta mi muchacha, Lolita. Como soy pequeña, a veces corta la conversación y dice:

—Bueno, bueno, y más cosas que mejor no te digo porque no las deberías saber a tu edad.

—Pero yo me voy a hacer mayor muy rápido, por favor, ¡cuéntamelo!

Y me lo cuenta, claro.

Se dice que maltratar animales grandes como perros y gatos en la infancia es una señal de alerta de una posible psicopatía futura, pero también es la consecuencia de vivir en una familia desestructurada donde nadie pone límites, donde el ciclo de crueldad sale de casa para mostrar su espejo en la calle, cebándose con los más indefensos.

Presumo de que mis amigos no son tan salvajes, creo que yo tampoco, pero seguimos siendo pequeños y curiosos y hacemos cosas parecidas con insectos —Freud y Lombroso ya hablaron en su momento de la perversidad del niño en sus años tempranos. Lombroso incluso aseguraba que todo niño pasaba por una fase criminal que no era preocupante ya que por lo general desaparecía al poco tiempo. ¿Cuánto es poco tiempo?

Cazamos moscas, les arrancamos las alas y las metemos en cajitas con un caramelo dentro que no dejan de chupar y chupar. Engordan y mueren a los pocos días, pero algunas llegan a vivir casi una semana. Los gusanos de seda también despiertan nuestra curiosidad y en primavera todos tenemos algunos en cajas de zapatos agujereadas, que alimentamos con hojas. Los hay blancos del todo y también a rayas marrones y blancas. Primero son casi negros, diminutos, luego crecen y engordan, se fabrican un capullo de seda anaranjado del tamaño de una croqueta pequeña. Al tiempo salen en forma de extrañas polillas y dejan huevos amarillos del tamaño de la cabeza de un alfiler, repitiendo el ciclo. Cogemos las hojas de morera nosotros mismos, trepando a los árboles de la avenida que lleva al campo de albaricoques. —Aquí hay pocas cosas que hacer aparte de trepar árboles y jugar con los animalitos.

Como veo muchas películas de ciencia ficción, un día decido crear un gusano mutante. Me siento poderosa y llamada a un fin superior —flipada, vamos— porque he encontrado dos o tres jeringuillas enfrente de la casa del médico, tiradas alrededor de un arbolito. No sé si están usadas ni soy consciente del peligro para mi salud que puede suponer pincharme con ellas, pero las lavo con cuidado y procuro que no me pillen mis padres. Hago una explosiva mezcla en casa con todo lo que encuentro y considero que puede ser «mágico» o que, al menos, parece un brebaje seductor: colonia de varios tipos, lavavajillas, y unas piedrecitas de sales de baño que se disuelven con rapidez. Apunto la mezcla en una pequeña libreta de hojas de colores por si la poción funcionara, no vaya a perder la receta. Ya está lista, es rojiza y huele muy mal.

Lleno la jeringuilla e inyecto la solución en dos o tres de los gusanos más gordos, vigilando atentamente su evolución casi a cada hora. Me creo que de verdad va a pasar algo increíble y que voy a descubrir una fórmula mágica para *vayaustedesaberqué* y ser famosa. Esa noche me acuesto excitada y sueño con mariposas gigantes con alas multicolor.

Al día siguiente descubro decepcionada que mis gusanos tienen un color extraño, amarillento, y que apenas se mueven. Están enfermos. Mueren antes de conseguir hacer el capullo. Me siento una persona horrible

Varios años más tarde, muchos, ya de mayor, vivo obsesionada con la criminología y repaso diariamente la crónica de sucesos. Estamos en 2003 y hace tiempo que vivo en la ciudad, donde las pulsiones salvajes parece que están más ocultas pero siguen saliendo a la luz, y en mayor medida.

Es entonces cuando di con el horrible crimen de Sandra Palo. Violada, torturada y quemada viva por unos desalmados que, para rematarla, pasaron el coche por encima de su cuerpo, estando aún viva. Dos de ellos eran menores de edad. Viene a mí el recuerdo enterrado de esos gatos pestilentes y el brillo malévolo en los ojos de esos niños soltados en la calle por sus negligentes padres como si fueran parásitos molestos.

Gatito, gatito, ven, ven...



M-ALICE

Era difícil calibrar cuánta malicia había en nuestros cuerpos de niña
a punto de estreno.

Cuanta había y cuánta cabía,
porque cada día era una nueva aventura con visos de tragedia.

Descubrir la causa y el efecto.

Aplastar, romper cosas para ver cómo eran por dentro.

Hacer llorar a los más pequeños.

Aterrorizarlos, engañarlos, aniquilar su fantasía.

¡Los Reyes no existen!

¡Mamá no te quiere!

¡Todo es mentira!

¡Vamos a morir!...

¿Qué nos pasaba?

Corrompidas por fugaces visiones del mundo adulto que no pudimos digerir,

con nuestros muslos tan tiernos y blancos,

nuestros dientes de leche y nuestra voz de muñeca.

Amábamos a los animales con la entrega pueril de quien cree
que nos entienden y nos aman sin juzgarnos.

Nos castigaban un día, y otro, y otro...

De más mayores, ya nos castigábamos nosotras mismas.

Vomitando, bebiendo hasta el desmayo,

frecuentando antros oscuros de almas tan perdidas como las nuestras,

besándonos con chicos que escupían ceniza y odiaban a sus padres.

Porque..., ¿qué más daba?

Mamá no nos quiere, vamos a morir,

¡ninguna de esas cosas bonitas en las que creíamos existen!

Todo es mentira.

No éramos malas, nunca fuimos malas.

Éramos solo niñas buenas,

desencantadas y rabiosas.



OceanofPDF.com





SUICIDIO DE LA NIÑEZ

¿Como pudo suceder?
Acabamos de matar lo que creímos eterno
sin el menor atisbo de misericordia.
Con una perfidia insólita nos disparamos en la boca y en el vientre
sin que nos temblara el pulso,
dejando volar plumas blancas por toda la habitación.
Aún se podía respirar el talco,
el suavizante de mamá en el pijama de algodón.
En nuestras manos había flores
y en nuestro cabello diminutas horquillas.
Cabello castaño y lacio.
Mechas de colores, puntas abiertas.
Corrió un hilo de sangre entre los muslos y se inauguró
la función que representaríamos durante largos años sin acabar de aprendernos nunca el papel.
 Aquello era el anuncio de todas las mentiras que viviríamos más tarde.
De todo lo rojo, lo escandaloso, lo doloroso, lo placentero.
De todo lo prohibido y lo feo.
La almohada se empapó de lágrimas y sueños,
de rastros de maquillaje y perfume, noche tras noche.
Empezamos a despertar en colchones ajenos
como hermosos cadáveres a los que descenden de la cruz y yacen amortajados
en sábanas que aún conservan el olor de un crimen reciente.
Algo parecido al amor.
Todos quieren ser cómplices del suicidio de la niñez.
Cortar la rosa, dejarse herir por la espina
y lamerse la sangre que mana del dedo con gesto lascivo.
Desflorar el presente con ansia y vestirlo de miedo.
Y ahora,

¿qué?





OceanofPDF.com



NAUGHTY GIRLS NEED LOVE TOO

Tu dios no vive aquí.
Aléjate de este lugar profano
y esperaré desnuda tu regreso
cuando sepas cómo hacer
lo que el diablo sea que debes y tienes que hacer
y yo lo sepa también.
Las chicas traviesas necesitamos amor
como cualquier otra.
De tanto querer joder al sistema,
nos hemos jodido a nosotras mismas,
nos hemos puesto enfermas, muy enfermas, jodidamente enfermas.
¡MÍRANOS!
La fiebre nos moja los muslos, no nos deja dormir.
El sudor resbala, cristalino,
como gotas de rocío sobre flores encarnadas.
Nos duele todo: el sexo, las muñecas, las pestañas,
las comisuras de los labios,
los recuerdos apagados de infancias maltrechas,
de juventud con restos de pólvora.
Ayer pensé en contarte con todo detalle
el día más aburrido de mi vida y me pareció una crueldad.
Quiero ser buena contigo, muy buena,
tanto como me permita este corazón cincelado en el infierno,
este ánimo rabioso.
Pero ahora no.
Estoy ardiendo, sudando, mutando.
Vete a casa, niño-dragón de tres cabezas, sé cuál debo arrancar para que no vuelvas a tener poder
sobre mí,
sé lo que tengo que hacer para que te hartes de mi boca
y salgas para siempre de mi templo.
Dime,
¿es mi alma lo suficientemente oscura para ti?,

¿es tu dios tan misericordioso como cuentas?,

¿es tu cielo tan azul como roja esta sangre,
como cierta esta fiebre?



OceanofPDF.com

**«La infancia formaba parte, junto con la
naturaleza y el estado salvaje, del lado oscuro de las
cosas y los seres».**

**Michel Tournier,
El vuelo del vampiro, 1980[2]**

[2] Tournier, Michel, *El vuelo del vampiro*, Fondo de Cultura Económica, México, 1980.

MUJERES DESNUDAS

—Pásate por casa esta tarde que tengo que enseñarte una cosa muy marrana
—me susurra Alicia al oído, intrigante.

¡Cómo decir que no a semejante oferta! Cuando acaba el colegio le digo a mi madre que me voy a merendar a casa de Alicia. Vive solo a dos calles pero hay que subir una cuesta empinadísima. En la entrada al salón tiene una de esas cortinillas metálicas que tanto me gustan, y siempre flota en el aire un olor a cocido. Carne de cerdo, legumbres, patatas, *puag*.

Me hace subir a la parte de arriba de la casa y entramos en una habitación trastero, donde me enseña un montón de revistas eróticas que saca de un cajón. Los cajones de las casas, especialmente los de las habitaciones menos concurridas, como despachos o trasteros, guardan siempre tremendas maravillas. Cartas de amor de juventud, postales, fotos viejas en blanco y negro, recortes extraños... Objetos y revistas que deberían estar lejos del alcance de los niños, como por ejemplo estas: un puñado de *Interviú* y otras tantas con el dibujo de una pera mordida.

—Son de mi padre —dice.

Las escudriñamos con curiosidad, nunca hemos visto mujeres totalmente desnudas. Bueno, yo sí, en los cómics de *Creepy* y en los libros de arte, pero aquí no posan igual, parecen más... entregadas. Nos reímos al ver coños peludos por primera vez y comentamos cómo nos gustaría que fueran nuestras tetas de mayores. Ella señala a una chica con unas peras enormes, pezones grandes y rosas como rodajas de fiambre. Yo me decanto por unas más discretas y redondas, no me gusta que caigan tanto. No sé dónde he oído que el pecho perfecto es el que cabe en una copa de champán.

En el póster del centro de una de las revistas, sale en pelotas una famosa actriz medio pelirroja —me parece recordar que era Victoria Vera—. El

pelo del pubis es del mismo color que el del cabello, rubio ligeramente anaranjado y muy rizado.

Encontramos varios posados sexis de distintas señoritas. No son demasiado obscenos. En ningún momento se ven los labios ni la vagina. Tampoco vemos fotos de penes, aunque los buscamos.

Conscientes de que es un material altamente explosivo, decidimos sacar rendimiento al hallazgo.

—Creo que si cogemos una o dos revistas no se notará.

Tijeras en mano, recortamos las fotos de las chicas desnudas y las guardamos en una carpeta azul, escondidas detrás de los folios para clase de dibujo, con la intención de venderlas al día siguiente en el recreo. Los *topless* un poquito más baratos, cinco pesetas. Desnudo integral, diez. Precio variable según el tamaño de la imagen.

Tenemos mucho éxito entre los chicos el primer día, agotamos todos los recortes y nos piden más. Alicia y yo nos frotamos las manos pensando en el dinero que vamos a ganar y en qué lo vamos a gastar. El viejo cuento de la lechera.

Recortamos una, dos, tres revistas más y las volvemos a dejar en su sitio, mutiladas. Despojadas de su esencia, de su gracia.

Llega la hora del recreo y Juan el Peña, el más chulito de clase, nos somete a un chantaje brutal.

—O me las dais todas o me chivo a doña Angelines.

Nunca me gustó él ni su cara de rasgos atávicos ni sus orejas de Monchichi que podrían haber formado parte de un atlas de psicomorfología criminal. Con once años ya fuma como un presidiario y su boletín está lleno de anotaciones en rojo y de «N.M» (Necesita Mejorar).

Quizá no es muy aplicado, pero nos tiene cogidas por el gaznate. No podemos permitir que ese canalla lleve a cabo su amenaza y hunda nuestra reputación a ojos de los maestros —sobre todo, siendo como somos

nosotras hijas de maestros— así que le entregamos todos nuestros recortes y le suplicamos que por favor no se chive.

—*Chiss*, un momento, ¿cuántas habéis vendido hoy? Dadme el dinero o vais a la maestra. Y el dinero de ayer también.

Ciento veinte pesetas vuelan de nuestro bolsillo y de paso aprendemos una lección vital algo confusa. Cómo puede pasarnos eso, si se supone que no somos tontas. Si en los boletines que nos llegan trimestralmente a casa brillan como soles los «P.A» (Progresá Adecuadamente).

Esto, por lo visto, es el mundo real, así que nuestro ánimo de progreso se ve mermado ante tal calamidad y empezamos a soñar con un mundo sin matones.

El Peña no continuó estudiando, llegó hasta octavo de EGB.

Después de muchos años, cuando yo estaba en la universidad, y durante una de mis visitas al pueblo, lo vi de refilón conduciendo un camión, y en otra ocasión me lo crucé por la avenida principal, andando nervioso, con las piernas muy abiertas. Lo reconocí por sus peculiares orejas, como asas de cantimplora. Sentí algo de pena porque estaba muy desmejorado y en el cuello se podía apreciar la huella de una traqueotomía, mal disimulada por un pañuelo.

Apenas había crecido desde la escuela. Mi madre me decía que eso les pasa a los niños que empiezan a fumar temprano, que se quedan medio enanos, enjutos. Juan desarrolló una enfermedad pulmonar y murió antes de cumplir los cuarenta.

Me pregunto si se acordaría de aquel recreo, si guardaría los recortes de mujeres desnudas por mucho tiempo. Y también me pregunto (con cierta sensación de culpa pero a la vez regusto a venganza) si el dinero que nos robó se lo gastó en tabaco.



ILUSIONES

La luna es el corazón de una muñeca
sin madre ni dueño,
ni niña que la vista o la llore cuando se esconde.
Tiro mi ropa interior por la ventana
con la precisión de un lanzador de cuchillos,
intentando no ir detrás por falso pudor
y que marquen mi silueta con tiza blanca en el asfalto.
Quiero creer, quiero creer, quiero creer...,
por ejemplo,
en la suerte de los gatos negros,
en las bailarinas que hipnotizan a golpe de cadera,
en el sexo después de la muerte,
en la muerte después del amor
y en el amor después de todo lo demás.
La vida es una feria de espejos,
un engaño continuo,
una ilusión que hace llorar y reír con cada nueva y deformante visión.
¿Lo ves?
Me doblo sobre mí misma fingiendo que río como loca
pero lo cierto es que llevo un puñal en el vientre.
Hay rosas pisoteadas en el suelo, ceniza,
cáscaras de naranja, botellas vacías, dignidades, basura.
Sin embargo, ¡soy tan feliz!
Todo lo feliz que puede ser un condenado a tristeza perpetua.
Me gusta tapar el sol con la mano
y abrir intermitentemente los dedos para que pasen los rayos a través.
Me gusta todo lo que deja pasar la luz.
Pero, por favor, no me hagas daño otra vez;
por favor,
NO ME APUNTES
CON ESA PISTOLA,
CON ESE AMOR.
Esperaré mientras escucho una y otra vez
las canciones que me gustaban a los quince años.

Los actores guapos de nuestra adolescencia,
los cantantes con los que soñábamos,
envejecen y mueren ante nuestra mirada incrédula.
Deberían ser siempre hermosos pero son simplemente humanos,
pese a nuestra admiración.
Pese a nuestros pueriles «algún día me casaré con él».
¿Y ellas? Ellas también se reblandecen, se mustian,
se rellenan, se desinflan.
Se suicidan entre vómitos y sangre manchando de hermosura quebrada
las sábanas de sus lujosas habitaciones de hotel.
No soportan tanto peso,
tanta expectación,
tanto deseo insaciable de eterna belleza y juventud.
Me quito las medias despacio, para no hacer ruido.
Todo el universo está pendiente
de cuando se quita la ropa una chica,
de los desastres que pueden acontecer tras ese simple gesto.
Y debería ser mejor centinela con todo lo que hay en juego,
porque el futuro tiene nombre de mujer:
y este podría ser

C a l a m i d a d .



JUEGO DE ESPEJOS

El espejo del probador me dice todo lo que no quiero oír. Sobre todo porque tengo una visión distorsionada de mí misma. La escoliosis, el sobrepeso, están ahí, pero no se manifiestan de la forma monstruosa en que yo los percibo.

—Soy horrible, mamá, me doy asco. Ningún vestido me queda bien. ¿Por qué me has dado este cuerpo tan feo? —le echo en cara.

Sí, en cara. Soy así de desagradecida y estoy así de chalada, en parte porque tengo unos desesperantes quince años. Culpo a mi madre de no tener el cuerpo que deseo porque, al fin y al cabo —pienso yo en mi delirio— es ella quien me lo ha dado, quien le ha dado forma en su vientre como el escultor que modela un pedazo de arcilla.

Mi madre asiste impotente al comienzo de mi enfermedad. Ella no puede hacer más que intentar que me alimente bien, pero en última instancia yo soy quien elige autodestruirse. Quien tiene el control absoluto sobre su cuerpo. O más bien el descontrol.

Años, muchos años, después, cuando descubro que soy estéril, que he llegado tarde, que mi útero no para de generar bultos informes en forma de miomas, también la culpo inconscientemente, pero no se lo digo porque soy un poco menos idiota. *¿Por qué me has dado este cuerpo incapaz y mutilado, mamá?*, pienso para mí.

Son muchos días los que lloro al otro lado del teléfono y ella asiste paciente y amorosa a mi desesperación.

—Te ayudaremos en todo lo que podamos. No te preocupes tanto que todo va a ir bien

Hasta que entiendo que debo dejar de darle el parte de mi sufrimiento y entiendo su impotencia y su dolor, más grande que el mío, al saber que lo

que puede hacer por mí tiene un límite. Que no está a su alcance, ni al de nadie, y que de estarlo lo haría sin pensar.

Ahora, embarazada de cuatro meses, pienso: *¿Me culpará mi hija si yo, su creadora, no la satisfago con el diseño perfecto? Si no cubro su cuerpo con todas las bendiciones. Cinco deditos en cada mano y en cada pie. La piel de nieve de una virgen dolorosa. Las hechuras que marca el canon imperante. El cabello abundante y la maquinaria interna precisa como un reloj.*

Nuestros vientres no son fábricas. No pueden reclamarnos por mercancía defectuosa. Si en nuestras manos estuviera, nuestros hijos serían todo lo perfectos que somos capaces de soñarlos. Nos deleitaríamos en cada detalle y los adornaríamos con todos los dones que a nosotras nos faltan. Pero no somos diosas, solo incubadoras humanas con el mejor de los deseos para esa criatura que modelamos a ciegas. A todas nos torturan los mismos miedos:

¿Qué voy a alumbrar, un monstruo o un ángel?

Tengo que acostumbrarme a la idea de que mi hija nunca será mía, será el fruto del tiempo que le va a tocar vivir. Será de sus maestros, de sus lecturas, de sus amigos, de sus vivencias, de sus desengaños y sus triunfos. Será incluso lo que coma, lo que imagine, lo que vea, lo que desee, lo que le impacte, lo que gane y lo que pierda. Todo eso será mi hija aunque tenga mi carne y mi sangre. No será mía como tampoco puedo serlo yo de mi madre, aunque sea Madre la respuesta a todo, casi siempre indescifrable, incompleta.

El más sublime, perfecto y desgarrador amor.



MI MADRE

Mi madre y yo
frente a frente,
como dos perfectas extrañas unidas por un lazo rojo invisible.
Pienso en su vientre como un lugar remoto
en el que alguna vez me sentí segura,
y lamento todas las veces que he despreciado la vida
que ella me regaló,
entre dolor y sangre.

Lo siento
—tantísimo—
por todas esas veces que pensé en quitármela,
por todas las veces que me he golpeado,
lacerado
y castigado
deliberadamente.
Por todas las veces que me negué a comer
y aquellas en las que acabé con la cabeza en el retrete.

Nunca dije nada para no afligirla
aunque en lo más profundo se librara en mí una batalla
cuerpo a cuerpo con ella.
Imagino mientras la contemplo
a esa mujer que nació de otra mujer que a la vez nació de otra mujer
en una cadena infinita de Matriushkas
que yo me niego inconscientemente a continuar.

El lazo rojo invisible se estrecha
mientras la observo e intento ver más allá de esta madre nutricia,
cada vez más frágil y dulce.
Me pregunto dónde está la joven temperamental cuyos reproches tanto temía
y cuya aprobación siempre buscaba,
y supongo que ella alguna vez también piensa
qué fue de esa bebé pequeña y llorona que nunca dormía por las noches

arrullada entre nanas interminables.

Pero la verdad,
no sé si piensa en ello,
no lo sé y tampoco le pregunto.
Tan solo oigo cómo me repite por segunda vez:

—No te dejes nada en el plato.



OceanofPDF.com



ORDEN

Cada pliegue de mi cuerpo esconde un secreto,
te contaré alguno.
La desnudez se hace niebla cuando intentan tocarme
y se me adormecen los muslos y la boca
como a la heroína de un cuento a la que no se puede despertar con un beso.
Allá donde mire, veo Chicas Bonitas Tomando Prozac
y creo recordar cómo era:

hoy parece que todo brilla como antes,
pero no sabes cuánto durará la ilusión.
Intentas respirar pausadamente y no mirar tanto al suelo pero,
el cielo, el infinito, todo lo que no puedes abarcar,
te aterroriza.
También te esfuerzas por masticar despacio la comida
y mantenerla en el estómago.
Por llamar a tu madre disimulando la angustia
y enfrentarte a la montañita de obligaciones del día,
sin ganas, subiendo despacio para no caerte.
Procuras no preocuparte por el latido irregular,
el tambor en el pecho,
el temblor de las manos...
Es solo tu mente, traidora, tus nervios.
La inoportuna ansiedad a quien nadie ha invitado.
Hoy no habrá cortocircuito. No debes hacerle caso, no debes.
La goma se estira y estira, pero no se romperá, ya no.
Es solo el sudor. Es solo el dolor.
Es solo aquello que te dijo, que hiciste, que pasó sin tú querer.
Es solo
que necesitas un poco más de tiempo que los demás
para digerir ciertas cosas,
y luego todo estará bien.
Cada libro en su estantería y cada recuerdo en su caja,
cada amor en su olvido y cada pena en su rincón.
Todo está en orden.

Se hace de noche y al fin puedes dormir.



OceanofPDF.com

MENSTRUAR- MONSTRUAR

Carrie White se da una plácida ducha en el vestuario del instituto. Desliza el jabón por el cuello, el pecho, la cintura... hasta que descubre un hilo de sangre corriéndole por los muslos. Nadie le ha explicado nunca lo que le sucede a una muchacha cuando se va a convertir en mujer, así que cree que se está desangrando y pide auxilio entre gritos de espanto.

—¡Ayudadme! ¡Ayudadme!

El momento de la humillación no se hace esperar, porque todas le tienen ganas, porque todos los que se ajustan al molde encuentran un placer perverso mortificando a la niña rara y diferente. Sus compañeras se burlan de ella con estruendosas risotadas y le arrojan tampones y compresas al grito de «¡tapónate!, ¡tapónate!», hasta que llega la entrenadora y logra acallar a la jauría.

Acampada en los Viveros. Avelina está montando la tienda de campaña clavando las piquetas en el suelo, resoplando del esfuerzo por culpa de su sobrepeso. Lleva un chándal amarillo limón de tela de toalla rizada y, al agacharse, quienes estamos enfrente advertimos una enorme y delatora mancha roja en el centro de su trasero, a la altura de la vagina. Ninguna se atreve a avisarla. Nos miramos y no podemos frenar unas risitas histéricas porque algunas ya sabemos lo que es ESO.

Joder, joder, que la Avelina tiene la regla.

Finalmente una compañera se acerca para decírselo al oído. El sonrojo y la turbación preceden a los llantos y llegan las maestras, que se la llevan a un lugar retirado para explicarle qué le está pasando. Ella no lo sabe, tiene diez años y nadie le ha contado nunca en qué consiste la menstruación.

Es la primera chica de la clase en tenerla. Se corre la voz entre los chicos y durante todo el fin de semana hacen chistes sobre el asunto. Por suerte, a ella la han llevado al pueblo y se ha ahorrado oírlos, pero a nosotras nos avergüenza pensar que tendremos que pasar por lo mismo.

El segundo día de acampada deja de ser el tema estrella. Algunos compañeros alardean de hacerse pajas en las tiendas de campaña y dejar el techo *estrellao* de salpicones. No sabemos qué es una paja hasta ese día, y aunque en principio guardan gran secretismo al respecto para hacerse los interesantes, al final logramos que uno de ellos nos lo cuente con detalle. Hemos descubierto la palabra «lefa» y desde entonces Alicia y yo no podemos dejar de usarla sin morirnos de risa y sin hacer todo tipo de símiles.

La segunda chica de clase en tener su primera menstruación se lo toma de manera más festiva. Se llama Maitica y tiene un montón de hermanos, muy parecidos a ella, muy parecidos entre sí. Bajitos y pecosos, de aire vampirillo, con cabellos que van del castaño claro al pelirrojo puro. Son siete, ocho o diez, no recuerdo, pero cada vez que empezaba el colegio nos daba la noticia de que había tenido un nuevo hermanito. O su madre volvía a estar embarazada.

—¡Tengo la regla!, ¡tengo la regla! —nos dice al oído una a una minutos antes de empezar la clase—. Quedamos en el recreo en los lavabos, tengo que enseñároslo.

La clase de lengua pasa muy despacio porque la expectación es mucha, y el timbre es el anuncio de media hora de libertad y descubrimientos. Seis chicas apelotonadas dentro de un baño. Ella, en medio de todas, se baja los pantalones y las bragas mostrándonos sin pudor la prueba del delito. Una compresa con una mancha marrón oscuro.

—Al principio creí que era un trozo de hígado y se lo dije a mi madre muerta de miedo, pero ella me explicó que era el período y que ya soy una mujer.

Me sorprendió que llevara unas braguitas de encaje, azules, de «chica mayor». Claro, es que ya es una mujer. A lo mejor mi madre me empieza a comprar ropa interior sexi y bonita cuando me baje la regla. NO.

Ella pasa a ser mi mejor amiga durante el séptimo curso de EGB. Mi relación con Alicia se enfría porque, tras una discusión, le pego un chicle en el pelo y para cuando se da cuenta ya se ha secado y tienen que cortarle un buen mechón desde la raíz, dejándole una pequeña calva.

Maitica es enamoradiza y romántica, demasiado para lo que corresponde a su edad, ya que el resto aún no nos interesamos de esa manera por los chicos. Me entenece y fascina. Más que interés por los chicos, lo suyo es obsesión. Se enamora de alguien alocadamente y, además de ser la confidente y paciente depositaria de sus delirios de amor —todas las conversaciones giran en torno a ÉL—, paso a hacer de recadera de notitas y cartas. Cuando la rechazan, tengo que consolarla. Hasta que se le pasa y vuelve a enamorarse de nuevo y sin remedio.

—Quiero que seamos amigas siempre —me decía.

Y yo también. Pensar que algo o alguien podría separarnos en un futuro me provocaba una angustia insoportable.

Pero me dejó, al final me dejó, cuando tuvimos trece años. Por un novio con moto, cara picada de viruela y chupa negra. Por otras amigas con novio con moto. No quería seguir estudiando ni ir al instituto, solo deseaba enamorarse y que se enamoraran de ella y tener muchos hijos. Lo consiguió y yo me alegré al saber que finalmente tuvo lo que quería, aunque no volviéramos a hablarnos más. Al final todas vamos dejando un reguero de «mejores amigas» a lo largo del tiempo, pero todas y cada una de ellas siguen ocupando un espacio en el mío. Supongo que siempre es así. Alicia es una de las pocas que se han mantenido fieles hasta ahora, a pesar de la distancia, de las idas y venidas, y de lo del chicle en el pelo.

Mi primera menstruación llegó una aciaga tarde en la que, llena de vergüenza, le dije a mi madre:

—Tengo sangre... ahí.

—Ya sabes lo que es, ¿no? —Y me señaló dónde estaban las compresas sin decirme mucho más

—Sí, la regla.

—Pues ya sabes que ahora tienes que tener mucho cuidado —dijo en tono serio, casi inquisitivo.

Creo que en el fondo le resultaba embarazoso explicármelo.

Nunca supe a lo que se refería exactamente con lo de «tener cuidado», si era referente a mi salud e higiene o a las relaciones sexuales, pero lo interpreto con cierta culpa, como si me acusara de algo que aún no había pasado ni tenía por qué pasar.

En mi casa, al igual que en todas las casas de mis mejores amigas, está prohibido hablar de sexo. El embarazo temprano se contempla como algo deshonesto y sucio y hay un celo excesivo con respecto a los chicos. No pueden subir a casa ni siquiera a jugar o hacer los deberes a menos que haya supervisión adulta. No podemos estar a solas con ellos. No podemos mandarnos cartas con ellos a menos que la lea primero un mayor. Si andan cerca, tanto mi hermana como yo estamos sometidas a una estrecha vigilancia y somos exhaustivamente interrogadas si alguien nos ha visto pasear o hablar a solas con alguno de ellos.

Esto nos provoca cierta inquietud y a la vez una gran curiosidad. Como no existe confianza sino recelo y espionaje, lo hacemos todo a escondidas.

Durante muchos años, vivo el miedo al embarazo con gran angustia, y en mi cabeza revolotea la palabra DESHONRA como una avioneta en el aire con una enorme pancarta de tela.

Tanto, que cuando tengo treinta y siete años y busco quedar embarazada sin éxito, acudo a todo tipo de *magufos* para vencer ese supuesto bloqueo.

—Tú lo que pasa es que no puedes quedarte embarazada porque tienes miedo a tus padres, como casi todas las chicas de tu generación. Tienes miedo a su rechazo, a que lo consideren una vergüenza. Para ti quedarte

embarazada equivale a estar manchada, sucia, porque te has quedado atascada en los dieciséis años —me dicen las enteradas.

Cuando me diagnostican «infertilidad de origen desconocido» hago un montón de estupideces irracionales propias de mujeres en semejante estado de enajenación mental. Como la ciencia no me da una respuesta clara y tangible —por tanto, ninguna solución al problema— y voy de una clínica a otra dando palos de ciego, sometién dome a molestos tratamientos sin ningún éxito, decido agotar todas las posibilidades probando todo tipo de remedios psico-mágicos: desde bañarme en agua bendita con unas gotas de lejía y pétalos de margarita hasta enterrar una bola de algodón impregnada en mi menstruación debajo de un árbol, amén de rezar toda clase de oraciones, beber hierbas milagrosas e intentar la sanación a través de las manos, los imanes y las flores de Bach, sin olvidarme de la Astrología, que me dice que mi problema es que tengo la Luna Negra (Lilith) en *nosequécasa* y que estoy destinada a sufrir en todo lo que tenga que ver con el sexo, también por alguna historia del planeta Quirón.

Algunos de estos remedios me traen paz y bienestar psíquico, pero no bebés. Tengo que repetir como un mantra: «Lo siento, perdóname, te amo, gracias» para limpiar memorias antiguas y heridas del pasado, y renunciar a ciertos alimentos según una especie de gurú macrobiótico de la fertilidad que me cobra cien euros por una dieta en la que, entre otras cosas, no puedo comer cosas secas (salazones, pan tostado...) porque simbolizan la esterilidad; ni pollo, porque los pollos pican cosas del suelo y son sucios. *Ejem...*

Otra «experta» en fertilidad y crianza natural me dice que es por culpa de la CÁNDIDA, y sostiene que las mujeres tenemos un hongo llamado cándida que se extiende por la sangre y por todos los órganos y mata al embrión, lo absorbe, pues es un hongo de carácter depredador. Oh, dios mío, así que estoy siendo devorada por un batracio microscópico... Evidentemente carece de rigor científico y cuando se lo comento a mi ginecóloga se lleva las manos a la cabeza.

Eso sí, la experta, que me atiende con un bebé colgado del pecho y apenas me mira durante toda la sesión, me cobra setenta y cinco euros

después de hacerme unos tocamientos para detectar mis alergias alimenticias y darme unas gotas que no sirven para nada. Me prohíbe comer champiñones y setas porque son familia de los hongos malignos que tengo por todo el cuerpo y me dice que tengo que volver para continuar «el tratamiento». No pienso en repetir en cuanto detecto el engaño, aunque para entonces ya es demasiado tarde y tengo que pagar esa primera consulta.

Sé que estoy haciendo el canelo pero estoy tan desesperada que soy capaz de sacrificar a un animal o persona degollándola con mis propias manos y untarme con su sangre si alguien me dice que para quedar embarazada tengo que hacerlo. Tengo la famosa «fiebre del bebé». Estoy poseída de una forma irracional. Soy una mujer, creo en la magia, la magia me persigue, la persigo, acude a mí.

Estoy a punto incluso de comprar unos huevos negros de obsidiana que hay que llevar dentro de la vagina para sanar el aparato reproductor, pero finalmente declino hacerlo, me rindo. No sirve de nada. No puedo más. Hay todo un negocio en torno a la fertilidad, de medicamentos legales y otros que no lo son tanto, de especialistas, y de algunos que dicen serlo pero solo juegan con tu miedo y tu feroz deseo para sacar tajada.

Estamos en junio de 2017 y llevo casi cuatro años intentando quedar embarazada de todas las formas posibles, sin éxito, con el único resultado de dos embarazos bioquímicos que se detuvieron a las pocas semanas. Sé que es algo que tiene que ver conmigo, porque el semen de mi pareja está bien, aunque a veces, en mi delirio, sueño con que un hombre más joven y vigoroso podría obrar el milagro y fantaseo continuamente con ello. Como en *Yerma*, donde cuentan cómo las alcahuetas, aprovechando el caos y la embriaguez de las verbenas y fiestas populares, concretan citas con las casadas infértiles y los mozos jóvenes para que obren el milagro.

Nunca pensé que fuera a ser tan difícil. Creo que nadie lo piensa. Nos han educado en el temor al embarazo como si una gotita en las medias fuera suficiente para traer un niño al mundo.

Besos y abrazos no hacen chiquillos pero tocan a vísperas, decían las viejas.

Usa preservativo, POR EL AMOR DE DIOS, usa preservativo. Póntelo, pónselo.

La cosa parecía tan fácil como esto: Un hombre y una mujer se acuestan y tienen un bebé. Las parejas mayores que no tienen hijos es porque no quieren, o porque simplemente «los niños no han llegado», sin más explicación. Ay, no.

Una de las personas en las que confío para menesteres mágicos, me dice que vaya a tres misas seguidas y, henchida de fe, como no podía ser de otra manera dadas las circunstancias, asisto a la Iglesia de mi barrio donde todas las viejas se giran para ver mi pelo azul. Soy una intrusa, lo sé. Una renegada del catolicismo que acude a escuchar la palabra del Señor por si acaso.

Qué casualidad que en mi primera misa el cura se ponga a hablar de la maldición bíblica de la infertilidad. Sara, esposa de Abraham, era estéril, pero por gracia de Dios tuvo a su primer hijo a los noventa años. En el antiguo testamento, Ana, una de las dos esposas de Elcana, tampoco podía concebir, y se decía que tal vez había cometido un pecado grave, o tal vez no merecía tener un hijo debido a algún defecto de carácter. Isabel, mujer de Zacarías, tampoco puede concebir y no lo consigue hasta la vejez, siempre por la gracia de Dios. Y es que, en efecto, la infertilidad se consideraba una maldición de Dios, un castigo por los pecados cometidos, mientras que la fecundidad es un buen augurio, una señal de prosperidad y de luz.

«Bendito serás más que todos los pueblos; no habrá varón ni hembra estéril en ti, ni en tu ganado». Deuteronomio 7:14.

El estatus matrimonial de la mujer dependía de su facultad para procrear. Lamentablemente, en algunos países más atrasados, como la India, por citar alguno, y en ciertas culturas, esto sigue siendo así. Aquí, se decía y sigue diciendo, al referirse a una mujer infértil, lo de «esa no vale». «Es que esa no sirve».

No soy especialmente fervorosa de la Biblia, más bien nada, pero cuando te encuentras en semejante estado, sometida a todo tipo de pruebas, analíticas,

inflada y enloquecida a base de hormonas, no se puede esperar de ti una respuesta racional.

Es entonces cuando se despierta el pensamiento mágico que toda mujer lleva incrustado en el cerebro primitivo y que conecta con nuestras raíces, con los rituales. Empieza una a pensar en los rezos, como si de conjuros se tratase, en los remedios milagrosos de la naturaleza, en algo que está más allá de ti y que puede estar impidiendo la llegada de un niño. Algo que debes purgar, algo de lo que debes arrepentirte. Algo superior a lo que debes acceder. Remedios de brujas.

En ocasiones pienso que me estoy volviendo loca, me siento ridícula y mi cerebro racional se bate en duelo con otro cerebro absolutamente supersticioso, instintivo, irracional, que cree firmemente en fuerzas oscuras y desconocidas que rigen el mundo y que debemos invocar para resolución de estos problemas que apelan a la naturaleza y a nuestros cuerpos. Cuando lo comento con otras mujeres en mi misma situación, me confiesan que piensan y hacen lo mismo. Es más, muchas de ellas han hecho peregrinaciones a tal o cuál lugar para pedir a este u otro santo, sin ser siquiera creyentes.

Si los médicos, la ciencia, no te ofrecen solución, la mujer, la mayoría de las mujeres, brujas potenciales por naturaleza, tendemos a buscar en las ciencias ocultas y el mundo espiritual un remedio mágico. Clamamos a la naturaleza en busca de esa facultad que le corresponde, el poder de concebir vida.

El dolor que acarrea la infertilidad no se lo deseo a nadie pero, a la vez, creo que resulta beneficioso pasar por ese espinoso camino y saber lo que es para ser consciente de muchas cosas que se nos escapan cuando las cosas vienen fáciles. Para conectar con uno mismo, reconectar con la madre, con la abuela y con todas las mujeres que nos rodean. Es una experiencia transformadora.



MEAT SHOW

Florece la carne
al arrullo de las canciones de la primera juventud.
Llega uno al mundo tiritando y cubierto de un manto blanco pegajoso,
con la boca roja como una amapola de sangre.
Y, a partir de ahí, todo es deshojarse:
florecer, perecer, renacer una vez y otra.
Tenemos las mujeres las venas llenas de salvia y sueños,
de las flores nos gusta el sexo
porque somos sexo y somos flor.
Vamos dejando un rastro de pétalos que barre el viento
y que nunca, nunca volvemos a pisar.



LA CASA DE LOS ESPÍRITUS

Luis es mi mejor amigo desde que entré en el colegio, además de Alicia. Todos le llaman «Luisi el mariquita» porque prefiere jugar con nosotras a la goma en vez de andar con los chicos dando patadas a un balón en el recreo. Tiene cara de sorpresa, siempre con los ojos muy abiertos y la boca entrecerrada, cuerpo de acelga. Todo en él es grácil, frío y blanquecino. Sus manos, siempre heladas y con los dedos largos acabados en punta, me recuerdan a las patas de pollo que echa mi madre en el cocido. Por eso de una parte a esta no me las como, porque me acuerdo de las manos de Luis y de cómo intentan siempre tocarme. Como voy mucho con él y llevo el pelo corto, me dicen «marimacho». El mariquita y la marimacho.

No entiendo en profundidad los conceptos, ellos tampoco. Para los niños, un mariquita es un chico afeminado, delicado, que disfruta de los juegos de niñas. En realidad no tiene una clara connotación sexual, es decir, nadie se imagina que implica atracción por el mismo sexo, nadie piensa en sodomía ni mamadas ni nada que se le parezca. Es simplemente una actitud. Al igual que marimacho. Una marimacho es una chica que viste como un chico, lleva el pelo corto y le gusta el deporte. Yo aborrezco el deporte pero llevo el pelo corto y voy con un mariquita, así que según esta maligna lógica soy una marimacho. Nuestra amistad es muy especial porque ambos somos terriblemente fantasiosos y nos sentimos muy atraídos por el ocultismo, más en concreto por el mundo de los espíritus, de los muertos. Luis me trae recortes de revistas de su casa sobre apariciones fantasmales y casas encantadas, posesiones, exorcismos, ouija... Estamos deseando vivir alguna experiencia sobrenatural que nos saque del aburrido y previsible mundo del colegio, la calle y la casa de cada uno. Esta nunca llega, ni siquiera a través de la sugestión y la invocación mediante extraños rituales que inventamos, en los que tratamos de invocar a demonios y seres de ultratumba para que nos contesten o se manifiesten moviendo lápices o vasos.

Una tarde, muy excitado, me lleva a una casa abandonada, al final de la calle Perales, para mostrarme un macabro hallazgo. A través de una ventana puede verse la cocina. Sobre la mesa de la cocina, una Biblia abierta con unas cuantas hojas cortadas en tiras y unas tijeras.

—¡Han hecho espiritismo en esa casa, Luis. Luis, ¡qué fuerte!

Cada vez que nos asomamos notamos un escalofrío. Luis es mucho más sugestionable que yo y asegura que se marea un poco cada vez que se acerca. No lo creo, pero finjo que sí.

En el pueblo circulan muchas historias y leyendas que reviven conforme se acerca el día de los muertos, el uno de noviembre. Hoy es una excusa para hacer botellón en una plaza cualquiera disfrazada de conejita de Playboy o de enfermera sexy, pero en los ochenta acompañábamos a nuestra abuela al cementerio a poner flores a los parientes difuntos y era un día de luto, un día serio para reflexionar sobre la vida y, sobre todo, sobre la muerte. No es para menos, porque esa noche se funden las fronteras entre los dos mundos, los muertos regresan a la tierra y nos espían, nos buscan, deseando manifestarse en cualquier ritual casero de velas, incienso y agua con sal. Es noche de ouijas y de cuentos tenebrosos a media luz. Como el de Verónica:

Verónica, verónica, verónica...

Si repites el nombre tres veces frente al espejo con unas tijeras en la mano, aparecerá el espíritu de Verónica con el rostro y las manos ensangrentadas.

Otra manera de invocarla es con unas tijeras colgando de un hilo. Tienes que llamarla tres veces y las tijeras empezarán a moverse pero, ¡cuidado!, porque pueden salir disparadas y clavarse en tu ojo, en tu pecho, llegando hasta el corazón, o en la mismísima yugular, dejándote muñeco en medio de un charco de sangre. Verónica es un alma en pena, un espíritu atormentado en busca de venganza, y hay que ser cautos a la hora de despertarla. Su

madre la asesinó con unas tijeras, aunque otra versión cuenta que ella misma se suicidó con ellas por culpa de un amor desgraciado.

Cumpliendo con el pensamiento mágico, muchas personas aquí tienen la costumbre de ir a curanderos. Hay uno muy famoso en una pedanía cercana, al que nuestra compañera de clase, Marta, ha ido con su madre. A Marta le dolía siempre mucho la cabeza y su madre la llevó a este señor, convencida de que había sido poseída por alguna clase de espíritu. El sanador le explicó que, en efecto, se le había metido en el cuerpo el espíritu de un hombre que veía en ella el reflejo de su hija, muerta trágicamente. La sometió a un ritual rarísimo y luego le practicó un exorcismo. El ritual consistió en darle de comer fresas y esperar a ver qué sucedía. Al poco rato expulsó las fresas por el ano y cagó por la boca. Al revés de cómo debía ser, y prueba de que había sido poseída sin duda alguna. Así mismo nos lo contó y nos juró y perjuró que había sido.

Aún a día de hoy, cuando como fresas me acuerdo a veces de aquello y tengo que alejar de mi cabeza la imagen de Marta vomitando mierda.

En la noche de los muertos siempre hay quien asegura haber visto alguna presencia extraña en el pasillo o junto a la cama. Está prohibido salir, sobre todo si andas cerca de un bosque o un huerto, porque podrías encontrarte con la Santa Compañía, un ejército de almas que se te llevaría al infierno entre indescriptibles horrores. Tienes que tener las ventanas de la habitación cerradas, por si unos locos escapados del manicomio entran por ella y te degüellan para luego escribir en los cristales con tu sangre: «Hemos sido los locos».

La afición desmedida de Luis y mía por todo tipo de historias macabras y rituales morbosos provocan el rechazo de muchos compañeros. En realidad, cualquier cosa que se salga de la norma en un pueblo tan pequeño, provoca una clara repulsa. Vestir diferente, actuar diferente a como se espera de ti, ser afeminado o ser machorra, *heavy* o *punk*. Lo cierto es que no hay muchas tribus urbanas por aquí. Tan solo abundan los *rockers*, que van siempre muy limpios e impecablemente peinados, y seis o siete *heavies*

melenudos con pelo largo y camisetas negras. Aquí no llegan las modas, estamos aislados o simplemente tenemos miedo de expresarnos de modo diferente.

Ser *rocker* o *heavy* o semigótico tiene un pase, pero ser homosexual en un pueblo, oh, esto es... algo así como diabólico. Por eso no hay homosexuales declarados. No pueden darse el lujo. Aquí no ha llegado la movida y uno solo puede enorgullecerse de llevar una vida corriente, conservadora. Todo lo demás se puede hacer, pero a escondidas.

OceanofPDF.com

VÍCTOR, DESAYUNO CON DIAMANTES

En octavo de EGB mudan a varios cursos a un edificio contiguo a otro colegio, porque en nuestras clases están haciendo obras, así que compartimos recreo con distintos niños. Es entonces cuando conozco a Víctor, otro chaval al que llaman «mariquita». Todos se burlan de él con especial crueldad porque, no solo es afeminadísimo, sino que además es hijo de guardia civil y vive en el cuartel con su familia. Esto parece no gustar a ciertos niños, en especial a los más quinquis.

Lejos de la discreción de la que hace gala Luis, Víctor es abierto y explosivo, exagera su amaneramiento con una gracia particular y siempre lleva un chándal rojo bermellón que hace daño a la vista.

—Vamos a hacerle un regalo a Víctor, llámale para que venga —me dice un chavalillo en el recreo.

Me convierto, sin saberlo, en mensajera de un plan cruel, en el que tengo que decirle a Víctor que Alicia, de la que está platónicamente enamorado, quiere que le demos un regalo en su nombre.

Víctor llega ilusionado al encuentro y le hacen entrega de una caja muy bonita, aterciopelada por fuera, de las que se usan para vender las joyas y, al abrirla, encuentra unos pendientes y un anillo hechos con papel de aluminio de envolver los bocadillos. Es una forma de decirle que es una mujer, un marica, y que tal condición es motivo de mofa.

Ante el desconcierto de Víctor, se suceden las carcajadas del *abusica* y sus compinches, pero él, lejos de ofenderse o amedrentarse, y mirándolos altivamente, se pone el anillo y se aprieta los pendientes plateados a las orejas como una *vedette* agradecida a quien sus admiradores llevan joyas al camerino para rendirle pleitesía.

—Gracias, nene, ¡me encaaaaantan! —grita, haciendo grandes aspavientos.

Y es imposible no adorar a Víctor desde ese día, no aprender una lección de vida maravillosa. Nunca había conocido a nadie tan libre y tan feliz. Y tan generoso con los miserables a los que, sin atisbo de rencor, siguió tratando con el mismo respeto y simpatía hasta que, lógicamente, emigró del pueblo ampliando horizontes y escapando de la incompreensión. Otros que eran como él se quedaron, tuvieron novia, se casaron y fingieron estar conformes sometidos a los convencionalismos.

OceanofPDF.com



AMÉN

El cuchillo en el agua,
la rosa en la carne,
la espina en la frente.
La mano en el pecho,
el ojo en la aguja,
la boca en la fruta.
La niña en la cama,
la bruja en el bosque
el muerto en su tumba.



FOREVER YOUNG

La primera persona que aparece en mi lista de contactos por la letra A es «Abuelita».

Hace tres años que no está, pero me resisto a borrar su nombre y su teléfono.

Cuando llamaba, siempre me preguntaba lo mismo, «¿Qué has comido?» o «¿Qué vas a comer?», seguido de una retahíla de lamentos, que repetía en invariable orden:

«¡Ay, mi Ana, allí tan sola! Sin sus padres, ni sus hermanos... Ten cuidado, hija, ¿cuándo vas a venir?».

Normalmente le contestaba con desgana, porque «vaya cosas que me dices, abuela».

Acaso yo esperaba que me preguntara cómo me iba en clase, o si había conseguido un buen trabajo de una puta vez, o sobre mis inquietudes y pesares y todo tipo de cuestiones profundas que pudieran atormentarme, para ofrecerme consejo y ayuda...

Pero no, ella hacía más que eso y tardé mucho tiempo en darme cuenta. Ella se preocupaba por los aspectos más básicos y en realidad más importantes: que me alimentara bien, que me cuidara de todo mal y que no olvidara jamás que la familia debe permanecer unida.

Ahora la pienso continuamente y la recuerdo en cualquier mínimo detalle, como cuando me pinto los labios de rojo o cuando huelo o veo rosas (siempre fue fiel al perfume Anaïs Anaïs). Me gustaría que sonara el teléfono todos los días y leer «Abuelita» en la pantalla. Decirle alegremente y en voz muy alta lo que estoy haciendo para que me pueda escuchar.

—Arroz con brócoli, ¿y tú? Sí, estoy muy bien, no te preocupes por nada. Y quiero ir al pueblo en cuanto pueda, sobre todo para verte a ti.

Aún recuerdo cuando plantaba las semillas mágicas.

La casa se convertía en una algarabía de gritos, risas y muñecos por el aire. Cuando venían mis primos de Murcia nos juntábamos a comer en casa de mis abuelos. Esos días eran especiales porque una semana antes mi abuela había plantado semillas de gominola y estaban a punto de florecer. Mantenía la intriga durante toda la mañana y no nos dejaba entrar al patio hasta que no nos acabábamos el plato. Cuando al fin corría la puerta metálica que separa la cocina de la terraza, entrábamos a trompicones en busca de tan dulces tesoros. Las macetas estaban llenas de caramelos y chupachups clavados en la tierra, y de las hojas más grandes colgaban paraguas de chocolate y gominolas enganchadas con hilitos. Nubecillas, culebrillas, tiburones, bomboncitos, palitos de regaliz... El patio de mi abuela, como la casita de Hansel y Gretel, se convertía en un paraíso para niños golosos y no parábamos hasta juntar en una caja todo el botín para repartirlo después.

—Abuela, ¿dónde compras esas semillas de gominola? ¡Quiero tener para mí!

—Cuando seas mayor te lo diré, porque a los niños no se las venden.

—Ya, claro, cuando sea mayor...

Rabio por dentro porque el tiempo pasa tan despacio que no veo nunca el momento de hacerme mayor. Y cuando empiezo a serlo, ese tiempo se congela hasta que llega por sorpresa el implacable deshielo.

Cuando uno es muy joven cree que la juventud es una característica inmutable, un don de los dioses, y que los padres, los ancianos, los borrachos tristes y malcarados que piden coñac en el bar a las diez de la mañana o la señora oronda y medio calva del puesto de lotería ya eran así de infelices y decrepitos desde el principio de los tiempos.

Eso no me pasará a mí, te dices.

La culpable de este embrujo: una suave venda de ignorancia en los ojos que te hace ver el mundo como una enorme, inacabable y jugosa fruta que devorar. No imaginas que a cada bocado la fruta decrece hasta que no queda más que un triste corazón rodeado de semillas resacas. Te crees invencible,

capaz de lograr cualquier hazaña, y se contempla la vejez —y a los viejos— con desdén. Como algo muy, muy lejano, a años luz de nuestra turgencia e intrepidez.

Lejano pero a la vez inmediato y fulminante, esto es: que en un futuro uno será viejo de golpe, pero no importará porque estará rodeado de nietos que lo aclararán y tendrá una muerte rápida y apacible en su lecho, pronunciando con ternura y voz cansada las últimas voluntades a sus seres queridos. Satisfecho de todo lo que ha vivido y logrado en la vida. No piensa uno en la enfermedad y en las miserias y achaques de la vejez, en la soledad. En lo que acontece antes de verle el rostro a la parca. En los desengaños, los fracasos, los accidentes, la pérdida del vigor, de los dientes, en la muerte de padres, del cónyuge, en la partida temprana de amigos o incluso niños.

Uno proyecta un espectacular salto en el tiempo en el que todo lo que sucede entre un punto y otro queda difuminado.

Si acaso, en esta proyección hay alguna pausa para casarse, para la llegada de los hijos y la consecución del trabajo deseado. O bien se sueña con una vida colmada de aventuras, romances, viajes y dinero. La vida perfecta en tres o cuatro actos con un sentido aplauso al final.

Tampoco se piensa en los estados intermedios que hay entre la juventud temprana y la vejez. Los treinta años, los cuarenta, los cincuenta, los sesenta...

Nos marchitamos despacito y ardemos con diferentes fuegos a cada edad. De pronto te encuentras fuera de lugar en según qué circunstancias o compañías, y acalorados ideales de antaño te parecen hoy pueriles batallas perdidas. Nos alejamos de determinadas personas, nos dejan de interesar ciertos asuntos y nos apasionan otros.

Parece que en efecto mudamos todas nuestras células al cabo de siete o diez años y nos convertimos a su vez en personas completamente distintas. Asumes con resignación que ya no puedes empezar de cero y que no tienes toda la vida por delante para enmendar según qué cosas y emprender otras. Un día cualquiera nos encontramos observando a un grupo de chicas compartiendo juegos e inocentes confidencias, despreocupadas y soñadoras,

y caemos en la cuenta de que eso ya lo hemos vivido, de que ya empieza a quedar lejos.

No somos nosotras esas jóvenes, ni son nuestras amigas. Miramos a los chicos en la playa, con sus cuerpos espigados y fibrosos, compitiendo entre ellos dando volteretas en la arena con la precisión de un atleta y pensamos: *esos son los chicos que me gustaban no hace mucho y ahora podrían ser mis hijos*. No imaginas ahora a ninguno de tus amigos haciendo esas piruetas sin que se los lleven después en ambulancia. El divino tesoro al que se refería el poeta Rubén Darío se va para no volver, y aunque queriendo llorar no lloramos, casi siempre lo hacemos sin querer.

OceanofPDF.com



LAS HORAS

Dicen que el tiempo cura tanto como mata.
Así el amor.
Toda mi vida huele a alcohol y mercurina.
Sabe a sangre cuajada y café recién hecho,
a vino y malas costumbres.
¡No salgas de casa sin el vendaje, sin el reloj!
Recuerda en todo momento qué hora es y dónde estás.
Es la soledad en punto.
Los secretos en tu cuarto.
La cicatriz y media.
Tic-tac, tic-tac...
Es la hora de crecer y de decir que no y de dejarse ir.



MALDITAS CENSORAS

—¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja!, ¡ponle más, Ana, ponle más, más largos y más negros!

Mi hermana está a punto de desmayarse de la risa, parece una niña borracha e histérica al borde del colapso. Tiene hipo y se sujeta la barriga del dolor. Además, como soy yo la que ejecuta la travesura manualmente, si nos descubren podrá señalarme como la única culpable, como hace siempre.

Mi tío Fidel está en la mili y en la última visita trajo una especie de ramillete de cintas de colores que cuelga en la pared a modo de condecoración. En cada cinta hay una frase chistosa o un dibujo. Nosotras nos hemos cebado con la ilustración de una chica en bikini con las tetas grandes.

Somos unas pequeñas diablillas censoras y luchamos contra los pensamientos concupiscentes que atañan a cualquier miembro soltero de la familia. Le estoy pintando pelos en las piernas y en los muslos

—¡Como Macario, como Macario!, —grita mi hermana, presa de la excitación.

(Macario es el famoso muñeco del ventrílocuo Jose Luis Moreno, que sale en la tele).

También le pongo pelos rizados saliéndose de la parte de abajo del bikini. Esto es una novedad. He sabido hace poco que las mujeres y los hombres tienen pelos en sus genitales cuando llegan a la pubertad. Fue hace unos días, en clase de naturales. Tema nueve.

Doña Feliciano nos mandó dibujar un hombre y una mujer ¡desnudos! para señalar las diferencias entre un cuerpo y otro. Jesús, uno de los mellizos que se sientan a mi lado, había oscurecido en exceso las partes que nos distinguen. El pene y la vagina. La picha y el coño.

—¿Por qué pones tan negro ESO?

—Porque esas partes tienen pelos cuando te haces mayor.

No pude disimular mi asco y mi sorpresa, y me negué a cambiar mi dibujo para darle más realismo. A mí me gustan las partes sin pelos. Joder, ¿así que nos crecerán pelos ahí abajo? No me acaba de gustar la idea.

La chica del bikini se afea por momentos. No vamos a consentir pensamientos pecaminosos, ¿verdad, hermana? Vamos a ponerle pelos negros y gordos a rotulador para afearla. Y las cejas juntas. Gafas, un cigarro saliendo de la boca y pelusilla en el bigote.

Seguimos cotilleando el cuarto de mi tío Fidel y los cajones de su mesilla, donde encontramos un calendario de bolsillo con una chica desnuda. Le pintamos un recatado bikini y la volvemos a dejar donde estaba. Nunca supimos si lo descubrieron, de ser así nadie dijo nada nunca.

En mi casa es intolerable tener fotos, revistas o cualquier tipo de material erótico. Pero siempre hay algo que escapa a la supervisión de los mayores, como por ejemplo unas revistas de corte terrorífico donde aparecen mujeres encadenadas cuyos rostros muestran el éxtasis cuando son cruelmente azotadas. *Creepy*, me parece recordar. Recopilaciones de relatos de misterio y terror en los que se entremezclan erotismo y sadismo y que leo con avidez. Libros de arte religioso, repletos de desnudos ensangrentados y rostros desencajados de placer. Las pinturas de El Bosco que tanto impactan en mi impresionable mente de niña y que me provocan un cosquilleo sensual ahí abajo que me incita a tocarme

No sé cuánto nos dura esta fiebre censora a mi hermana y a mí, creo que entre los diez y los doce, justo antes de entrar en la adolescencia. Somos unas ratitas que aprovechan la ausencia adulta para husmear en los cajones de sus tíos solteros. Las habitaciones de padres y abuelos no despiertan nuestro interés, o quizá es que tenemos miedo de lo que podamos encontrar.

Cuando vamos a Murcia, aprovechamos que dormimos en el cuarto que nos deja mi tío Jorge para cotillear los cajones. Él duerme en un sofá cama en el salón y tenemos toda la noche para llevar a cabo nuestra misión con la luz tenue de un flexo.

La habitación de mi tío ofrece un amplio surtido de maravillas y horrores, un gabinete de atrocidades. En el primer cajón no hallamos nada relevante, pero en el segundo encontramos condones, tabaco, papel de liar, un cubo marroncito que parece caldo concentrado —en ese momento no sabemos lo que es el hachís— y una encendida carta de amor de una chica escrita con rotuladores de varios colores.

«TE QUIERO» en rojo, remata la misiva, enmarcado con un corazón relleno a su vez de diferentes corazones azules, verdes, rojos. Toda la gama cariosa.

Debajo de la cama guarda botes de cristal con cosas asquerosas dentro. Algunas reconocibles, como pequeños animales, lagartos, un ratón, un enorme ciempiés y pedazos de cosas que no alcanzo a saber lo que son. No podemos evitar la tentación de abrir un bote para olerlo y un intenso hedor a pis nos revuelve hasta la arcada, nos pica en los ojos y nos hace toser. (No es pis, sino formol).

Es un científico loco, pienso. Como el profesor Bacterio que sale en los cómics de Mortadelo y Filemón.

Mi tío Jorge tiene el aspecto de cualquier estudiante de bellas artes o filosofía, aunque estudia biología. Descuidado, greñudo, con barbas y gafas. Usa gabardinas, ropa oscura y siempre apesta a tabaco. Me enseña canciones de grupos guais, como una que se llama «Ponte la peluca ya», o «Ellas las prefieren gordas», de la Orquesta Mondragón; y una que dice algo así como «soy una *punk* y tengo un perro con el pelo azul». Me asombra que haya gente que haga canciones así, que no se parecen en nada a las que escuchamos en casa. Estoy deslumbrada.

Él no es como los otros adultos, sabe cosas que nadie sabe sobre monos y animales que viven en la selva, conoce música divertida y tiene libros rarísimos de seres disecados y peces luminosos con aspecto terrorífico que viven en lo más profundo del mar, en los espacios abisales.

Para acabar de maravillarme, una tarde me pone una película en blanco y negro donde aparecen todo tipo de individuos sorprendentes. Un gigante, enanitos de verdad vestidos con trajes elegantes, un hombre sin piernas ni brazos que parece una croqueta y una mujer barbuda, entre otros personajes

de circo fascinantes. En aquel momento no sé cómo se llama la película, pero más tarde la reconozco en *Freaks*, de Todd Browning.

El film me divierte pero me impresiona la escena final, entro en pánico y no acabo de comprender qué sucede. ¿Qué le han hecho a la chica? ¡La han convertido en gallina! Esa imagen me persigue durante mucho tiempo. Borro todo de mi memoria hasta que vuelvo a verla y entonces se enciende una luz.

Cuando tengo veinte años, mis padres nos advierten que no debemos salir con mi tío. No es una buena influencia, dicen. Fuma porros, bebe mucho y siempre está metido en bares llenos de humo. Anda con gente rara y regresa a casa de madrugada.

Como yo.

OceanofPDF.com



ESA NIÑA

La niña que fui
se perdió en lo más profundo de un bosque
y fue devorada por un oso.
Se atragantó con una moneda.
Se electrocutó al meter sus deditos donde no debía.
¡Pobrecita!
La secuestró un hombre con un saco
que hizo con su grasa jabón.
Se ahogó en una piscina en un descuido de sus padres,
cayó a un profundo pozo de donde nunca pudo salir.
A la niña que era
le negaron la existencia de Dios.
Le dijeron que no era buena
y ella solita se castigó cara a la pared
y, más tarde, cara a la vida.
Esa niña
pudo haber muerto de hambre, de miedo y de vieja
y, ya ven,
todavía sigue aquí, conmigo.



MUJERCITAS

Todas queríamos ser Jo March en *Mujercitas*.
Caminar por el mundo confiadas y resueltas,
como si nos perteneciera,
y sacrificar nuestras trenzas y vanidad por una causa noble.
Todas queríamos y quizá todavía queremos y debemos querer
ser Jo en *Mujercitas*.



OceanofPDF.com

REUNIÓN DE *TUPPERWARE*

El resplandor de la tarde se filtra por las persianas y recovecos como un ladrón. Las partículas de polvo se hacen visibles a esta hora, cuando las caza un haz de luz. Flotan como si estuvieran en el espacio y no se dejan atrapar. Estoy peinando cuidadosamente a mi Barbie Cristal, sentada en la salita de los juegos con mi hermana pequeña que, aunque todavía se entretiene con las infantiles Barriguitas, también tiene la suya propia, rubia y con el pelo hasta los tobillos. Mi muñeca lleva unos zapatos transparentes con purpurina, asemejando el brillo del cristal, y su vestido es blanco brillante, tornasolado. Escotado y con unos finos tirantes, acompañado de una especie de *board* de gasa traslúcida a juego con el volante de la falda. Es mi favorita por el detalle de los zapatos, parece una cenicienta moderna y a veces jugamos a que pierde el zapato en un baile y luego el chico la encuentra y se morrean apasionadamente.

Todavía nos limitamos a peinar, vestir, desvestir y elaborar pequeños guiones y escenas en las que las muñecas interactúan saltando sobre los muebles, yendo a fiestas con amigos invisibles, bailando o fingiendo desmayos a los que acude siempre una amiga para reanimarla con sales — esto nos da mucha risa—.

Acabamos de descubrir lo que es la menstruación, porque a la Lolita le dolía la barriga y nos ha dicho que es «porque tiene la regla». Nos da entre asco, miedo y risa, porque «cuando las chicas tienen la regla todos los meses les sale sangre del chichi y se ponen compresas», y la incorporamos a nuestros juegos.

—A la mía le viene la regla primero porque es la mayor —decreto. Y recorto compresas diminutas que mancho con rotulador rojo y se las pongo debajo de las bragas.

También pintamos y recortamos billetitos con el signo del dólar, para que tengan dinero para sus cosas. Hacemos soberbios banquetes con gominolas, decorando los platitos profusamente. En la bandeja, un tiburón o una culebrilla de plato principal rodeada de bolitas de anís y espolvoreada con pica-pica.

Proyectamos nuestros confusos deseos de futuro en las muñecas. Quiero que mi Barbie sea luchadora de kung-fu, cantante y escritora, así que también diseño discos a escala con cartulina y libros diminutos de varias hojas, encuadernados con una sola grapa y con toda clase de títulos delirantes, de los que alcanzo a recordar *Amantes de un zapato* y *Me ha venido la regla, Socorro* —lo de «Socorro» era por una amiga de mi madre y porque a la vez tenía ese tono de alarma.

No tenemos muñecos de hombre, a mi casa no llegan los reyes con los Ken, dice mi madre, así que cuando necesitamos hombres introducimos en el juego un muñeco de anatomía que se abre en dos partes y lleva esqueleto y tripas por dentro, o le cogemos a mi hermano su Máster del Universo, pero este último es demasiado pequeño. El muñeco de anatomía nos ofrece muchas más posibilidades.

Nuestro juego favorito es el de las palizas. Nuestras Barbies se encuentran con un hombre que les da una soberana zorra y las persigue y las fuerza, tal y como hemos visto en una película. Con trozos de bolsas de plástico blancas elaboramos las escayolas para piernas y brazos, y simulamos moratones y sangre con pintalabios y sombras de ojos que cogemos de un cajoncito del baño. Las muñecas se recuperan lentamente en el hospital de sus heridas hasta acabar totalmente sanadas y fortalecidas gracias a un mágico baño burbujeante que preparamos en el lavabo, a modo de spa.

Sus ansias de venganza son incontenibles y, una vez dejan de ser unas lisiadas, atacan por sorpresa al muñeco de anatomía con diversas armas. Un cuchillo de la cocina, una pequeña hacha de He-man y cualquier cosa que sirva para golpearlo y rajarlo en dos, dejando al descubierto su esqueleto y vísceras, que se desparraman por toda la habitación. Como mi hermana es casi dos años más pequeña que yo, se deja llevar y siempre suelo llevar las riendas del juego.

Quiero que nuestras muñecas vayan a muchas fiestas, corran muchas aventuras incluyendo venganzas y asesinatos, que escapen de todo tipo de monstruos y que tengan muchos novios y amantes. Sí, amantes. Aunque para eso utilizamos el Ken Malibú de Marisa cuando vamos a jugar a su casa.

Nunca jugamos a las bodas porque, a mi entender, una vez que te casas se acaba todo. De ahí en adelante soy incapaz de imaginar qué interés puede tener jugar a eso. Te casas y eres tú, en tu casa, cuidando de los bebés mientras el papá trabaja fuera y los fines de semana se va a misa y a pasear por la avenida y la plaza central. Los hombres fuman y discuten en los bares asuntos de fútbol y noticias del periódico que por lo general les enervan. Las mujeres toman café en las terrazas y se juntan en casas para venderse cosas o para enseñar a sus recién nacidos. Así de limitada es la vida que creo que llevan una mujer y un hombre casados. Así de simple es mi mente de niña, incapaz de captar la complejidad y los matices de la vida adulta, quizá porque, en parte, hay mucho secretismo alrededor. Cosas que no se dicen a los niños, que no deben saber los niños.

Pero también los adultos piensan que somos aburridos y desconocen la riqueza de nuestras emociones, de nuestros juegos. Los niños son solo niños, aprenden, juegan y dan la lata, piensan. No hay conexión entre los dos mundos.

Se les ha olvidado con el tiempo lo complicado que es ser niño. Cómo podemos pasar de una inmensa alegría a la más devastadora tristeza. Lo extremo e intenso de nuestros sentimientos. Lo difícil que resulta también, a veces, separar ficción de realidad.

Aborrezco el estatismo que me sugiere la casa. Aunque mi madre trabaja y sus amigas también, imagino que si mi muñeca contrae matrimonio automáticamente debe abandonar sus fiestas escandalosas y aventuras, optar por un trabajo normal y dedicarse a las labores de casa y a los niños, a veces con ayuda de una muchacha. Nada de esto me resulta interesante y lo contemplo como algo lejano, incluso imposible. Indeseable. Soy una niña y quiero seguir siéndolo el máximo tiempo posible. Más tarde, cuando soy

adolescente, joven, también quiero seguir siéndolo el mayor tiempo posible, y así sucesivamente, como si pudiera estirarse la vida a placer como un chicle que nunca pierde su textura y sabor. Y lo cierto es que puede ser elástica, pero cada etapa empieza a perder su sabroso regusto ácido conforme la vas alargando.

Puede parecer inmadurez. Quizá solo sea pánico a la muerte.

¿Quién ha venido? Escucho unas sonoras carcajadas de mujer en el pasillo y dejo mi labor para cotillear. Sí, es otra reunión de *tupperware*. ¡Me encanta cuando vienen mujeres de visita a casa y adoro a las amigas de mi madre! Todo se llena de color y de ruido. La mezcla de perfumes de una y otra, el intenso olor a café y a galletas danesas, el incesante tintineo de las cucharillas en las tazas. Me quedo a mirar y me dejan sentarme en sus faldas. En esos aquelarres se habla de todo menos de los recipientes de plástico multiusos. Por eso me gustan.

Apenas levanto seis palmos del suelo y merodeo para averiguar qué diablos se cuece entre tanta algarabía y, de paso, para ver si acaba sobrando algo de leche condensada, que es para mí un manjar exquisito digno de diosas. De otro modo no puedo alcanzarla porque mi madre guarda el bote en una estantería muy alta de la cocina, a salvo de manitas golosas.

—Cuando se hayan puesto todas, te daré un poquito a ti. —Y finalmente me pone un dedito de leche condensada en un vasito de café, que no quiero que se acabe nunca.

Anabel es la mejor amiga de mi madre. Estuvieron embarazadas al mismo tiempo, pero ella dio a luz unos meses antes. El bebé murió repentinamente de una meningitis al poco tiempo de nacer. Luego vine yo, y mi madre fue madre y ella no. Su alegría se mezcló con un dolor profundo, animal.

—Cuando naciste, Ana, te cogía en brazos y sentía un amor inmenso, como si fueras el bebé que yo ya no tenía conmigo —en ese momento de mi vida en que me lo cuenta llevo tanto tiempo intentando ser madre que entiendo

ese sentimiento de pérdida y de amor por los cachorros ajenos, ese deseo de tenerlos en brazos y encontrarlos siempre vacíos.

Esto me lo confiesa en una cafetería. Tengo que disimular que me aprieta la garganta y me pican los ojos mirando fijamente mi café y los dos deditos de leche condensada que tiene al fondo. Lo remuevo, sonrío. *No llores, joder. Mira qué rico tu café y el remolino que se forma en el centro, por ahí se va todo ese miedo, se desvanece. Vale, no le des tantas vueltas, para ya con la cuchara. No llores, no seas sensiblon. Cambia de tema, di algo, venga.*

—Anabel, ¿te acuerdas cuando miraba preocupada que no gastarais la leche condensada para que mi madre me diera un poco?

—Claro, y dijiste una vez: «Mamá, mamá, ¡que Anabel se la acaba toda! ¡Para! ¡Para!».

Al poco de perder el bebé, una vecina le dijo en el mercado: «Anda, mujer, alegre esa cara. Mejor haberlo perdido ahora de recién nacido que cuando son más mayores, que entonces les coges cariño».

Mi casa suele ser centro de reuniones, porque nuestro salón es amplio y luminoso. Además de las reuniones de *tupperware*, mi madre y sus amigas y vecinas se juntan para las de Avon, con mi prima Ana al mando, pero son algo menos concurridas. Los pintalabios de muestra tienen un tamaño pequeñito, como de muñeca. Oscuros objetos de deseo para una niña. Aquellas entrañables citas entre mujeres eran la excusa perfecta para cotillear, hablar de sus desvelos y alegrías y pasar un rato distendido lejos del trabajo y de la monotonía de las labores del hogar.

Mes a mes, en la despensa se acumulaban decenas de *tupperwares* y, en el baño, tubos de crema, perfumes y cosméticos.

A estas francachelas viene a veces Pepita, la mujer de mi tío Moncho, «el del pañuelo». Mi hermana y yo le llamamos así porque siempre lleva un pañuelo que le recoge la mandíbula inferior, atado en lo alto de la cabeza. Es un hombre muy mayor y de habla ininteligible a causa de su dolencia. Parece que no tiene barbilla. Mis padres nos dicen que es porque le duelen

las muelas y nos resulta totalmente creíble ya que en los cómics siempre que alguien sale del dentista lleva el pañuelo atado de esa forma. Cuando somos mayores descubrimos que lo que pasó en realidad fue que uno de sus hijos, con trastornos mentales, le disparó con la escopeta en un ataque de furia y se llevó por delante media mandíbula y parte de los dientes de arriba.

En mi pueblo muchos hombres tienen licencia de armas, porque ir al campo a cazar es un deporte popular. No sé si deporte, más bien afición. Conejos, liebres y alguna perdiz, que luego traen a casa para que las mujeres los arreglen y preparen gazpacho manchego y arroz los fines de semana. Detesto ver el proceso de despellejamiento y desplume, pero una vez cocinados en la paella me lo como todo sin remilgos. Siempre te encuentras algún perdigón entre la carne y son el terror de los dientes de leche.

Cuando somos adolescentes, mi padre y mi tío bromean diciendo: «Como veamos que se os acerca algún zagal, sacamos la escopeta y le faltan piernas *pa* correr». Les creemos.

Hace dos años, la hija de Anabel, Marisa, que también es muy amiga mía, se quedó embarazada y lo anunció en Navidades. Yo acababa de hacer un tratamiento de fertilidad con resultado negativo, por lo que también podría haber dado la buena nueva en esas fechas, pero no fue así. Recuerdo todas las enhorabuenas a su paso, la alegría flotando en el ambiente, la profunda pena que me embargaba pensando que también podrían haber sido para mí, pero en cambio sonaban muy lejos y me pasaban rozando, como armas afiladas.

Hola, soy la novia del lanzador de cuchillos, las hojas metálicas silban a mi alrededor, se clavan entre mis muslos, a los lados de mi cabeza y de mis brazos. Nunca me tocan, pero tengo miedo, y tengo que confiar a la vez que aceptar que puedo salir herida.

En abril de ese mismo año, tras otro nuevo tratamiento, quedé embarazada, de modo que las dos lo estábamos casi a la vez, como mi madre y la suya

muchos años antes. Moría de la ilusión, pero había un recuerdo que ensombrecía tal acontecimiento, como si pudiera existir una especie de maligna proyección del universo. Temía que se pudiera repetir aquella desgracia y que una de las dos perdiera a su bebé.

A las pocas semanas de embarazo, quien lo perdió fui yo. Se me cayó el mundo encima pero, como me decían las comadres, en el mercado y en la calle: «Mejor perderlo ahora que no más adelante».

Abandoné el deseo para recuperar fuerzas durante lo que fue un verano pegajoso y entregado a todos los excesos y diversiones que me pudiera ofrecer para desviar el instinto maternal que me devoraba viva. Un deseo que lo fagocitaba todo como una planta carnívora cuyo aliento envenenaba hasta el último pensamiento. Tengo pensamientos suicidas, mi cabeza no funciona como antes, hay un error en el sistema.

Empiezo a contemplar el matrimonio sin fruto como un confinamiento enloquecedor y me siento como un animal en su jaula. Me casé, no como mi Barbie. Me casé con un hombre al que no le gusta la caza, ni los bares, ni el fútbol. Un chico comprensivo que me quiere hacer feliz y no me dejo.

Estoy bloqueada. No soy una doncella ni una bacana. No tengo novios ni amantes, tengo un esposo con el que impacto una y otra vez y nada se desprende de esa unión estéril. Tampoco soy madre, y mi cuerpo de mujer no funciona como es debido, ¿qué soy entonces? Una niña sabelotodo, aburrida de tantas cosas. Con unos padres cada vez más viejos y nada vivo que dejar tras de sí. Un verso suelto que se pronuncia con descaro. Una bruja. Una santa. Una estatua de sal.

Nunca me sentí más hueca, más pequeña y más absurda que aquel verano.

Cuando nació el hijo de Marisa, hizo una pequeña merienda a la que acudí haciendo acopio de fuerzas. Supe lo que se siente al no tener en tu vientre y en tu pecho más que a un fantasma, y quise a esa criatura instantáneamente. Con mi dolor a cuestas y tras haber recibido del ginecólogo un diagnóstico poco prometedor, al abrazar a ese niño me brotaron ramas y espinas y también quise que fuera el mío, de modo que me escondí para llorar a solas

porque, ¡qué sería de nosotras sin los cuartos de baño! Los mejores confesores, quienes mejor nos conocen. Allí escupimos la mierda, la sangre y las lágrimas y, aún así, nunca nos juzgan.

Marisa, Marisa, ¿te acuerdas cuando jugábamos a las violaciones con tu caravana de Chabel? ¿Y cuando mis Barbies se turnaban para follar con tu Ken? Las mías nunca se embarazaban pero la tuya sí, y entonces hacías como que abandonabas a tu bebé en la puerta de las monjas en una canastilla. ¡Siempre lo hacías, perra! ¡Qué pervertidas éramos!, ¿verdad?

Me regocijaba por dentro en mi malicia. Quise contarle en voz alta solo para perturbar un poco el ambiente, para escandalizar a dos o tres madres pijas que había por allí con sus niñas repollo cubiertas de lazos rosas y puntillas, pero frené mi locura a tiempo.

Me gusta recordar lo que hacíamos y meditar por qué lo hacíamos. Aderezábamos nuestras infantiles orgías con la violencia que contemplábamos en las películas o que nos contaban en la calle. No era un juego propiamente sexual, o del que obtuviéramos satisfacción erótica, simplemente lo hacíamos porque nos parecía hilarante. Nuestras muñecas, siempre jóvenes, vivían en un continuo frenesí.

Mi café lleva el doble de leche condensada y Marisa se abstiene, porque la cafeína puede afectarle al bebé a través del pecho. *Qué esclavitud*, pienso. Pero también siento envidia. Su madre me mira y me atraviesa, me lee la mente y dice a modo de consuelo esperanzador:

—Ya verás cuando te toque a ti, Ana, toda la ropita de bebé que vas a heredar.

Pero yo no espero que me toque nada ni que me toque nadie. Sueño con manos, bocas, cuerpos de hombres diferentes, vidas que comienzo de cero en otros lugares, con otras personas y en otras casas. Más joven, más ilusionada, diferente. Sueño con sexo que nunca me sacia, a veces dulce y otras asqueroso, con el fin de sacudirme. Sueño con zapatitos transparentes

y purpurina que siembran admiración por donde pisan. Con peinar muñecas hasta dejarlas calvas y acunar bebés rechonchos que nunca son míos.

OceanofPDF.com



LUNA

Luna, lunita,
bendice mi suerte,
aleja desdichas,
espanta a la muerte.
Luna, lunera,
ahuyenta al fracaso,
leal y hechicera,
conduce mis pasos.





MUJER FATAL

Te das un aire a Lolita,
pero tienes la mirada fija de Salomé
contemplando lasciva la cabeza cortada del Bautista.
El ansia de aventura de Lilith
cuando te lanzas a las calles con el deseo enredado en tus pulseras,
que agitas en el aire con gesto de bailarina oriental.
Te delata
el cabello alborotado y serpenteante de Medusa.
Tus manos son delicadas y blancas,
pero con ellas haces y deshaces el destino de los hombres
como una implacable Parca.
Cuando sonríes, eres Perséfone anunciando la primavera,
pero un mal gesto o una maldición de tu boca
basta para arruinar cosechas, levantar tempestades,
propagar la peste y aniquilar a los recién nacidos.

«Mujer fatal, siempre con problemas»
haces tuyas las canciones, pero ninguna es de amor.



VIOLACIONES Y BESOS

«Duerme la ciudad y una muchacha negra entra en el bar, parece borracha, a ver quién no lo está...».

Pili me explica lo que es una violación mientras plancha con parsimonia una camisa. Suena de fondo una casete de El último de la fila que siempre escucha en bucle.

Me cuenta que a su hermana la han violado. Yo no he escuchado jamás esa palabra.

—Es cuando a una mujer la fuerzan entre uno o varios hombres y le tocan las tetas y le obligan a hacer de todo.

Suena fatal, pero lo relata con una frialdad absoluta, como quien dice que el Ebro pasa por Logroño. Estamos en la salita verde, en casa de mi abuela. Me gusta especialmente porque las paredes color pistacho contrastan con el rojo de los sillones y la mesita, cubiertos de tapetes blancos de ganchillo. Detrás de la plancha y de Pili hay una imitación barnizada de un cuadro de Julio Romero de Torres, *La Chiquita Piconera*. Observo su mirada de desencanto, dulce y fría a la vez. Un poco ausente a veces, como la de Pili. Tiene quince años pero a mí me parece una mujer adulta, supongo que porque es muy alta y sabe muchas cosas.

—No conozco a tu hermana, ¿cómo es? ¿Se parece a ti?

—¡Uy, no! Mi hermana es malísima. Siempre está borracha y se va con todos los tíos que conoce. Le roba a mi madre dinero del monedero, y mi madre, cada vez que la pillan en una de esas, le pega con la goma del butano.

(Cuando soy un poco mayor, descubro que su hermana es prostituta).

Pili viene dos o tres días a la semana a ayudar con la limpieza a mi abuela, que ya empieza a estar mal de los huesos. En realidad la casa no necesita

tanta ayuda ni tanta limpieza, pero mi abuela es una maniática del orden y la pulcritud. Le gusta, lo que se dice, limpiar sobre limpio. La cocina debe estar siempre reluciente. Toda la ropa se debe planchar después de lavarse incluyendo bragas, calcetines, pañuelos, servilletas y sábanas, que serán a su vez escrupulosamente doblados y colocados en su cajón con precisión milimétrica. Los armarios han de vaciarse y limpiarse con innecesaria frecuencia, y todos los días se quita el polvo de cada rincón, se barre y se friega la casa completa aunque no se haya usado alguna estancia en semanas, como es el caso del despacho o la habitación del fondo, donde se guardan las toallas y la ropa de cama.

En los pueblos, a las chicas jóvenes que ayudan en las tareas del hogar o cuidan de los niños cuando los padres trabajan, se les llama «muchachas». Son hijas de vecinas o conocidas. Chicas jóvenes de entre quince y dieciocho años que se sacan un dinero para sus cosas echando una mano en la casa.

Quienes nos hemos criado con muchachas porque ambos padres trabajan, establecemos un vínculo afectivo muy fuerte con ellas. Para nosotras son hermanas mayores y valiosas compañeras de juegos. Las adoramos. Son el agujero de la cerradura por el que contemplar el lado oscuro de la vida. Nos inician en asuntos de los que no se habla en casa. En el hogar, junto a los padres, todo es claridad, orden y rectitud. Colegio, deberes y misa de domingo. Ellas son una ventana al mundo real, a turbias y desconocidas experiencias. Abusos familiares, alcohol, chicos con moto, sexo.

Quizá soy muy pequeña para aprender y comprender lo que es una violación, pero en cuanto llego a clase se lo explico a todas mis compañeras, que asisten, entre horrorizadas y fascinadas, a mi relato.

Me lo paso muy bien con Pili, es como una hermana grande para mí. No siempre está hablándome de violaciones, ni de las palizas de su hermana, ni de los dos novios que tiene —dice que tiene dos, uno en la mili y otro en un pueblo de al lado, que viene a verla a veces; y ninguno sabe del otro—, también me enseña cómo se maquilla, a jugar a las cartas y al dominó. Su mejor amiga es peluquera en prácticas y cada semana nos sorprende con un peinado nuevo, un tinte escandaloso o una permanente loquísima. Usa

esmalte de purpurina y a veces me pinta las uñas como a ella. Tengo un poco de prisa por crecer, como casi todas las niñas.

«Viejas canciones de amor, viejos poemas.
Entre el humo y el alcohol, la noche sabe a jazz...».

Los meses de julio y agosto veranea con nosotros en Torre vieja, cuando mi hermano todavía es muy pequeño. Una noche nos acompaña a mi hermana y a mí al cine de verano porque aún no nos dejan ir solas. Una de las películas es *Cobra*, con Sylvester Stallone. Llevamos bocadillos, palomitas rojas con azúcar y unos cojines para amortiguar la incomodidad de las sillas de metal, ya que nadie es capaz de aguantar una sesión doble del cine de verano sin destrozarse el culo y la espalda.

En una de las escenas, Cobra se besa con una chica rubia espectacular —Brigitte Nielsen— y en las filas de atrás oigo corear entre risas: «¡LA LENGUA, LA LENGUAAAA!!».

Miro a Pili y le pregunto:

—¿Lo de la lengua es porque se llama Cobra y tiene lengua de serpiente?

—No, Ana, es que cuando la gente se besa en la boca se meten la lengua y la mueven dentro de la boca del otro.

No puedo disimular mi asco y no entiendo a quién le puede gustar mezclar su saliva con la de otro ser humano si ya resulta repugnante cuando te piden una chupadita de helado —yo siempre digo que no.

Nunca digas nunca...

Años después descubro la pegajosa sensación con mi primer beso con lengua. A los quince años. En un sofá, con un chico que me acosaba desde el colegio y al que siento que quizá le debo algo. No me gusta. Demasiado húmedo, blando, pastoso. La saliva chorrea, la suya, se escurre por su barbilla; y la mía, y quiero que acabe lo antes posible.

Bueno, al menos ya sé de qué va la cosa, así que intento que no se vuelva a repetir.

Con diecisiete años, mis padres y los de Alicia nos envían un verano a Dublín para aprender inglés. Damos clases por la mañana en un colegio con profesores nativos y nos hospedamos con una familia irlandesa. Allí conozco a un vecino de trece que me gusta mucho. Es moreno y alto, de piel traslúcida como a mí me gusta, ojos claros y algo pecoso. Viene a buscarme en bicicleta. Nos besamos por primera vez en St Stephen's Green y, para mi desconcierto, no me mete la lengua. No sabe que hay que hacerlo y el beso es hueco, raro, hay una especie de lucha con el aire que corre por la boca, por respirar. No ha visto la película *Cobra* y nadie lo ha avisado de que eso se hace así. Debo ser yo quien le enseñe cómo hacerlo. Descubro que lo hace bien y es un chico muy dulce. No hay tanta saliva, ni tiene la lengua tan larga, ni me repugna tanto como la primera vez. *Debe ser que cada persona besa distinto*, pienso.

No vamos a más. Quizá en algún otro libro en el mundo haya un hombre contando cómo una chica española mayor que él le enseñó a besar con lengua.

Pronto me canso del muchacho, y Alicia y yo conocemos a dos chicos mayores —por mayores entendemos veintiún años— con los que empezamos a quedar. El «mío» se llama Ian y se parece a Jason Donovan. Es grandote y rubio y siempre lleva camisas de cuadros y camisetas blancas debajo. Guapo de póster. Es mi primer año con lentillas y ya no tengo granos, pero todavía me creo fea, demasiado poca cosa para él, y me extraña que se haya fijado en mí, pero me dejo. Lo de ser española le debe de resultar exótico. El otro chico, Mike, es de piel blanquecina, pelo castaño cortado a cazo y pecoso —en realidad me gusta más, pero me ha tocado el otro, este es para Alicia—. Ian besa bien, pero le huele el aliento a tabaco y a patatas fritas con cebolla, SIEMPRE, y soy incapaz de decirle que se lave los dientes antes de quedar conmigo. Me repugna, es como lamer el cenicero de un burger.

A ambas nos dura poco el enamoramiento, apenas dos semanas, de modo que un día decidimos darles plantón y no volvemos a verlos más. Ventajas de no tener telefonía móvil en los noventa.

Además, no nos gusta cómo se hablan entre ellos cuando creen que no los miramos o no los entendemos. Es evidente, por pequeños detalles y actitudes, que quieren tomar el control y que desean llegar a algo más de ladinas maneras, y eso no va con nosotras. Preferimos seguir dándonos morreos de aire con chicos de trece años a perder la virginidad con un chulito que fuma Camel. El día antes de darles plantón, insistían en ir a casa de un amigo suyo que no conocemos de nada y que vive en un barrio muy alejado del nuestro. Sabemos lo que quieren, y es: FOLLAR.

Somos muy jóvenes y nos han educado de manera convencional — mejor dicho, lo han intentado—, pero nuestra naturaleza es salvaje y en cuestión de relaciones queremos llevar la voz dominante, de modo que decidimos no volver a salir con chicos mayores. No es que nos asuste perder la virginidad, es que no queremos perderla con esos dos tipos por muy sexis que parezcan. Y menos en una casa desconocida, que puede estar llena de gente que no es de fiar y vete tú a saber lo que puede pasar allí.

Habiéndonos librado de esos pecosos sátiros, Alicia y yo estamos ansiosas por conocer chicos nuevos y descubrir comida deliciosa. En un pueblo, el catálogo de chicos morreables es muy limitado y además aquí no tenemos control parental. Hay muchos maromos y mucha comida basura tentándonos la boca.

Vamos a Mcdonalds y a Dunkin Donuts y zampamos como gorrinas día sí, día también. Claro que Alicia no conoce todavía mi secreto para no engordar. Es decir, que vomito.

Una noche, después de comernos una ensalada gigante con patatas fritas y media pizza familiar con extra de todo, del tamaño de la mesa, me dice:

—Qué pena que ya no pueda comer más con lo que me apetecería ahora un donut.

Le cuento mi secreto, ya que lo de vomitar a mí me parece todavía un truco excelente para adelgazar. No alcanzo a ver lo nocivo que puede ser, que va a ser, así que le enseño cómo hacerlo, cómo introducirse los dedos para provocarse la purga. Para eso están las amigas.

Vamos al baño y vomitamos todo lo que hemos comido. Ella tarda un poco más porque es novata y al principio cuesta un poco. Cuando volvemos a la mesa, atacamos la media pizza que queda ante el asombro del camarero. Después, compramos una caja de seis donuts para las dos, dos refrescos grandes y una bolsa gigante de palomitas con sabor a queso. No tenemos fondo, no tenemos fin, esa tarde se convierte en una auténtica orgía romana.

Pero hay un problema, y es que es sábado y nos han invitado a una fiesta unos chicos del colegio inglés al que vamos entre semana por las mañanas. Queremos beber y queremos besar chicos, así que volvemos a vomitar el postre para no tener el estómago tan lleno y mascamos chicles de menta para disimular el mal aliento

Más tarde, en la disco, bebemos hasta casi desfallecer, nos morreamos con dos niños y Alicia pierde el bus, por lo que tiene que quedarse a dormir en mi casa, con mi familia de acogida.

Esa noche me orino en la cama por primera vez en mucho tiempo y nos levantamos, ambas señoritas, mojadas en pis con olor a cerveza.

Nos despierta Paul, el hijo pequeño de tres años. Lleva un libro de cuentos con tapas duras en la mano que nos quiere enseñar. Sin darse cuenta, se golpea la cabeza con él y nos reímos. Como advierte que nos hace gracia, se vuelve a dar con el libro en la cabeza, esta vez a propósito, y nosotras, que aún vamos borrachas, reímos más y más alto. Paul ya tiene la frente y la cara roja de tanto golpearse con el libro. Está disfrutando de la atención recibida, se nos saltan las lágrimas de puro goce y en ese momento entra Martha, la madre, con gesto serio.

—Ana, Alicia, what's happening! Oh my god, Paul!!

Es tan lindo Paul, golpeándose la cabeza solo para hacernos reír y llamar nuestra atención, hasta llenársela de chichones, sin percatarse de nuestra

infantil crueldad. Haría cualquier cosa por conseguir nuestra aceptación, porque le miremos y le abracemos y le tengamos en cuenta.

Él nunca nos engañaría para llevarnos a un sitio apartado en una casa con desconocidos, y se lavaría los dientes antes de besarnos. Se sacrificaría, se autolesionaría para obtener nuestros favores. Para tenernos contentas. Sin duda, Paul podría ser un buen novio para nosotras.

OceanofPDF.com

**«Uno se despide insensiblemente de pequeñas
cosas,
lo mismo que un árbol
en tiempos de otoño se queda sin hojas.
Al fin la tristeza es la muerte lenta de las simples
cosas,
esas cosas simples que quedan doliendo en el
corazón».**

**Mercedes Sosa,
«Canción de las simples cosas»**

ANOREXIA-BULIMIA

Estoy perdiendo el control sobre mi cuerpo. Crece, se expande, se redondea y se hace blando. Devoro lo que me ponen en el plato, pico entre horas, y después de cenar me aferro a un paquete de galletas con chocolate.

Quiero volver a tener el control, porque todo el mundo tiene control sobre mí y yo no tengo control sobre nada. Pero puedo controlar mi cuerpo y todo lo que entra y sale de él.

No puedes obligarme a comer y, si lo haces, lo vomitaré.

Controlo mi destino a través de esta pequeña parcela de carne. Tengo el poder de modelarme como si fuera una figurita de barro. Es tan simple como dejar que algo entre en mi boca o no hacerlo.

Tengo dieciséis años y me encuentro fuera de lugar en la familia, en el pueblo. Como cualquier adolescente, no hallo mi sitio y siento que nadie me comprende. Me angustia pensar que siempre estaré aquí, viendo a la misma gente, los mismos vecinos. Paseando por los mismos sitios y haciendo las mismas cosas en un bucle infinito. El día de la marmota. Atrapada en el tiempo, como Bill Murray.

La comida me consuela y la prefiero a cualquier otra actividad, me recompenso con ella y me castigo con ella. Negándomela o abusando y provocándome la purga.

Para mí, adelgazar implica un cambio. Y todo lo que quiero en mi vida son cambios. Libertad y control. Pero no quiero que me controlen, soy yo la que quiero controlar.

Me esfuerzo en los estudios, quiero aprobar con buena nota y poder escoger la carrera que yo quiera, escapar de aquí.

Tengo carácter alegre pero ánimo depresivo, la adolescencia es una posesión infernal sin posibilidad de exorcismo inmediato. Estar delgada equivale a tener disciplina, a ser virtuosa. Quiero sentirme ligera y notar

que mi cuerpo me obedece. Si engordo, significará que no tengo autocontrol, que soy perezosa y sucia. No quiero desbordarme. Soy mi propia dueña.

Empiezo a privarme de ciertos alimentos: dulces, pan, embutidos, golosinas...

Mis padres no se alarman, creen que es normal que cuide mi alimentación y deje de comer como una alimaña.

Voy un poco más allá y durante las comidas escondo los trozos de carne y patatas en servilletas de papel y me los meto en el bolsillo para tirarlos después.

A todo lo que me sirven en el plato le quito la grasa, bien sea con la servilleta o con migas de pan que luego desecho. Me siento como un ninja cuando consigo engañarlos, y aprovecho las visitas al baño para vaciar los restos de comida que guardo, aunque pronto aprovecho también para vomitar lo ingerido, por poco que sea. Primero uso los dedos, más adelante, el palo del cepillo de dientes, hasta que finalmente aprendo a vomitar sin meterme nada en la garganta, controlando mi estómago.

Un día me descubren y a partir de entonces empiezan a ejercer un férreo control sobre mí.

La vigilancia extrema me pone mucho más nerviosa, pero tengo mis trucos, porque necesito, cada vez con más frecuencia, purgarme después de comer y de cenar.

—No voy a vomitar, mamá, voy a ducharme.

Vomito mientras sale el agua del grifo, que amortigua el sonido de las arcadas, pero esto solo puedo hacerlo por la noche.

Cuando me he excedido comiendo a mediodía y quiero vomitar, como vigilan que no entre al baño, lo hago en mi habitación, en bolsas de plástico que luego cierro cuidadosamente. Están calientes, me asombra y repugna lo caliente que está todo lo que sale de mi estómago. Después las meto en mi mochila y salgo a la calle con cualquier excusa —normalmente ir a casa de

Alicia a estudiar—. Inmediatamente las tiro en una papelera o contenedor procurando que nadie me vea.

Repito este ritual día sí, día no, y, curiosamente, nunca logro adelgazar lo suficiente, porque como tanto y tan mal, que nunca consigo vomitarlo todo. Mi peso oscila siempre entre los cincuenta y cinco y los sesenta kilos. No estoy gorda, pero me veo gorda. Estoy enferma.

Estos rituales y hábitos se prolongan en los años siguientes, muchos, muchos años. Adoptan distintas formas en residencias femeninas y en pisos de estudiantes, donde malgasto dinero en comida y bebo alcohol hasta desfallecer. Sin darme cuenta, lo que parecía en principio un torpe intento por adelgazar y controlar mi vida, acaba controlándome a mí.

Vivo durante largos años obsesionada por el recuento de calorías, por el perímetro de mi cintura y alternando dietas draconianas con atracones orgiásticos de comida y bebida.

Me meto en esa mierda hasta el fondo, y la obsesión desaparecerá gradualmente, a partir de los treinta años, hasta llegar al día de hoy, en el que puedo decir que estoy recuperada al noventa por ciento.

Me pregunto cuántas chicas, o chicos, están pasando por esto ahora mismo. Cuántos son jóvenes aún y no son conscientes del alcance del daño, de la pérdida de tiempo y salud. Del deterioro de las relaciones familiares, sociales y sentimentales que acarrearán los trastornos de alimentación.

Si alguno de vosotros está leyendo esto: no hagáis como yo, pedid ayuda, pronto, y en voz alta. Ayuda personal y profesional.

Vuestro tiempo y vuestro cuerpo son muy valiosos. Y solo tenéis un cuerpo, una vida, y cien maneras diferentes más de cagarla, pero reduzcámoslas en lo posible.

Merece la pena.



BIG GIRLS DON'T CRY

Las chicas grandes no lloran, repito para mí como un mantra.
las chicas grandes no lloran, NO -LLO- RAN.
Pero qué le voy a hacer
si siempre estoy al borde de una sobredosis de furia y de pena.
Me visto para matar
y en cambio desnudarme es un acto suicida.
Mi cuerpo nunca escucha lo que le quiero decir,
busca desesperadamente una ventana por la que salir volando.

—No vuelas, Chica Grande, recuérdalo.

A veces no sé si vivo o simplemente dejo que pase el tiempo,
como quien rellena un diario sin escribir en él,
a base de rayajos que no dicen nada.
Relleno los espacios vacíos con crayones de colores,
confeti y purpurina
para que todos los días parezcan fiesta.
Desearía que todos los orificios de mi cuerpo fueran agujeros negros
y poder engullirme a mí misma,
dar comienzo a un nuevo universo,
relamerme las pupas y exclamar, antes de desaparecerme:

—¡Ay, pero qué rica estoy!



SOMBRA AQUÍ, SOMBRA ALLÁ

Como a todo usuario de gafas, durante años me llamaron «Rompetechos», «Toloveo», «Cuatro ojos»... Cuando me empezaron a crecer las tetas me apodaron «Pirineos» y «Tetas-cúspide». Pintaban a lápiz tiburones-polla en mi mesa y yo me tapaba los pechos con la carpeta, llena de pegatinas de *Teleindiscreta* por fuera y ripios facilones por dentro, como cualquier chica de mi edad.

La carpeta nos servía de escudo a las superheroínas que aún desconocíamos nuestros superpoderes. Te tapa las tetas, o bien la barriga. Y para disimular un trasero gordo nos atamos a la cintura las sudaderas o la parte de arriba del chándal.

Compartimos todo tipo de trucos inútiles para adelgazar, para eliminar o tapar los granos y mantener tieso el flequillo, que en esa época se lleva hacia arriba, formando una especie de arco, como el del Pájaro Loco, o bien muy redondo marcado con un cepillo gordo con forma de rulo.

Nuestro primer contacto con el maquillaje es el lápiz Khol de color negro. Solo nos pintamos la parte de abajo del ojo, por dentro, intentando que no nos haga llorar, lo cuál es muy difícil ya que la marcas que usamos son baratas, Carlo di Roma o Penumbra. Hay quien lo roba a la gitana del mercadillo de los viernes y quien lo coge prestado de sus hermanas mayores.

Enseguida llegan los pintalabios rosas y naranjas nacarados y la máscara de pestañas, negra o azul eléctrico. Los polvos de la caja redonda azul y beige y un colorete marrón con partículas brillantes, llamado Tierra del Nilo, que viene en una vasija pequeña de barro y que tienes que aplicarte con mucho cuidado si no quieres que parezca que has estornudado sobre el Cola Cao. Si tienes muchos granos, has de atreverte con la base en crema, pero ten por seguro que nunca acertarás con el tono exacto de tu piel. Son demasiado rosadas o demasiado anaranjadas, nunca naturales.

Cuando el acoso escolar —en mi época normalizado y aceptado con resignación como parte de tu crecimiento como persona— cesa, deja paso a las groseras galanterías, normalmente alrededor de los quince años. Empiezas a interesar a los chicos cuando te salen los pechos, y casi siempre es un interés puramente sexual, muchas veces difícil de gestionar. En el momento en que te desarrollas y adquieres formas de mujer, eres consciente del poder que eso te confiere. Cualquier chico, incluidos los abusones, harán todo lo posible por llamar tu atención, por acercarse a ese cuerpecito apetitoso y ser el primero en estrenarlo.

Es entonces cuando debes ser hábil para que cambien las tornas, hacerte con el mando. Y es entonces, también, cuando todos —padres, vecinos, maestros— quieren tener el control sobre él, sobre ti.

Esto se remonta muy atrás, y es que «cuando nace una niña, nace un ramito de flores». Todo el mundo está pendiente de que luzca linda, de que vista ropa que destaque su dulzura y sus dones y, por supuesto, es muy importante decirle que es bonita. Aunque no lo sea, hay que decírselo.

Que no se le olvide que lo es, o que es muy importante serlo.

Que no se manche sus vestidos, que lleve los rizos bien peinados o el pelo finamente recogido en una coleta.

Que obedezca en la escuela y en casa. Que no lea cosas inapropiadas para su edad o su sexo.

La niña va creciendo y todo el mundo parece querer ejercer un sibilino dominio sobre ella.

Niña, no te toques ahí, esas partes no se tocan o cogerás una infección.

Más adelante:

¡Que no te toquen los chicos, mucho menos ahí, o AHÍ! No te quedes a solas con ninguno ni vayas a ningún sitio apartado, ni a un parque, ni a un coche... Como me entere yo de que te ha visto alguien... ¡Porque quiero que sepas que si lo haces me voy a enterar!

No hagas tonterías, que pueden hablar, que pueden decir, que pueden contar...

Que te puede pasar esto o lo otro y te vas a arrepentir y a nosotros nos vas a buscar una desgracia y luego no me vengas con que no te lo dije.

Y es así como la niña se convierte en adolescente, sabiendo que debe lucir primorosa y que su cuerpo es algo muy valioso y frágil, pero que no debe tocarlo ni deben tocarlo porque se ensucia, se infecta. Pierde su valor. Cuando estás en «edad de merecer», como se sigue diciendo en los pueblos, te meten en la cabeza que los chicos solo quieren aprovecharse de ti. Pero, y nosotras, ¿qué es lo que creen que queremos entonces? ¿Por qué se niega continuamente nuestro propio deseo? Somos chicas enloquecidas por las hormonas, no monjas de clausura, ni robots, y las únicas guardianas de nuestro cuerpo debemos ser nosotras mismas.

Queremos lo mismo que ellos, sabemos cómo conseguirlo y sabemos cómo prevenir ciertos desastres, aunque otros sea difícil verlos venir.

Pero... cuidado, no hay que olvidar que ahora somos un útero a pleno rendimiento, y ese útero, mágico y fértil, contenedor de vida, «pertenece» en parte a la familia, a la sociedad; y así te lo hacen saber. No debe contener cualquier cosa ni aceptar los fluidos de cualquier mindundi. Esa pequeña y fascinante víscera es una garantía de continuidad de los genes del clan, a quien debe honrar.

Si por casualidad tus padres te ven hablar por la calle, o en la plaza, con algún chico del instituto —o peor aún, de FP, o más terrible aún, vago o bueno para nada—, el interrogatorio en casa puede alcanzar fácilmente el tercer grado. Ríete tú de Robert de Niro en *El padre de la novia*.

Que quién es ese chico, que de quién es hijo, que ni se te ocurra irte con ningún chico a solas a ninguna parte, ¡como me entere yo de que no eres virgen!

Aleluya.

La virginidad es como el sello de garantía de calidad. Si no eres virgen, si pierdes tu virginidad demasiado pronto, tu precio se devalúa en el mercado. La precocidad está mal vista, pero para mí es algo que afecta a ambos sexos. Los dieciocho nos parecen una edad razonable para perderla de vista. Si me entero de que un chico de quince o dieciséis ya lo ha hecho, pienso que seguramente sea un paleta o un chulo y pierdo el interés en él.

Quiero estrenarme con alguien que también vaya de estreno, pero finalmente pierdo mi virginidad a los diecinueve con un chico de veintidós que había perdido la suya a mi misma edad con una mujer de cuarenta. Estaba enamorada de él, pero fue un fiasco. *¿Esto es todo?*, pensé. Cuatro empujoncitos y a dormir, ahí acabó todo. Como si hubieras ahorrado para ir al cine a ver la película de tu vida y solo te hubieran puesto un *teaser*.

OceanofPDF.com



PÓCIMAS

Si pudiera meter en la batidora
el color de las nubes cuando se oculta el sol,
tu sangre y la mía y dos onzas de leche,
mi primera muñeca, tu diario de juventud,
la cruz bajo la que me santiguaba los domingos
con temor y respeto, ahíta de fe,
el esmalte de purpurina de mi primer disfraz de hada,
el cinturón con el que te dieron tu primer azote,
el último beso que le di a mi abuela
y mi primera carta de amor...

Bien removido,
aliñado con una mezcla de ayahuasca,
lágrimas de recién nacido y sirope de fresa
para hacerlo aún más delicioso,
lo bebería despacito, degustando cada sorbo...
Y quizá, al rato, me embriagaría de un saber antiguo
y podría entonces leerte la mente, no sé...
Alcanzar algo parecido a una pequeña iluminación,
un diminuto chispazo que alumbrara algún tipo de respuesta.

Y quererme, quererte, del todo.
Perdonar a mis padres,
barrer mis pecados y los de todos mis antepasados.
Saber
de una maldita vez
de qué coño va esto
del amor y de la vida.



OceanofPDF.com

RESIDENCIA FEMENINA

16 de mayo de 1995.

Residencia universitaria femenina El Pinar

Nos hemos levantado con la noticia en televisión del fallecimiento de Lola Flores. Me cuesta reaccionar y no me doy cuenta de que se me ha caído media magdalena dentro del vaso, formando un amasijo repugnante con el café con leche.

Si esa mujer, con ese poderío, esa fuerza y ese arte brujo ha muerto, significa que todos vamos a morir. Ya no soy ninguna niña pero de alguna manera tengo la creencia de que ciertas personas son inmortales, incluida yo misma.

La tele está pegada a la pared, en un pequeño altillo, para que podamos verla todas en la salita.

No vamos a vivir eternamente. Ahora no me queda duda. La muerte flota alrededor nuestro, nos sopla en la nuca.

—¿Vas a comerte esa magdalena? —me pregunta Olga.

Tenemos dos magdalenas por chica. Si sobran, podemos coger más. Olga es la típica gordita feliz, un mamut orgulloso de sus hechuras de gigante que siempre nos pregunta en el desayuno y en las comidas si nos vamos a dejar algo para zampárselo ella.

—No, no. Cómetela tú.

Yo no lo sé aún, pero este año de residencia es mi penúltimo año de felicidad y salubridad mental antes de mi crisis nerviosa de los veintiuno.

Paso aquí casi dos años antes de entrar a vivir en un piso de estudiantes con dos compañeras de clase. Estoy tomando Prozac por prescripción médica para controlar la bulimia nerviosa y los estados depresivos, y me encuentro bastante bien a pesar de que acaban de expulsarme de otro colegio mayor, religioso —concretamente del Opus— por «comportamiento inapropiado» y desobediencia a las normas o, dicho de otro modo, por no ir a la capilla los domingos, llegar borracha varios fines de semana y besuquearme con dos o tres chavales diferentes en la puerta. Con dieciocho años creo que esto entra dentro de la normalidad, pero allí no pensaban igual.

Me he aficionado al Katovit. Son unas pastillitas naranjas que dan un color muy fuerte al pis y que se recetan para estudiar y levantar el ánimo. Llevan vitaminas del grupo B pero al parecer tienen algún componente euforizante similar a las anfetis, porque el efecto que tienen es maravilloso. Tomo una por las mañanas y me pongo atómica. Me hacen sentir genial y súper productiva. Me paso el día pintando, en clase o en la habitación, de un humor excelente, y además me quitan el hambre. Pero poco a poco me habitué y empiezo a tomar dos. La segunda por la tarde, porque después de comer empiezo a notar cierto bajón y necesito otra dosis de energía extra.

Los fines de semana puedo tomar tres pastillas si tengo pensado salir hasta tarde. La última sobre las nueve, junto al café. A las diez tomo un pequeño sándwich a modo de cena o una ridícula ensalada, para compensar todas las calorías que voy a ingerir con el alcohol.

La vida es maravillosa con el Prozac y las pastillitas naranjas, aunque la mezcla con la bebida no suele caer nada bien.

Reduzco el consumo de Katovit tras una noche en la que empiezo a ver luces parpadeantes con forma humana, mientras intento conciliar el sueño en la cama. No se van. Ni abriendo los ojos ni cerrándolos. Son de color anaranjado y forman caras que se acercan y alejan ininterrumpidamente. Estoy alucinando. Al principio me divierten porque voy borracha y feliz y pienso que ya se irán, pero su insistencia me asusta.

Más tarde me cuentan que he pasado un día entero durmiendo, con su noche y todo. Algunas de mis compañeras habían entrado a mi habitación a despertarme y no lo habían conseguido, pero como respiraba no le habían dado importancia. Me eché a dormir un viernes y desperté el domingo.

En una residencia femenina necesitas buscar aliadas, pertenecer a un grupo. Yo he entrado a mitad de curso porque me han expulsado del colegio anterior, y primero entablo amistad con chicas que van por libre. Gema, que es bastante mayor —veintisiete para mí era ser mayor— y está acabando el MIR de medicina, y Rita, que hace bellas artes como yo. No sé cuál de las dos es más neurótica, cada una a su manera, pero nos llevamos bien.

Gema está obsesionada con salir con un tío con mucho dinero o con un médico y está enganchada a las tarotistas. Va todas las semanas a que le echen las cartas y siempre le dicen lo mismo, claro. Los astros no cambian de parecer así, de un día para otro.

Rita tiene una imaginación y un mundo interior desbordante, aborrece el sexo y siempre está hablando de lo asqueroso que le parece. Me recuerda a mi tía abuela Eleonora, que se quedó viuda con treinta y cinco años y nos contaba que dejar de acostarse con su marido fue una auténtica liberación, que follar «es una cosa asquerosa y lo deja todo mojado, pringoso y con mal olor».

Ella es la única persona que conozco que es más desordenada que yo y, no sé por qué, eso me tranquiliza. Mi madre siempre comparaba mi desastroso escritorio con el de mi hermana, siempre tan pulcro y ordenado, y me reñía por ello. Si ella hubiera sido mi hermana, yo habría salido ganando por comparación.

Su habitación es un verdadero caos, parece que hayan entrado unos ladrones dejándola devastada al no encontrar nada de valor. La ropa está en el suelo, limpia o sucia, y en el escritorio se mezclan los útiles de dibujo con colillas, ceniceros y restos de comida de varios días. O semanas. Recuerdo unas natillas que fueron enmoheciéndose lentamente a cada visita a lo largo de todo el curso. Natillas zombies.

Rita y yo formamos un sólido equipo. Escuchamos coplas en la habitación hasta altas horas de la noche, bebemos tequila y hacemos

cucarachas de plastilina para ponerlas en el baño y sembrar el pánico.

Más adelante congenio con un pequeño grupo de cinco o seis chicas que se mantienen al margen de las pandillitas rivales porque, como en la cárcel, en la residencia se establecen ciertas jerarquías y hay grupos enemistados por antiguas rencillas, ya que muchas llevan allí varios años, lo que dura una carrera —o lo que la quieras hacer durar.

Las «hembras alfa» son un grupo de veteranas de entre veintidós y veinticinco años y se encargan de hacer las novatadas. Es mejor caerles bien o cuanto menos no fastidiarlas. Me habían contado muchas cosas acerca de las famosas novatadas, todas horrendas, pero solo conocía las de los colegios de chicos, que consistían básicamente en emborracharlos, vestirlos de algo ridículo, poner a prueba su fuerza o virilidad o bien arrastrarla por el fango, meterles la cabeza en el váter y tirar de la cadena, hacerles creer que los van a tirar por la ventana y burradas por el estilo.

Creía que las chicas no hacían novatadas, pero cuánto me equivocaba. Según me contaron, ya que yo llegué bien avanzado el curso, no se andaban con ñoñerías a la hora de vejar a las chicas nuevas. Si bien no se hacía uso de la brutalidad ni nadie ponía en peligro su integridad física, las novatadas no eran por eso menos humillantes. Con la venia, o más bien la indiferencia, de la directora y la coordinadora de la residencia, juntaron las mesas del comedor a modo de pasarela obligando a las novatas a desfilas con «trajes» que las veteranas habían confeccionado primorosamente con papel del váter, guirnaldas navideñas, papeles de periódico e incluso restos de basura como cáscaras de plátano o peladuras de naranja. Una vez subidas a la pasarela, la crueldad para con ellas no tenía límites ya que el juego consistía en señalar todos y cada uno de sus defectos y comentarlos en voz alta. El culo gordo, las piernas zambas, el peso, la estatura, los granos... Cualquier detalle feo o que escapara de la norma era señalado con objeto de burla y esta burla era celebrada entre risas y palmas por las más mayores.

Varias de las chicas que participaron en las novatadas acabaron llorando —o aguantándose las ganas por orgullo— y un par quisieron irse de la residencia ese mismo día, por lo que el asunto trascendió y las mayores fueron severamente reprendidas por la directora. Las novatadas, prohibidas.

Bueno, más que prohibidas, al año siguiente fueron sustituidas por una especie de función teatral en la que las nuevas tenían que imitar a los personajes que elegíamos para ellas. Algo inocuo y también fácilmente olvidable.

Me pregunto qué habría sido de mí subida a esas mesas y bajo el escrutinio de aquellas arpías. Estoy segura de que cualquier comentario relacionado con mi peso me hubiera hundido en la miseria —es posible que pesara unos sesenta o sesenta y cinco kilos con mi metro sesenta, un ligero sobrepeso mal repartido que se acumulaba, por desgracia, en cintura y estómago—, aunque no creo que pudieran ser más crueles de lo que fueron mis abusadores escolares, así que quizá hubiera vencido mi orgullo, pero, eso sí, habría seguido vomitando con más ahínco.

El asunto de la pasarela infernal me dio una idea de cómo funcionaba la agresividad femenina, qué manera tenían las alfa de mostrar su estatus y en qué difería de la masculina. Por suerte llegué tarde para subir a esa pasarela. Mi bulimia estaba en su punto más álgido.

Dentro de la residencia comíamos y cenábamos, pudiendo elegir entre dos primeros y dos segundos. Los platos solían ser grasientos y consistentes (pastas, carne empanada o pollo asado, arroces, lasaña, patatas fritas, algún hervido, lentejas...), por lo que, para evitar lanzarme como una posesa sobre el plato, tenía mi propia alacena en la habitación. Champiñones en lata y tomates para aplacar el hambre.

Procuraba ponerme cerca de Olga para que se acabara mi comida y no levantar sospechas. Cuando me excedía, o consideraba que me había excedido, vomitaba. Llevaba tres años haciéndolo y ya expulsaba la comida controlando el estómago, sin necesidad de meterme los dedos.

Había una chica, Leonor, que llamaba la atención porque no comía absolutamente nada. «Es que no me gusta —decía—, cuando me gusta sí me la como». Mentira cochina.

Movía la comida de sitio con el tenedor y de vez en cuando se lo metía en la boca sin haber pinchado nada. Estaba extremadamente delgada y sé

reconocer una anoréxica en cuanto la veo porque todas manejamos los mismos trucos de ilusionismo. Leo no tenía amigas y su presencia era fantasmal, estaba sin estar y apenas se la veía en la salita de reunión; ni siquiera en los pasillos salvo cuando iba al baño, con bastante frecuencia, como cabe esperar.

Son las seis, estoy con Gema merendando la consabida mandarina de la tarde en mi habitación, con la puerta abierta, cuando un equipo de emergencias irrumpe en el pasillo con gran escándalo.

—¿Qué pasa? —Todas nos asomamos curiosas.

La chica-que-no-comía ha intentado suicidarse tomando dos puñados de *nosequé* pastillas y se la llevan corriendo para hacerle un lavado de estómago de urgencia. Algo me decía que en su estómago no iban a encontrar nada más que espumarajos y química.

Yo también he pensado en hacerlo muchas veces, pero nunca reúno el valor. Siempre hay algún pensamiento positivo que me salva. Una mano invisible que coge la mía y susurra: «Todo irá bien».

No volvemos a saber de ella hasta dos o tres semanas después. Viene con sus padres a despedirse de nosotras y a contarnos que va a ingresar en una clínica de rehabilitación para personas con trastornos alimenticios. El padre fue muy amable con las tutoras, con nosotras, pero, joder, qué ojos tan tristes, qué sonrisa tan forzada, qué preocupación interna tan asfixiante le asomaba por fuera sin querer. Nos regaló una caja enorme llena de magdalenas, pero no industriales, sino unas magdalenas deliciosas, caseras, de horno de pueblo, que merendamos con cierta desazón.

Magdalenas impregnadas de culpabilidad, escarchadas de remordimiento y azúcar y a modo de torpe excusa, como si llevaran grabado en el papel: «Lo siento, sé que no soy un buen padre, no sé cómo ha podido pasar, en qué he fallado..., no penséis mal de mí ni de mi hija, todo se solucionará».

Qué duda cabe que más de un cuarto de lo que contenía la caja se lo comió la gorda Olga con el pretexto de que al día siguiente estarían malas y no podían quedarse ahí, resecándose. Ella no sufría por la comida ni la racionaba de ningún modo, no le preocupaba lo más mínimo que le desbordaran las molas mientras tuviera siempre rellenos de sabor los mofletes. Disfrutaba comiendo sin atormentarse. Todo lo opuesto al sufrimiento que nos provocaba a Leonor y a mí.

Yo comí tres magdalenas, que luego vomité ayudada de un vaso de agua. Así enfrentaba yo el estrés, así reaccionaba ante cualquier situación que me alterara lo más mínimo.

OceanofPDF.com



CUANDO MUERA

Cuando muera
¿seré estrella?,
¿seré árbol?,
¿seré ángel?,
¿seré río?
¿Seré materia podrida que devora la tierra?,
¿un ánima del purgatorio?
¿Viviré en los corazones de los que aseguran quererme?
¿Seré pensamiento fugaz que de vez en cuando
golpea en la memoria como un viento suave,
o seré recuerdo que llama a las lágrimas y susurra al oído «siempre estaré aquí»?
¿Qué seré, mamá? Dime.
¿Qué serás tú
y cómo podré vivir sin ti tal y como eres ahora?



UNICORNIOS

Sueñan los unicornios
con muchachas puras de vientre suave
y corazón inmaculado.
Y sueñan las pecadoras de vientre dolido y corazón roto
con trascender la carne y dominar el miedo,
para abrazar al unicornio y abandonarse a él,
ebrias de un amor cósmico que todo lo perdona
y todo lo sana.
Sueñan los unicornios
con muchachas que sueñan...
y evocan la magia en sus mundanos regazos.
Sueñan las muchachas
con unicornios que sueñan
y, a fuerza de tanto buscarse y soñarse,
al final se encuentran.



CORRESPONDENCIA

En la residencia recibimos correo postal. Son los años noventa y todavía no ha llegado el furor de los móviles ni internet, y cuando nos llaman a la centralita nos avisan por la megafonía del pasillo, con voz robótica: «Fulanita, tiene una llamada».

Si no estamos, nos dejan una nota en el tablón de corcho, así que lo primero que hacemos al llegar de clase a mediodía es mirar si nos ha llamado alguien o si tenemos alguna carta de alguna amiga o de algún novio del pueblo. Yo no tengo, pero la mayoría de las chicas que hay allí, sobre todo las nuevas, con dieciocho o diecinueve años, tienen un novio en el pueblo. El amor de su vida, el hombre con el que desean casarse, comprar una casa bonita y tener hijos, aunque por lo general, el novio del pueblo acaba siendo sustituido por el novio de Valencia al año siguiente o durante ese mismo curso, y asistimos a diversos sainetes en las distintas habitaciones cuando empiezan a caducar esos primeros amores, como crónicas de una muerte anunciada. Belén cuenta que se le queda pequeño el chico que trabaja como mecánico en el taller de su padre y que dice «haiga», así que ha empezado a salir con un compañero de arquitectura.

Las que salen con chicos nuevos alientan a las otras a abandonar esas viejas relaciones, con frecuencia posesivas, con muchachos de pueblo que les dicen cómo vestir y portarse y con quién salir. Necesitan cómplices, compañeras en el crimen del amor, amigas con las que salir los fines de semana y con las que formar nuevas pandillas.

Comienza una nueva vida lejos del ambiente asfixiante del pueblo y la familia. Nos lo contamos todo y sin escatimar en detalles. Hemos instituido el centro de reuniones en una de las habitaciones más grandes, de cuatro camas, ocupada por Desiré, Belén, Carmen y Mavi y cuyos ventanales dan a la calle. Yo duermo con Ángeles, una chica que tiene bruxismo y hace

ruidos con los dientes por la noche y que también ha dejado a su novio del pueblo por un compañero de prácticas de periodismo.

En la pared del cuarto cuelgan caricaturas nuestras pegadas con celo, con los atributos más notables de cada una. Carmen aparece con unos pechos gigantes, Belén rodeada de pinceles, Desiré empollando libros de medicina y Olga rodeada de comida y de tíos cachas —siempre presume de ligar mucho pero todos sus amigos son gays. Nadie la ha visto con ningún chico, creemos que se lo inventa y es una especie de erotomaníaca—. Como soy la única virgen del grupo, mi estampa lleva un cinturón de castidad con un candado. Soy «la virgen».

Por la residencia desfilan todo tipo de chicos que solo tienen permitido entrar en cafetería, nunca en las habitaciones. Muchos de ellos son los novios del pueblo, que vienen de visita los fines de semana para invitar a su chica a cenar en Foster Hollywood y con suerte pillar un motelito o una habitación prestada en algún piso de estudiantes.

Nos da especial pena un muchacho cabezón que viene a visitar a Merche, al que apodamos Chincheto. Merche no es nuestra amiga y no nos cuenta nunca nada, pero sabemos que sale con otro chico de Valencia porque se enrollan en el portal y la vemos por la ventana, como viejas del visillo.

Cuando recogemos el correo, nos percatamos de que recibe una carta diaria siempre con el mismo remitente, LUIS SOLANO. Llega un momento en el que no podemos aguantar más la curiosidad y cogemos una para abrirla antes de que vuelva de la facultad y se la lleve. Usamos vapor de la cafetera para poder volver a cerrarla después y dejarla donde estaba. Lo que leemos nos inspira lástima. ¡Cómo la venera aquel muchacho! Aún puedo recordar unas líneas de aquella misiva que se me quedaron marcadas y despertaron nuestra risa maliciosa, pero, a la vez, cómplice. De complicidad con ella aun sintiendo pena por aquel pobre pardillo enfermo de amor.

«Ya sé que todo el mundo dice que eres una puta pero yo no les hago caso pues sé que no es verdad (...) sé que me esperarás y que estaremos juntos cuando acabes la universidad».

La palabra PUTA aparecía escrita con letra un poco más pequeña, como si le diera apuro mencionarla o quisiera restarle poder. Al poco tiempo de su desesperada carta, Chincheto dejó de visitar a su adorada Merche. No lo volvimos a ver más en la salita ni en ningún otro lugar. Se evaporó.

¿Y ella? La busqué no hace mucho en Facebook. Es *coach* y su muro está lleno de frases motivadoras, citas de Paulo Coelho y mandalas. Me pregunto si nos habrá buscado a nosotras alguna vez. Mi muro está lleno de muñecos de cine de terror que colecciono, lecturas que comparto y noticias de sucesos escabrosos más o menos simpáticos a pesar de, cositas de mis cabarets, presentaciones de libros y poco más. Igual si lo mirara desde su atalaya Mr. Wonderful pensaría de mí: *Menuda tarada, qué bueno que la perdí de vista.*

A todas nos han llamado putas muchas veces, no solo a Merche. Y nosotras hemos llamado otras cosas igual de hirientes. De alguna manera nos inculcaron que los chicos eran más fuertes, brutos e insensibles que nosotras, así que nos tomamos la licencia de no tener en cuenta sus sentimientos innumerables veces. Leña al mono que es de goma. No era así, nosotras nos recuperábamos mejor y más rápido de los desengaños. Rompimos todos los corazones que se nos pusieron a tiro porque nuestra generación ya no se conformaba ni se comprometía con el primero que llegaba. Se respiraba libertad sexual, también confusión. Era una cuestión de ensayo-error. Queríamos vivir la noche de un modo salvaje, y eso suponía tener experiencias sexuales buenas, regulares y desastrosas. Cuando algo salía mal lo afrontábamos con humor, asumiendo que formaba parte del juego y de lo torpes que éramos todos a la hora de relacionarnos unos con otros al inicio de la juventud. Rara vez actuábamos con miedo, muy al contrario, nos entregábamos confiadas a lo que pudiera depararnos el mundo. Nos guiaba la emoción y el ansia de aventura. No era nuestro máximo anhelo el hogar, aunque conseguir uno que prometa cierta paz es hallar el paraíso en este infierno de asfalto.

No mantengo contacto con ninguna amiga de la residencia, en cambio con las amigas del pueblo es constante. Tenemos el mismo sitio donde ir a caer muertas. Una siempre acaba volviendo al pueblo, a las raíces, donde

aún viven los padres. El sentimiento de pertenencia es particular de cada una, yo me decanto por el desarraigo.

Todas hemos cambiado, lejos del ambiente de asfixia y las normas no escritas que definen en las pequeñas comunidades cómo debe ser una mujer y cómo debe comportarse, pero no en esencia.

Me pregunto cuánto sabían las muñecas de nosotras. Cómo se han materializado esos juegos y definido esos roles. Al fin y al cabo son las custodias de nuestras aspiraciones y deseos, muchos de los cuales quedan en el camino. Tendríamos que preguntar a esas figuras de plástico si finalmente lo hemos hecho bien. Incluso pedirles perdón por haberlas defraudado, maltratado.

La vida es muy larga y entre todas las opciones que hay a tu alcance tienes que escoger, y eso quizá sea lo más duro, porque elegir algo supone renunciar a otras cosas. Comprometerse implica sacrificar. La libertad conlleva responsabilidad.

Me pregunto dónde están todas esas chicas que encontré en el camino y cómo les va.

En mi recuerdo siempre serán niñas, siempre serán jóvenes. Están congeladas en el tiempo, en una esquinita de mi memoria. En una vitrina que dice:

«No tocar. Frágil. Bonito. Agridulce. Inolvidable».



ESPECTROS

Recuerdo cuánto dolía separar las manos
aquellas tardes infinitas de verano.
La facilidad asombrosa con la que de pronto te sueltas de ellas
para aferrarte a otras más seguras.
Ya lo sabes:
el desamor es un asesino silencioso y veloz.
Basta un parpadeo, un chasquido,
para cerrar una historia y convertirla en un mal sueño.
El cementerio de los viejos amores
está lleno de lápidas con frases cursis
y poemas encendidos que no pienso leer jamás,
fotos partidas en dos,
muñecos atravesados por alfileres
y pétalos secos esparcidos sin cuidado.

¿No te acuerdas? ¿Acaso nunca piensas en ello?

Acomodada ahora en tu pequeño reino doméstico,
ahíta de afectos y lumbre...,
¿no escuchas el quejido de tus amores muertos?
¿No arañan tu ventana por la noche esas criaturas aterradoras,
atormentándote con sus lamentos?
Gimiendo, retorciéndose, deshaciéndose en súplicas:

«¡Piensa en mí!
¿Aún me quieres?
No fue mi intención herirte.
DÉJAME ENTRAR...».



OceanofPDF.com

EPÍLOGO

«20 de abril del 90. Hola, chata, como estás...».

Bien, en realidad es 20 de abril de 2018, pero en los bares de mi querido pueblo sigue sonando esa canción de Celtas Cortos de vez en cuando, porque tenemos mucho apego al pasado.

Me queda cosa de un mes para dar a luz y tengo que dar por terminado este libro antes de empezar a jugar a las muñecas vivientes entre nanas y conjuros de buena suerte.

Escribí todo esto a lo largo de mi embarazo. Pero no quería hablar de maternidad, quería hablar de procesos, de cambios.

Nunca antes me había sentido tan conectada con mi niñez y sus sensaciones, acompañándome con su lado luminoso, fastidiando con su reverso oscuro. Nunca antes había sentido tal amor por mi madre, tal necesidad de tener cerca a las amigas que me acompañaron a lo largo de toda una vida. Incluso sentí añoranza de las que son ahora apenas una sombra, un recuerdo.

Llega un momento en la vida de una en el que por fuerza tienes que abarcar, abrazar a todas las mujeres que somos y hemos sido para ser una sola. Como escribí en «Un Nido»:

Aún soy esa niña
que soñó con conocer a la adolescente
que a su vez deseaba convertirse en esta mujer,
intrigada ya por conocer a la anciana.
¿Tendremos entonces la paz y la madurez suficientes?
¿Dejaremos a un lado las prisas por crecer y entender?
¿Recogerá esa anciana todas las versiones de nosotras mismas,
como una muñeca rusa,
para abrazarlas y aceptarlas a todas al fin?

La aceptación total de nuestro propio cuerpo es una larga batalla que se gesta en la niñez y florece con toda su crudeza al comienzo de la juventud.

El abandono de la infancia, el choque con la realidad, las decepciones del mundo adulto, el conocimiento de los peligros que nos esperan ahí fuera y la dolorosa certeza de que nuestros padres y seres queridos no van a vivir siempre es algo difícil de digerir. Hay quien necesita menos tiempo para hacerlo, hay quien queda por siempre impactado.

Yo no sé cómo hubiera sido mi niñez de haber vivido en una ciudad. No sé si habría sido distinta, pero creo que no cambiaría mi infancia en un pueblo por nada. La primera persona en leer el borrador de este libro me dijo que le parecía algo sórdido, que contenía demasiados detalles truculentos y que me centro en contar las cosas malas que he hecho en la vida en vez de las buenas. Puede que tenga razón. Pero para presumir de conducta intachable y fingir lo bellas personas que somos ya están las redes sociales con todas sus máscaras, filtros y clics fáciles que nos revelan como seres perfectos, descafeinados y políticamente correctos.

En los pueblos, los niños convivimos de cerca con la muerte, aprendemos pronto y mal lo que es el sexo y no hay nada que pueda permanecer oculto porque nadie parece saber guardar un secreto, siempre hay pequeñas fugas. Mi infancia no es tan diferente de la de cualquier otra niña de pueblo. Lo que sucedió después de abandonarlo pinta bastante peor, pero esa es otra historia...

Cuando la editora contactó por primera vez conmigo, me preguntó por un libro de poesía. Pero no podía hacer solo eso, estaba demasiado absorta por «el proceso», alterada por los cambios que acontecían en mi cuerpo y en mi cerebro a causa del embarazo: hormonas, visiones, pesadillas, alegría, tristeza y una inseguridad acuciante, ya que, en lo que respecta a la escritura, soy tan solo una aprendiz. En lo que respecta a todo, más bien.

Me aferré a que la colección se llamaba Verso & Cuento y decidí, también, contar. He cambiado nombres, parentescos y he alterado situaciones de modo que resultaran irreconocibles. Pero la realidad relumbra en estas páginas y podrían ser las páginas de cualquier otra persona nacida en una comunidad pequeña de España entre los años 70-80. Puede resultar a veces fea y desagradable. Otras, amable y reconfortante. Y

casi siempre sobrevuela una certeza: “nada es tan grave”. O casi nada. Siempre se sale adelante.

Me gusta leer diarios de adolescentes, asomarme a las vidas de otros a través de esas cerraduras indiscretas que son los libros, conocer secretos, intimidades y pequeños actos de violencia cotidianos disfrazados de amor. Admiro a la gente que se abre en canal y se revela humana e imperfecta, porque —al contrario de lo que mostramos en las redes— ese acto sincero de brutalidad y confesión es lo que de verdad nos hace estar conectados, sentirnos menos solos.

Creo que este libro debe cerrarse aquí. Podría ampliarse, podría mejorarse, usarse para arreglar una mesa coja, pero este es el final, el *Happy End*. Nunca he tenido grandes pretensiones escribiendo, ni haciendo cualquier otra cosa, así que lo que suceda a partir de ahora me parecerá bien.

Como todas las niñas y niños, he sido inmensamente feliz y, a su vez, inmensamente desgraciada. La intensidad con que se vive en los primeros años se desgasta pronto y no regresa jamás. Me conformo con que, al asomarnos a estas páginas, recordéis cómo era y abracéis de nuevo esa sensación.





HAZ CASO A LAS PLANTAS

Haz caso a las plantas, que siempre buscan la luz.
Haz caso a las nubes
y descarga tus lágrimas y tu furia cuando sientas que no puedes más.
Flota, elévate por encima de lo mediocre y lo feo.
Haz caso a los gatos, a los perros, a los pájaros y hasta a las culebras,
que se guían por puro instinto.
Toma ejemplo de la tierra que nos agasaja con sus frutos,
y ofrece siempre lo mejor de ti.
Sé fértil y poderosa.
Adormécete de vez en cuando donde no debes.
¡Sueña!,
pero con los pies manchados de barro.
Haz caso a tu madre.
Haz caso de los niños, de los libros, de los ríos y los manantiales, de las rosas,
de las flores más diminutas y humildes, de las películas en blanco y negro,
de los árboles centenarios y de los brotes tiernos,
del sol que te abraza en verano y el viento que te acuna en invierno,
del amor que resiste al aguacero y la pena...
O bien ignora esta nota y no hagas caso de nada,
mucho menos de mí —que no me conoces—,
pero luego no me vengas
con que no te lo dije.



ADIÓS

Es extraño
sentir el vientre abultado en luna creciente,
con una pequeña criatura dentro haciendo «toc-toc».
(¿Hola?)
Lo entiendo.
Ahora ya no soy solo «la hija».

No cuenten conmigo como depositaria de sueños.
Hace mucho tiempo que no son para mí los cuentos ni los mimos,
las flores recién cortadas en el patio,
las regañinas y las sábanas siempre limpias
o los abrazos al salir del colegio.
Miro a mi madre y parece ser yo en un breve reflejo.
Frente al espejo, me despido un poco de mí cada día
y a veces lloro, porque odio las despedidas
y detesto todavía más la incertidumbre,
no saber en qué estoy mutando
aunque conozca bien la palabra que empieza por M.

Empieza la cuenta atrás
y nunca más volveré a ser una sola.



MURIEL

El 5 de junio de 2018 a las cuatro y media de la tarde, llega mi hija al mundo tras una larga y complicada labor de parto que acaba en cesárea de urgencia.

Rompo aguas el día anterior, mientras vemos *Willy Wonka And The Chocolate Factory*, creada a partir del relato de Roald Dahl. El empresario de una enorme fábrica de dulces, Willy Wonka, invita a cinco niños a visitar su mágica fábrica y para ello esconde cinco billetes dorados en cinco de los millones de chocolatinas distribuidas alrededor del mundo. El mayor deseo de Charly, un niño muy pobre que vive con sus padres y sus abuelos en una casa destartalada, es conseguir el billete dorado, pasaporte para acceder a los secretos de la mágica fábrica, pero sabe que tiene muchas menos posibilidades que otros niños para hacerse con él.

Justo en el momento en el que lo encuentra noto la cama mojada y corremos hacia el hospital, pues el líquido amniótico está teñido y no es buena señal. Allí no encontramos Oompa Loompas ni palotes gigantes de caramelo ni ríos de cacao, sino personal sanitario, instrumental quirúrgico y, finalmente, sangre a chorros. Pero, de alguna manera, en esos fríos quirófanos también se suceden milagros. Cada día. Y yo me dejo llevar, exhausta, hasta que al fin escucho el llanto tembloroso que da comienzo a la vida.

A día de hoy, cuando contemplo el sueño de la niña después de darle el pecho, sonriendo con los ojos entrecerrados y ahíta de leche, lloro de alegría y de miedo. Es un amor tan grande que duele, porque no cabe en ningún sitio. Pienso en mi *yo niña* y en todo lo que aconteció después. Ojalá pudiera ahuyentar sus pesadillas y vivir cien años para protegerla y acompañarla todo el tiempo posible, para no perderme nada y verla convertida en una mujer extraordinaria y valiente, pero sé que todo no va a ser posible.

Desconozco qué nuevos terrores viviremos en el nuevo siglo, pero me tranquiliza pensar que desde que el mundo es mundo los niños viven rodeados de peligro y acechados por distintos demonios. Y sobreviven, y viven, y en nuestras manos está que lo hagan lo mejor que puedan.

Supongo que ya sabéis como acaba la película, y el libro. Charly cumple su sueño y es recompensado por su buen corazón. Igual el mío no es tan inocente, tierno y generoso como el del niño —aunque promete a partir de ahora—, pero de algún modo me identifico con su aventura: después de tanta adversidad y habiendo buscado durante tantos años tener una criatura en brazos, la ciencia y un golpe de suerte lo cambiaron todo.

Muriel es mi *golden ticket* y, como todas las madres del mundo, solo deseo para ella que su vida sea —a pesar de las fieras, los monstruos y los diversos encantamientos— un largo y bonito cuento con final feliz.

OceanofPDF.com

«—Usted tiene un hijo a quien no conoce, imagine que quiere encontrarse con usted, ¿qué le diría a ese hijo suyo? Podría ser la primera vez que ve a su padre, ¿qué le dirá?

—Tienes que subir solo, muchacho el tren es duro. El camino es duro.

—¿Y eso es todo?

—Es todo lo que sé. Es todo lo que me enseñaron. Y, ¿quiere oír algo? Él lo hará mejor que yo. Lo que sea que haga, él lo hará mejor. Así son los hijos, ¿no? Sí, por eso son geniales. Ellos siempre salen adelante».

Entrevista a Charles Manson[3], 1985

[3] **Charles Milles Manson** (1934- 2017) fue un criminal y músico estadounidense, conocido por liderar lo que se conoció como «**La Familia Manson**», grupo de seguidores de Manson que surgió en el desierto de California a finales de los años 60. En 1971, fue declarado culpable de conspiración por los asesinatos de siete personas, entre ellas la actriz Sharon Tate, entonces esposa de Roman Polansky. Abandonado por su madre, pasó su infancia y juventud entre orfanatos y reformatorios. Tras ser condenado a cadena perpetua por los crímenes que se le atribuyeron, murió a los 83 años en la cárcel, de causas naturales. Este extracto está sacado de la entrevista que aparece en la película *Manson Family Vacation*, de J. Davis, 2015.

OceanofPDF.com

Un viaje oscuramente luminoso que invita al diálogo de la mujer adulta con la niña interior, tan cerca la una de la otra y, a la vez, tan lejos.



Estos textos, a medio camino entre la expresión poética y la narración, componen una mirada agridulce a la infancia, con sus fantasmas y terrores, pero también son un canto a la inocencia, a la juventud, a la libertad, a la amistad y a los pequeños milagros que pasan desapercibidos.

Desde la honestidad más salvaje, Ana Elena Pena habla del descubrimiento precoz y abrupto del sexo y la violencia, de los desencuentros de la vida adulta, la figura ambivalente de la madre y el miedo a la muerte y al abandono. Una declaración de las propias debilidades desde la mirada ingenua de quien está descubriendo el mundo.

La crítica ha dicho...

«Ana Elena vive las cosas tan desde dentro, que no se permite levantar la barrera y pasar de ahí. Tal vez por eso es tan cruda y sincera. Y tal vez por eso llega tan lejos y a tanta gente».

Tentaciones de El País

«Su obra es un viaje surrealista de colores vivos y trazos suaves que nos enfrenta a los miedos y obsesiones de la sociedad moderna, a la vez que critica ferozmente el culto exagerado a la belleza, el abuso y la violencia en todas sus formas».

20 Minutos

SOBRE LA AUTORA

Me llamo Ana. Nací en Murcia y me crié en un pueblecito tan hermoso y oscuro como cualquier otro. No soy guapa ni fea, según la luz que me dé. Ni vieja ni joven, ni tonta ni lista, ni buena ni mala, aunque sumo con alegría los años, me hago la tonta cuando me conviene, procuro no pasarme de lista y, casi siempre, elijo ser buena. Tengo mucha memoria y poco pudor. Me gusta acariciar a los gatos, besar a los chicos y asustar a los niños. Vivo en Valencia, donde estudié Bellas Artes. Hice, y en algunos casos todavía hago, un poquito de todo: pintar, dibujar, cantar, desvariar... Yo lo llamo «mis labores». Ahora me dedico a juntar palabras, una detrás de otra. Evocan recuerdos, sensaciones, terremotos y otros desastres. Me encanta compartirlas con los demás y conectar con sus emociones y vivencias, porque somos mucho más parecidos de lo que estamos dispuestos a admitir. Escribo para conservar las cosas que no quiero que mueran jamás.

Facebook: [anaelenaescribe](#)

Twitter: [anaelenapena](#)

Instagram: [anaelenapena](#)

OceanofPDF.com

© 2018, Ana Elena Martínez Ciller
© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-03-51865-0

Diseño de colección: Penguin Random House Grupo Editorial / Sergi Bautista

Diseño de cubierta: © Carlos Rubio

Conversión ebook: Raquel Martín Mira

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

OceanofPDF.com

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

OceanofPDF.com

ÍNDICE

[Aquelarre de muñecas](#)
[Dedicatoria](#)
[Credo](#)
[El pasillo](#)
[Sweet Dreams](#)
[Thriller](#)
[Soy la catarata](#)
[Dirty Rotten Girl](#)
[Bocadillos de margaritas](#)
[Eclipse de luna](#)
[Rosa León](#)
[Pide un deseo](#)
[Temor de Dios](#)
[¡Apártense!](#)
[El mundo](#)
[La escoba no es para volar](#)
[Sacrificios de animales](#)
[M-Alice](#)
[Suicidio de la niñez](#)
[Naughty Girls Need Love Too](#)
[Mujeres desnudas](#)
[Ilusiones](#)
[Juego de espejos](#)
[Mi madre](#)
[Orden](#)
[Menstruar-monstruar](#)
[Meat Show](#)
[La casa de los espíritus](#)
[Víctor, desayuno con diamantes](#)

[Amén](#)
[Forever Young](#)
[Las horas](#)
[Malditas censoras](#)
[Esa niña](#)
[Mujercitas](#)
[Reunión de *tupperware*](#)
[Luna](#)
[Mujer fatal](#)
[Violaciones y besos](#)
[Anorexia-bulimia](#)
[*Big Girls Don't Cry*](#)
[Sombra aquí, sombra allá](#)
[Pócimas](#)
[Residencia femenina](#)
[Cuando muera](#)
[Unicornios](#)
[Correspondencia](#)
[Espectros](#)
[Epílogo](#)
[Haz caso a las plantas](#)
[Adiós](#)
[Muriel](#)
[Sobre este libro](#)
[Sobre la autora](#)
[Créditos](#)